

# El Mensajero del Agua

Miguel de Luis

14 de junio de 2011

# Índice general

|                                 |           |
|---------------------------------|-----------|
| <b>I El Fuego</b>               | <b>3</b>  |
| 1. El Bosque                    | 4         |
| 2. El Camino.                   | 11        |
| 3. El Templo.                   | 28        |
| 4. El Mercado                   | 41        |
| 5. Gloria al Reino de Mercia    | 51        |
| 6. Guerra                       | 60        |
| <br>                            |           |
| <b>II La Guerra</b>             | <b>67</b> |
| 7. Sangre en la Colina Azul     | 68        |
| 8. Viaje Tenebroso              | 73        |
| 9. La Victoria y Otras Mentiras | 76        |
| 10 Algo por lo que pedir perdón | 86        |
| 11 Grozavesti                   | 92        |
| 12 Río Azul                     | 94        |
| 13 Más allá                     | 99        |

|                                     |            |
|-------------------------------------|------------|
| <i>ÍNDICE GENERAL</i>               | 2          |
| <b>14El Carro</b>                   | <b>102</b> |
| <b>15Herido e Indefenso</b>         | <b>110</b> |
| <b>III El Agua</b>                  | <b>117</b> |
| <b>16Un ser de otro mundo</b>       | <b>118</b> |
| <b>17Despierta, niño, despierta</b> | <b>123</b> |
| <b>18El Monstruo</b>                | <b>125</b> |
| <b>19Camino del Invierno</b>        | <b>134</b> |
| <b>20El invierno</b>                | <b>138</b> |
| <b>21El Palacio</b>                 | <b>143</b> |
| <b>22Los Reyes</b>                  | <b>148</b> |
| <b>23Enfermedad</b>                 | <b>153</b> |
| <b>24La nieve</b>                   | <b>156</b> |

# **Parte I**

## **El Fuego**

# Capítulo 1

## El Bosque

Recuerdo la senda que penetraba el bosque de los olmos hasta ser devorada por el; recuerdo también el atardecer en que caminé por sus sombras y recuerdo además que no me quedaban ganas de llorar.

Sucedió hace mucho tiempo, antes de que tú vinieras al mundo, en un país que quizás no conozcas: el antiguo y poderoso Reino de Mercia. Nací en una pequeña granja del norte, cerca de una aldeucha sin importancia, donde las diligencias raramente paraban y la gente se despreocupaba del mundo exterior. Viví allí como un niño inquieto, curioso y algo torpe hasta poco antes de cumplir los once. Todos los días íbamos a los campos con papá y a mamá o a echábamos de comer a las gallinas o, lo mejor de todo, a pescar. Las tardes de pesca las gozaba mucho porque siempre acababa bañándome. Sí; empezaba colocando el butrón en el río y luego lo recogía. Así, entre una cosa y otra, me las arreglaba para pasar todo el tiempo en el agua. Hubo cosas tristes como un año que tuvimos sequía y pasamos hambre o cuando venía el capataz del señor y nos amenazaba con echarnos si no íbamos a cuidar sus cerdos. Todavía me veo con nueve años bebiendo agua con lechones que casi igualaban mi peso y casi me dan ganas de reír.

Las noches peores, las que venían después de cuidar a los cerdos, soñaba con hacerme un hombre importante; con comprarle a mamá una casa grande con piscina y tener un montón de criados, muchas carabelas en el mar y muchos molinos y tierras y

ganados y ser muy rico. Ya ves, cosas de niño pobre. Supongo que lo hubiera intentado de no ser por un cansado viajero que cayó muerto frente al templo del pueblo.

— Es la furia de Dios. Proclamó el sacerdote del Santo Fuego. Haced penitencia y quizás viviréis. Así habló desde el púlpito, pero él murió el primero.

Cayeron después los que le criticaron y en seguida todos los demás. Como había ocurrido en toda Mercia, esa enfermedad que llamaban por su agresividad la furia no distinguía entre buenos y malos; algunos sanaban, otros morían pero nadie estaba a salvo. Todos temían a todos; algunos rezaban, otros se pasaban el día lamentándose, algunos buscaban inútiles pociones de piel de sapo. Nosotros sencillamente, como la mayoría, nos encerramos, esperando que ninguno estuviera ya contagiado.

Nos alcanzaron las fiebres y todos caímos enfermos en casa. Primero papá, luego mis hermanos y al día siguiente mamá. Reconocí que también estaba enfermo dos noches más tarde cuando al ir a dar de beber a mi hermanita derramé la mitad en el suelo. Luego me derrumbé junto a ella sin fuerzas ni para espantar a los mosquitos que, desde el techo de paja, planeaban a picarme tranquilamente, como los viejos clientes de la taberna del puerto.

Pasé de los días de chapotear nuestros pies en el barro a noches de sudor y embotamiento bajo las mantas. Viví en sueños rotos, sueños extraños, delirios de fiebre, sueños de un mundo escondido, de aventuras en las aguas de un río azul, de praderas inmensas y tormentas de nieve.

En aquellos días de terror nos visitó la muerte muchas veces como para compensar el abandono de nuestros vecinos. Al fin volvió la vida y yo me levanté, yo solo. Papá, mamá, mis hermanos y mis hermanas ya no respiraban. Hasta los animales, los que no se habían escapado, habían fallecido de hambre.

A posta me olvidé de lo que hice entonces; supongo que llorar. Recuerdo, eso sí, que amontoné toda la leña que nos quedaba en la leñera y aún fui a por más. Con ella celebré el funeral yo sólo, inventándome las oraciones mientras mis lágrimas regaban la tierra y las llamas volaban al cielo.

Cuando vio la columna de humo el dueño de la tierra mandó

al cobrador a echarme. Es normal: pensarían que un niño pequeño sería incapaz de llevar la granja. Lo que me sorprende es el mucho valor que se le da a las riquezas, que se arriesga la vida y se llega a ser tan cruel como para tirar a un niño al barro. Con un palo me expulsó de la casa y a pedradas me hizo correr cuando casi no podía andar.

En el pueblo, los que vivían aún, me tenían miedo. Nadie me ofreció cobijo. No les culpo aunque mi familia fue la más castigada todos habían tenido sus muertos. Pero me podrían haber mirado o haberme dirigido una palabra o una sonrisa aunque fuera de lejos; que eso no mata a nadie. Por eso nunca he querido volver a esa población ni escribir su nombre.

Salí del pueblo entre las ventanas cerradas y el silencio del miedo hacia donde el sol se pone en la noche. Así fue como andé por caminos cada vez más apartados hasta llegar a la senda que, internándose en el bosque, acabó devorada por él.

Caminaba entonces sobre la hojarasca con los pies descalzos, un poco asustado por creerme perdido y, aunque fuese una tontería, de que el camino pudiera acabarse en medio de los árboles y hundirse en la tierra. Puede que fuera el hambre, porque ya llevaba dos días sin comer, o el sueño, porque no se duerme muy bien en el suelo pero cada vez tenía más miedo a lo que estaba más allá de las sombras.

Entonces, cuando ya me temblaban las rodillas, me pasó algo que nunca me había pasado antes en los once años que había vivido. El bosque se abrió dejando que me envolviera la luz dorada de la tarde. Tendrías que haber visto cómo me transformé. Hasta entonces llevaba la cabeza baja, los labios rotos, los ojos tristes, la nariz sucia y el pelo hecho un cepillo viejo. Mis ropas, pues nada más que un viejo gabán que le cogí a mi padre, una camisa y un pantalón que me llegaba hasta las rodillas. Llevaba también una bolsa atada a la espalda donde había tenido la precaución de guardar mis únicos zapatos. Además tenía una manta, un cuchillo, un tazón, una calabaza seca para el agua y un poco de bizcocho envuelto en un pañuelo. Ah, sí, y de mi cuello colgaba un portafuego.

El portafuego, si acaso no lo sabes, es un colgante que representa una vasija de barro de dónde salen las llamas del Fuego

Eterno. Los hay de papel para tirar a un fuego de verdad o de arcilla que es el tradicional, pero el mío era de madera. Otros lo llevan de de hierro, de plata y aún de oro pero para eso había que ser rico.

Así de triste andaba cuando la luz, al envolverme, me hizo cosquillas en el corazón y no sé muy bien por qué, pero me volvió a la cara la sonrisa. Levanté la cabeza y abrí los ojos; los labios me brillaban y en mi imaginación, por un momento, vi un manantial. De pura felicidad me eché a correr hasta que llegué a un árbol solitario, tan lleno de luz que parecía de oro. Decidí que bajo sus ramas me iba a quedar, al menos un ratito.

Nunca más, después de eso, volví a tener miedos tontos.

Desaté la bolsa, la abrí y me senté en el suelo. Saqué el bizcocho y me lo comí a bocaditos de ratón. Luego, apretando con un dedo, fui cogiendo las miguitas hasta que desaparecieron todas en mi estómago. Así repuesto, lleno de valor por una fuerza divina, me puse los zapatos y seguí adelante.

Todo este asunto poco interés tendría para mi historia si no fuera porque justo entonces, encontré a mi amigo.

Al principio me pareció que era un sueño o, más bien, una pesadilla. Algo como cuando ves a alguien morir y piensas que te podría pasar a ti. Me lo encontré tan de sopetón que poco me faltó para pisarle la cabeza. Yacía tumbado en el barro, apoyado sobre el pecho, con la cara girada a la derecha. Pegotes de arcilla ensuciaban sus mejillas y ristras de cabellos mojados le tapaban los párpados. Vestía más o menos como yo, pero lleno de rotos y su gabán, por llamarlo de alguna manera, se lo había hecho con tela de saco. Sus pies desnudos servían de carretera a un ejército de hormigas despreocupadas, como si caminaran sobre un palo y palillos en verdad parecían sus piernas. Yo, en aquellos años, estaba más bien flacucho y tras mi enfermedad más todavía, y después de la caminata ni te cuento, pero aquel niño que tenía un año menos que yo daba pena de verlo. Comprenderéis que pensara que yacía ya muerto.

— A...agua —me dijo como en un susurro.

Dí dos pasos atrás y casi me caí del susto porque en aquellos años de peste nos contaban muchas historias de fantasmas. Lo malo no era morir, decían, lo malo era morir mal.

— Agua, —repitió.

En los fantasmas, claro, nadie admitía creer, entre otras cosas porque era contrario a la Recta Religión y porque a nadie le gusta reconocer que tiene miedo. Yo, por si acaso, cogí el portafuegos y se lo lancé a la cara porque decían que eso espantaba a los fantasmas.

— Agua, por favor —dijo quejoso, sin importarle mi gesto.

Entonces me acerqué lentamente aún con miedo. ¿Qué hacía un niño aquí en medio de nada? ¿Sería mentira la Recta Religión y verdaderos los fantasmas? ¿Me iba a tocar el monstruo y convertirme en un loco para siempre? Quizás sí pero tenía que ayudarle. Había un temblor en su voz, una alma en su rostro, un espíritu en sus manos que me parecía ser yo mismo y, al mismo tiempo, definitivamente otra persona. Cuando contemplé con mis ojos el fondo de los suyos su sufrimiento se hizo el mío y más allá de ellos descubrí la esperanza de un amigo. Por eso, a pesar del miedo, me acerqué a él.

Le pregunté que cómo se llamaba porque había oído que ningún fantasma te daría jamás su nombre, pero él solamente me respondió:

— Agua.

Cogí entonces el medio calabazo seco que llevaba de cantimplora y se lo ofrecí. Él intentó beber pero, entumecido y débil como estaba, la mayor parte se le derramó por la barbilla. Por eso y con un dolor de miedo revolviéndome el estómago, me acerqué y, pasándole mi brazo por debajo del hombro, lo incorporé hasta sentarlo y le dí de beber. Entonces, sonrió; dijo gracias mamá y se durmió.

Le envolví en mi manta, hice la plegaria de bendición y encendí un fuego. Las llamas saltaron danzando sobre las ramas y yo me quedé contemplándolas religiosamente. Me acordé ante ellas, de las Santas Llamas del fogón de mi casa, de la cascada risa de nuestro padre en los días de invierno y de los cuentos que nuestra madre nos contaba mientras los niños nos apretujábamos bajo la gruesa manta de la abuela. Me parece que hubiera vendido mis manos por verlos a todos otra vez, aunque sólo fueran fantasmas. O incluso nada más que a uno, a cualquiera, aunque fuera sólo un momento.

Me dio apuro ayudarlo a levantarse cuando se despertó y, apoyándose en mí, a caminar. Sí, ya sé que el estaba muy cansado y hambriento pero no nos quedaba nada que comer y cualquier lugar es igual de malo para morir. Además sería una caminata muy corta porque el día, según creía, estaba a punto de acabarse. Así fuimos los dos, como un monstruo de dos cabezas, andando por el camino hasta que mi amigo sacó fuerzas para hablar.

—¿Quién eres?

— Pip, 'el nutria' —le contesté.

— Yo soy Fen, pero todos me llaman bulto.

— ¿Y eso?

— No sé, y cosas peores. A ti, ¿por qué te llaman nutria?

— Me gusta nadar. Mi madre dice que estoy en el agua más tiempo que las truchas.

— Ah.

— Ya ves, es que es como si el agua me quisiera.

— Nutria.

— ¿Qué?

— ¿Vamos a tu casa?

Me quedé en silencio un momento y luego le contesté que no y el se quedó callado un buen rato, porque se dio cuenta por mi tristeza de que yo también estaba solo.

— Bueno, Nutria, ¿a dónde vamos?

— No sé.

— Pues estoy muy cansado.

— Ya, pero tenemos que ir a algún sitio, a conseguir comida.

Volvió a quedarse en silencio y, poco a poco, se fue durmiendo hasta que, más que ayudarlo a caminar, lo arrastraba. Fue entonces cuando el camino salió del bosque y nosotros detrás, a trompicones.

Pronto tropecé y nos caímos pero Fen ni por esas se despertó. Casi derrotado me levanté como el niño pequeño que espera sin éxito que su madre le vea para ponerse a llorar. Entonces yo debía tener también hambre para comer piedras en salsa verde y me dolía todo el cuerpo. Me dolía también que nadie había ahí para ayudarme y pensaba que también me rendiría y que dejaría a Fen allí sólo. Era lo lógico, siempre me habían dicho

que, al final, cada uno sólo piensa en sí mismo, y me dio un tipo de miedo que nunca había sentido antes, el miedo a dejar de ser una persona. Si dejaba a Fen allí me convertiría en un monstruo. Decidí pues olvidarme de mí mismo, de los días felices en casa y de que toda vida se acaba. Le miré y me vino el valor porque aquel bulto en el suelo me necesitaba... y yo a él.

Lo volví a envolver en la manta y me subí a un árbol por ver si podía encontrar algún refugio. Gracias a Dios, tuvimos suerte. Ante mí, en medio de un inmenso campo de trigo, una solitaria cabaña descuellaba como un faro. Se trataba de una casucha vieja, de esas que cualquier dueño hubiera tirado, con el techo de paja, las paredes de madera y sin más abertura que una estrecha puerta a la que, harto de vergüenza, iba a llamar.

Bajé y, según los últimos rayos de sol bañaban el mundo, cogí a Fen en brazos y me encaminé a la cabaña a mendigar lo que fuera, cualquier cosa. Estaba dispuesto todo, a llorar si me hacía falta o a ponerme de rodillas, me daba igual. Sería mi primera vez, porque estando solo me hubiera muerto gustosamente de hambre. ¿Yo, mendigar? Nunca. Y, sin embargo, mendigué.

## Capítulo 2

### El Camino.

— Por favor, señor, tenemos hambre —dije nada más que abrieron la puerta.

Sé que fue una tonta manera de pedir pero ni para mendigar nace nadie aprendido. Además, bastante tenía con que ni Fen se me cayera de los brazos ni que yo mismo me desplomara en el suelo.

Al principio hubo un silencio, no se escuchaba sino las respiraciones y, entre la oscuridad, apenas veía unos ojos y adivinaba unas cara. Luego surgieron unos cuchicheos cortos. Por fin alguien dijo: pasad.

Según entré la gente se fue apretando contra las paredes, como si supieran que había tenido las fiebres o temieran que Fen las pudiera tener. Pronto me enteraría de que nos rehuían porque les habían enseñado a palos a hacerlo.

Acomodé a Fen junto al fuego, usando la cuerda de almohadón. Luego me senté yo también y dije:

— Muchas gracias, perdonen que no les dijera nada antes, es que me asusté un poco, porque estaba un poco oscuro.

Nadie dijo nada, todos se quedaron quietos, salvo alguien que encendió una vela y vino hacia nosotros despacio. Cuando estuvo frente a nosotros pude ver que era una mujer de piel azul. Me sobresalté un poco porque ahí, en el Reino de Mercia, habían muy pocos esclavos. Casi todos estaban en nuestras colonias así que era la primera vez que veía a una.

Sin hablarme me ofreció una torta de pan y yo le dí las gra-

cias.

— Por favor —continué— le dices a tu dueño, si está ahí, que muchas gracias de mi parte.

La esclava se sonrió primero para después reírse como una loca, provocando a todos los de la casa a hacer lo mismo. Cuando pararon de carcajearse y patear en el suelo mientras contemplaban mi gran cara de bobo, fueron pasándose la vela para dejarme saber quiénes eran y presentarse.

Cuatro mujeres, tres hombres y cinco niños, todos azules. Tenían todos un aspecto mezcla de cansados, como de interrumpido el sueño, y de divertidos a nuestra costa.

— Zeñor —me dijo la mujer en su cantarino acento— zi ze lo digo a dueño, dueño ze enfada mucho con uztedez y con nozotroz y uza látigo con nozotroz y pata pa tí.

— Pata pa tí, pata pa tí —repitieron todos divertidos.

— No es muy simpático... —repliqué.

— No, —contestaron todos muertos de risa.

— ¿Tenéis algo para mi amigo? —pregunté sin mucha educación.

— Torta, agua, —me respondió una niña—. Siempre torta, agua. Algunoz diaz mantequilla y kuz. Hoy no, todo fin, zólo torta, agua.

— Por favor —les rogué.

Entonces me trajeron un cuenco con el agua y dos tortas de pan.

— No hay más, nos dijeron disculpándose.

Tras darles las gracias incorporé a Fen en mi regazo, le desperté y me puse a darle de comer, pero las tortas estaban muy duras y no le quedaban fuerzas ni para masticar. Ya me daba sentimiento verle así por si se podía morir de hambre. Así que envolví las tortas en el pañuelo y las machaqué en el suelo con el mango del cuchillo hasta hacerlas polvo. Después vacié el pañuelo sobre el cuenco con agua y lo puse a calentar al fuego hasta que hirvió. Luego lo colgué un poco más arriba, para que le diera menos calor y dejé que se espesara un poco. ¿El nombre de la receta? “Algo hay que comer cuando hay hambre”. Ese u otro que te guste más.

Volví a despertar a mi amigo y mientras le ayudaba a sostener su cabeza en mi hombro le fui dando de comer. Seguramente no llegó nunca a despertarse del todo porque me dijo “Gracias, mamá”, al terminar y se durmió.

Yo querría haberles dicho algo a los azules, haberles ayudado en algo, en serio, pero me dormí así sentado, supongo. Creo que tendría una sonrisa en mis labios mientras me llevaba al corazón la palabra mamá. Se me quedó ahí y me pareció que, de alguna manera, mi madre seguía viviendo dentro de mí, que, al haber dado de comer a mi amigo, la había resucitado.

Cuando me desperté debía ser bastante tarde porque se habían ido todos aunque quizás fuera cualquier hora. Dentro de la cabaña se vivía en una eterna penumbra en la que sólo entraba la poca luz que se colaba entre la puerta y el marco o por algún agujero en las paredes. Yacíamos sobre una manta vieja que nos debieron poner mientras dormíamos. Salvo por la parte que ocupábamos, el suelo era simple tierra apisonada sobre la que se atrevían a caminar los escarabajos. En una esquina, según recuerdo, había unos canastos con unas bolsas cerradas que constituían todo el mobiliario.

A nuestro lado habían puesto una cesta con cuatro tortas de pan y un cuenco de agua. Me desayuné y le volví a preparar la papilla a mi amigo que esta vez no me dijo gracias mamá, sólo gracias. Luego nos dormimos de nuevo en seguida porque de verdad que estábamos muy cansados.

Volvíamos a despertarnos varias veces, sólo para alzar la cabeza y caer rendidos cada vez, hasta la madrugada del día siguiente. Molidos como estábamos de estar tumbados en el suelo, salimos afuera. El sol apenas se había asomado sobre los campos de oro que se extendían casi sin límites. Eternos, solitarios, dejaban que el viento meciera como olas sus millones de espigas bajo el gran azul del cielo como si fueran a existir por siempre. Todo nos hablaba de pureza y allí, en el centro de todo, estaban nuestros amigos trabajando.

Nos miramos Fen y yo y, tras un para de guiños, acudimos a ayudarles. Cuando nos vieron los azules pensaron que estábamos un poco locos, cosa que, incluso hoy, me siento incapaz de negar. Luego de discutir si nos dejarían hacer algo, decidieron al

fin que sí, porque ese día no había de venir el capataz. Felices de ser aceptados, nos quitamos las camisas y nos pusimos a atar y acarrear, con los demás niños, las gavillas que los adultos iban cosechando.

Después del mediodía nos sentamos a comer lo que ya sabéis. Fen aunque intentaba sonreír era incapaz de disimular su cansancio. Yo, que apenas andaba un poco mejor, tenía envidia de los azules que iban tan frescos. Me vino entonces a la mente eso que mucha gente dice, que los azules eran muy fuertes, aunque algo tontos. Lo primero era verdad, lo segundo mentira, lo único importante es que eran nuestros amigos. Yo quiero que mis amigos sean fuertes y listos pero a mis amigos tontos y débiles también los quiero. Resultó, que no eran tontos en absoluto, sino que tenían su propio idioma y del nuestro sólo les habían enseñado lo imprescindible para trabajar y obedecer.

Fue comiendo, que nos pusimos a hablar. Trataré de escribir la conversación tal cual ocurrió, aunque algo me habré olvidado, porque aquella resultó ser nuestra primera y última vez.

— Yo me llamo Pip, 'el nutria'.

— Y yo soy Fen.

Ahora que lo pienso, fue un poco extraño que aún no nos hubiéramos presentado. ¿Qué quieres que le haga? Imperfecto era entonces e imperfecto soy ahora. Sin embargo lo verdaderamente curioso vino a continuación.

— Yo me llamo 32, —dijo la mujer que me había recibido.

— Yo 54, añadió un hombre.

Así, como si fueran paquetes y no personas, se fueron presentando todos. Sucedió que el dueño prefirió asignarles números a reconocerles un nombre. Eso, como te imaginarás, me pareció una excentricidad cruel por parte del dueño, porque desconocía que era lo que se acostumbraba hacer con los esclavos. Nunca dejará de asombrarme las salvajadas que podemos llegar cometer sólo porque todo el mundo las hace.

— ¿Eztáiz lokoz?, — nos preguntó una niña pequeña llamada 95.

— ¡Niña, taché!, —la increpó 32 usando una palabra de su propio idioma.

— Pero, zi... tu dijizte lo: No—azulez zon maloz con azulez.

Pero eloz no—maloz. Elloz zon buenoz. Pero zon no—azulez, por ezo zon raroz, y loz raroz zon lokoz.

— Yo no, —dijo Fen riendo— pero mi amigo sí que está muy loco. Yo sólo le sigo la corriente, —dijo atornillándose un dedo en la sien.

Luego hablamos del buen tiempo que había y otras cosas por el estilo. Lo más interesante fue el cuento que nos contó 54 sobre las nubes. Déjame ver si puedo escribirte con mis palabras lo que recuerdo.

Cuando Dios sueña las nubes nacen en el cielo. Viajan desde las estrellas hasta el mundo de los vivientes. Llegan entonces los vientos y las revuelven, cortándolas en pedazos y mezclándolas unas con otras. Un día, cuando Dios lo quiere, llega el frío a las nubes y llueve. La lluvia se hace agua, el agua se hace río y el río lo beben plantas, animales y hombres.

Con el agua de los sueños de Dios las plantas hacen vida, los animales vida y amor y los hombres vida, amor y cuentos. Así es como la primera madre aprendió los cuentos de cuna y de ahí es de donde nacen las canciones y la imaginación.

A veces nacen niñas, o niños, que encuentran la máxima felicidad en el agua y cuando pasa eso es porque saben la verdad allende los cuentos...

Después del cuento nos dijeron que ese habría de ser nuestro último día juntos. La mañana siguiente, tendríamos que irnos porque al capataz seguro que no le gustaría vernos y podía 'uzar' látigo. Luego, terminada la comida, retomamos el trabajo al sol hasta que, a eso de las cuatro, nos sorprendieron a todos.

Fen, ya demasiado cansado para cualquier otra cosa, acababa de atar una gavilla que yo me iba a cargar a la espalda cuando vimos aparecer a dos hombres a caballo. Al instante, todos los azules se paralizaron. Nosotros les imitamos inmediatamente. De los jinetes uno parecía ser un chiquillo orgulloso de diecisiete años. Entonces, claro, lo veía de otra manera porque tenía seis años más que yo y era más rico de lo que yo podía soñar. Me pareció más bien ser un tipo fuerte, alto, seguro de sí mismo. Iba vestido con una carísima chaqueta de húsar escarlata, que valía lo que mi padre ganaba en un año. Llevaba un sombrero de ala ancha, bordado en hilo de oro y adornado con plumas

de un ave llamada avestruz que vivía en el confín del mundo. Sus pantalones, sin duda confeccionados por el mejor sastre, estaban ceñidos por un cinturón de cuero repujado con hebilla de plata. Además, tenía una fina espada que no pude dejar de mirar de ganas que tenía de tocarla si quiera una vez y que para él sería nada más que un molesto sacrificio para estar a la moda.

El otro hombre no llevaba espada pero sí una vara, una pistola y un látigo. Era más bajito y tendría algo menos de cuarenta años. Ceñía al cuello un pañuelo rojo y vestía de ropa de buen paño pero, por lo demás, del barato color siena. Lucía una barba pequeña, muy bien cortada y unos bigotes tan grandes que le rebasaban en dos dedos las mejillas. Esos bigotes que le servían, supongo, para hacerse importante hacen que me pregunte si pudiese haber sido un poco más joven.

Miró entonces el bajo al joven, se volvió hacia nosotros, encrespándose los bigotes y, levantándose sobre los estribos, silbó y nos llamó.

— ¡Eh, vosotros dos, venid pa'cá!

Fuimos, claro; no teníamos ningún lugar donde escondernos y seguro que los caballos correrían más que nosotros. El capataz, eso pienso que era, nos miró de arriba a abajo mientras el joven – quizás el hijo del dueño – bostezaba aburrido.

— ¿Qué, no os presentáis? Nos preguntó airado. ¿No sabéis ante quién estáis?

— No. Respondí como un verdadero tonto aunque, eso sí, muy honestamente.

— Venga, presentaos de una vez, no hagáis esperar al vizconde de Antrim. Corresponde al inferior presentarse al superior, o sea que, ¡ea!, presentaos.

— Yo soy Fen y este es Pip, el nutria —Fen respondió muy alegremente pues, como me contó otro día, en realidad el vizconde ya había sido presentado primero.

— Bien, y ¿qué hacéis aquí? —continuó el capataz.

— Les ayudamos. Contesté con media boca y con los ojos bien fijos en mis pies.

— Vaya, ¡ésta sí que es buena, ayudando a nuestros esclavos, dicen! ¿Y quién os lo ha mandado, si puede saberse?

— Nadie, —contesté.

— ¿Nadie, y entonces?

— Teníamos hambre y queríamos trabajar, —dijo Fen con voz muy tímida—.

— Vaya, me parece que voy entendiendo. Mirad, hijitos si esos azules os han dado algo habéis robado al señor.

— Pero... —traté de objetar.

— Ni peros ni nada. Los azules son esclavos y todo lo que tienen es de su señoría, si os han dado algo sois ladrones porque habéis cogido lo que no es vuestro.

Nos quedamos callados mientras el capataz se quedó con los brazos en jarras, tan lleno de sí mismo que parecía poder reventar en cualquier momento.

— Señor Casillego, —interrumpió el joven vizconde— echad a esos menesterosos de mis tierras y sigamos con la inspección.

— Ya habéis odio. Fuera y no volváis nunca. La próxima vez os cargaré de cadenas y os llevaré al juez, iladrones! — gruñó el capataz recalcando muy bien la última palabra.

Frecuentemente creemos que lo que nos dice una persona más fuerte que nosotros ha de ser verdad. Es falso, por supuesto, pero sí es cierto que la mentira es un monstruo que se hace tan fuerte como el mentiroso que la esparce. Creo que fue por eso que salimos del campo cabizbajos, sin decir una palabra. A mí además, me daba pena por Fen porque ya no tendría que comer esa noche. También me dolía que nos tuviéramos que separar de nuestros amigos sin un adiós. Lo peor, ya lo he dicho pero me dolió tanto que tengo que repetirlo, fue que me creyera ser un ladrón. Era peor que si hubieran asesinado a mi padre y casi tan malo como si yo hubiera sido el asesino. Me dolía la cara de vergüenza de sólo pensar lo que estaría pensando mi familia tras el velo de los muertos.

— Nutria, ¿Quieres ir a Tres Puertas?

— Bueno —le contesté como si me diera igual, a mí que solamente conocía mi pueblo; dos veces al año acudía con mi padre a la feria de Vado del Buey, la capital de nuestro condado, y eso era todo.

Nos pusimos entonces a caminar como dos condenados a galeras hasta que escuchamos unos cascotes de caballo a nuestra espalda. Al volvernos nos preparamos para lo peor pues era el vizconde

cabalgando al trote.

— Chiquillos, lo que es justo es justo. Habéis trabajado para mí y os voy a pagar. —dicho esto, tiró dos monedas a tierra y se marchó como había venido; ni siquiera nos dio tiempo de darle las gracias.

— ¿Tu has visto que alguna vez den un sueldo a los ladrones?  
—me preguntó Fen bromeando.

— Sí, les dan cadenas, cepos y palos —contesté divertido.

— Pues no sé si ellos cobran mejor que nosotros. Fíjate ahí, apenas tres asquerosos ases de cobre.

— Menos ganan los pobres azules.

— Eso es verdad. Asintió mi amigo entristecido. Nutria, continuó, conozco un sitio donde podemos comer y dormir, antes no hubiera ido, pero ahora tenemos dinero.

— ¿Nos dará?

— Bueno, no será, ejem, la mejor habitación.

— ¿Te crees que soy el vizconde? ¿Eh? ¿Quién te crees que soy?

— Mejor no te digo lo que creo que eres.

Así éramos: un segundo antes tristes de morirse y uno después nos comíamos el mundo. Estuvimos bromeando casi todo el camino hasta que nos aburrimos y luego continuamos en silencio. Ahora éramos dos niños en busca de aventuras, eso sobre todo, ¿verdad?

En el transcurrir de la ruta nos acompañó el sol que bajaba por el horizonte, manchando el cielo de zumo de naranja, como decía Fen. Cuando vino el ocaso le dije a mi amigo:

— Mira, el sol se ha puesto de acuerdo con nosotros, el ha llegado a su casa y nosotros también. ¿Verdad?

— Sí, ¡aquí es!

Nuestra posada resultaba ser un pequeño castillo: una torre circular a la derecha, un cobertizo a la izquierda, un gallinero gigantesco y, rodeándolo todo, una muralla.

— ¿Para qué tanta muralla? —pregunté señalando los muros.

— Es por los ladrones, aquí hay muchos, como ya sabes.

— Ya —dije riendo.

— No, hablo en serio. Es muy peligroso quedarse de noche en los caminos.

— ¿Y me lo dices ahora?

— No seas bobo Nutria, no merece la pena robarnos.

— Espero que tengas razón.

— Sí la tengo; yo soy de aquí. Además, ya hemos llegado a la posada. Venga, entremos.

El guarda se quedó indiferente cuando atravesamos el portón abierto. Ni nos saludó, ni nos molestó, ni se movió siquiera. De todas maneras, ante la posibilidad de ser atracado por algún ladrón tonto que nos confundiera con algún niño rico, su presencia era tranquilizadora. Parecía un antiguo soldado y de hecho vestía con los colores turquesa del condado de Mirtan. Llevaba calada la bayoneta en el mosquete, una espada al cinto y, además, cuatro pistolas. Otra media docena de vigilantes estaban distribuidos por las almenas. Cuatro más se vislumbraban en la torre y supongo que habría escondidos bastante más. Salvo que viniera un ejército de bandidos dormiríamos seguros esa noche.

El patio frontal de la posada era una delicia de jardines y fuentes ordenados con regla y compás. Lo digo en serio, así es como hacen las cosas los nobles en Mercia. Entre ellos correteaban unas niñas pequeñas, muy bien vestidas, que se escondieron tras un árbol al vernos. Supongo que teníamos una pinta de monstruos ladrones o algo así. Más allá, la torre había recubierto la parte inferior de sus muros con enredaderas y sus amplios ventanales con celosías que ocultaban la vida de los ricos con la que apenas nos atrevíamos a soñar.

Salió entonces un camarero de quince años a recibirnos:

— Eh vosotros, quedaos ahí sentados y esperad.

En cuanto nos sentamos las niñas se escurrieron a la torre, molestas por nuestra presencia. Se hizo de noche, cambió la guardia, cerraron el portón y encendieron antorchas sobre las almenas y los baluartes de la torre. Las estrellas cubrieron el cielo, la luna nació sobre las murallas, y el viento se hizo más frío. Dentro se llenaron de luz y calor música y bailes, charlas y risas mientras nosotros nos apretábamos uno junto al otro.

Cuando al fin el camarero se acercó a nosotros Fen ya se había dormido. Así que fui yo quien tuvo que negociar con el.

— A ver, ¿tienes el as de cobre?

— Sí, toma.

— Vale, podéis dormir en el patio de atrás.

— Gracias —respondí.

— Ahora las normas. Si no las cumplís os echaremos fuera aunque vengan los siete demonios. No podéis jugar, ni hablar, ni entrar en ninguna parte. Si tenéis que hacer vuestras necesidades al lado del establo hay un agujero. En el pozo hay agua. Ah, no necesitamos a nadie para trabajar, así que no mendiguéis comida. Mañana por la mañana, en cuanto abramos el portón os vais; eso es todo.

— Señor tenemos dinero, queremos comer —rogó Fen como si estuviera mendigando.

— Ya, ¿cuánto?

— Dos ases de cobre.

— Eso no es dinero, chiquillo, eso no me vale ni fregar los platos.

— Señor, —dije sacando mi cuenco de la bolsa— ponga aquí lo que sea que nos dé, ya lo limpiaré yo.

— Anda, déjalo, me habéis caído bien, dadme los dos ases y os pondré de las sobras de la cena. De todas formas se iban a tirar. Venga, dadme eso e iros al patio de atrás, que ya os llevaré yo la comida.

Íbamos ya llegando a nuestro lugar de reposo cuando metí la pierna dentro de un frío agujero. Miré abajo y noté que tenía el pie entre los barrotes de una verja que cubría una celda excavada. Era uno de esos que llamaban hoyos de presos donde ponían a los criminales que iban de camino a cumplir su castigo. Primero hacían un agujero como de la altura de un hombre y medio, reforzaban las paredes y pavimentaban el suelo, dejando un desagüe. Finalmente colocaban una reja encima y ya estaba lista. Al desventurado preso lo descolgaban ya encadenado. Luego cerraban la verja con un grueso candado a prueba de dragones, le tiraban un pan duro y le dejaban ahí solo. Si llovía pues el pobre hombre se mojaba; si nevaba pues tiritaba. A veces algún niño maleducado y cobarde aprovechaba para lanzarle piedras o huevos podridos. Pues bien, en esos barrotes bajo los que había un asesino enfadado, había atorado yo mi pie.

Si tuviera que escribir todas las palabrotas que me dedicó no

tendría espacio en siete libros. Baste decir que todavía no sé lo que significaban la mitad y la otra mitad preferiría desconocerlas.

Fen vino corriendo para ayudarme y empezamos los dos a tirar de la pierna mientras el preso seguía con su bombardeo de insultos. Ya me daba igual lo que dijera, apenas me preocupaba que por culpa suya nos echaran, lo que más temía es quedarme con el pie ahí dentro para siempre. ¡Y eso que me prometí que nunca más tendría miedos tontos! Tiramos y seguimos tirando hasta que, de un golpe que nos dejó sentados, escapó mi pie de la reja. Me dolía; tenía el tobillo enrojecido, el pie lleno de arañazos y encima, había perdido el zapato. Ni que hubiera sido de oro me habría metido dentro a sacarlo. Lo que hicimos fue correr a la esquina más lejana que pudimos encontrar.

Justo después apareció el camarero con mi tazón lleno de lentejas con dos trozos de tocino y dos panes grandes.

— No os quejaréis, habrá un cacho de tiempo que no coméis así, ¿verdad?

La verdad es que tenía razón, pero cualquiera se lo reconocía. En mi imaginación yo no era todavía pobre; sólo pasaba una mala racha. Así que le dimos las gracias y nos quedamos con cara de niño bueno hasta que se despidió. Nos sentamos entonces a comer, junto al cobertizo, bien pegados para compartir la manta, con el cuenco de lentejas caliente sobre mi regazo.

Los panes, que eran piedra pura, los rompimos en pedazos contra el suelo que echamos en el potaje para reblandecerlos. Justo al terminar de zampar nos venció el sueño y la oscuridad y nos dormimos uno junto al otro, como unos cachorritos sin mamá.

Al albor de la madrugada me desperté con el corazón angustiado, como esperando que una pesadilla se hiciera realidad. Había un sonido monótono, extraño, que parecía vivir en mi cabeza pero que cuando me desperté del todo supe que procedía de las celdas. Sonaba cansado, roto, como si llorara un bebé que supiera que nadie le fuera a querer nunca más.

Acudí lleno de pena a la celda y me senté junto a la verja escuchando atentamente. Sólo me atrevía a eso. Los lloros continuaban y aunque no decían nada inteligible, era como si do-

lorosamente imploraran mi ayuda. Cada vez se me fueron haciendo más insoportables. Al fin o le hacía caso a mi miedo y me iba o le hacía caso a mi corazón y le ayudaba. Por eso hice esa pregunta tan tonta:

— ¿Por qué lloras?

La contestación fue... y yo que sé, me he olvidado de ella y no me la voy a inventar. De lo que sí me acuerdo es que me dejó llorando y con ganas de mearle encima. También de mi respuesta, pero te ahorraré el sonrojo de leerla. Nada bonita, créeme. Luego pegué una patada en la verja con mi pie descalzo y le espeté:

— Adiós.

Entonces todo cambió.

— Por favor, pajarito, no te vayas, —me suplicó llorando.

— No sé —respondí inseguro.

— Por favor —me rogó él.

— Además, no me llamo pajarito, me llamo Nutria. Le dije mi mote porque aunque me estaba haciendo el valiente tenía miedo que conociese mi nombre de verdad.

— Nutria, escúchame.

— Bueno.

Me contó entonces todo lo que tenía que decir, su casa, sus amigos y por que lo llevaban a matar. Habló de sus hijos, de su mala suerte y de su culpa y siguió hablando hasta que el sol se elevó sobre las murallas. Yo me quedé escuchando.

Nunca diré a nadie, ni siquiera a ti, lo que me contó. Perdóname, es un secreto sagrado. Sólo revelaré lo que aprendí: que todos tenemos derecho a que alguien llore con nosotros.

Después de tirar el zapato que me quedaba desperté a Fen y nos fuimos tal y como se nos había mandado, con la primera luz.

Nos encontramos con el camino al aire fresco de la madrugada. Felices como gorriones nos desafiamos a una carrera de saltos que casi duró una hora. Al final Fen me sacaba tanta delantera que cansé de perder y le adelanté corriendo. Luego nos caímos riendo y seguimos adelante caminando.

Llegamos a la ciudad antes del mediodía. Fen entró tranquilamente, como quien llega a su casa pero para mí era como si me hubiera despertado en un cuento. Ya hacía dos años que la

enfermedad había acabado allí; para lo bueno y lo malo andan antes las ciudades, y la vida inundaba hasta el último rincón.

La vieja Tres Puertas nos saludó con olores a mantequilla y queso, a humo y óxido y a lana y sudor. Toda una masa, para mí inmensa, de hombres, carros y animales se agitaba entre sus edificios, dejándome con la boca abierta y la cara girando a todas partes. En extramuros las calles llevaban dos hileras de casas de cuatro o cinco pisos, enclenques, viejas, con pocas ventanas y muros parcheados con tablas. En cada piso habían conseguido meter seis habitaciones y en cada habitación una familia. Allí los niños pequeños servían de cojín o de almohada. De almohada, si eran lo bastante tontos para dormir bajo la cabeza de un hermano mayor y de cojín si era tan listos como para reposar sobre su barriga. Faltaban aceras en esas calles tan distinguidas pero tal falta la compensaban con un canalillo central por el que manaba un agua a veces amarilla y otras canela, fruto de desagües y escupideras que apeataba a lo que no debe decirse. Tenía la sensación de estar en un nido de cucarachas gigantesco y era tal el asco que me daba que me hubiera echado a correr de saber a dónde.

— Este es un mal sitio para trabajar —me dijo Fen, cosa en la que estuve absolutamente de acuerdo, aunque aún no sabía a que trabajo se refería—. Vamos al mercado.

Si estás esperando leer que mi amigo era un ladrón, habré de desengañarte. No digo que nunca robara nada porque ni soy su madre ni conozco toda su vida, pero su profesión era otra. Una ciertamente desagradable, pero en la que era todo un verdadero experto.

Fuimos por calles mejores hasta que llegamos a una amplia avenida que desembocaba en la plaza roja, que llamaban así por los adoquines del suelo. Ahí disponían los cientos de tenderetes, donde exponían sus mercancías, los campesinos que no tenían dinero para comprar un puesto en el mercado. Fen me guió por el centro de la calle mientras miraba con el rabillo del ojo, como si esperara encontrarse con un mal amigo, hasta que llegamos a la esquina. Entonces me hizo subir hasta el alféizar de una ventana.

— Este sitio es mejor, está bien para ir empezando, pero yo

conozco uno bueno de verdad.

— ¿Cuál?

— ¡Ahí lo tienes delante!

Sí, ahí estaba, alta, inmensa, aquella mole hexagonal que acogía el templo del mundo: el mercado. Tras sus muros azules y bajo sus tejas rojas cobijaba la religión menos hipócrita que el mundo conoce: la de te queremos según tu dinero. Es bueno lo que la gente compra y buena es la gente que puede comprar. Todo tiene un precio y un modo de cambiarlo. Incluso tú mismo, procura por tanto que tu precio no sea barato.

Para mí, que la veía con ojos de niño, era más bien un teatro que hubieran hecho sólo para mí. Y sí, teatro era, pero teatro del estafador.

Me quedé embobado mientras caminábamos hacia él. Si las calles ya me habían parecido tremendas, aquello era sencillamente descomunal. El pobre Fen me hablaba pero yo andaba distraído. Miraba a las sirvientas que iban a comprar para sus amas, los constructores que trabajaban ampliando los almacenes, los pinches de cocina acarreando piezas de carne para sus restaurantes. Envidaba a los estudiantes pobres – millonarios comparados conmigo – que salían con bocadillos y dulces. Admiraba a los costaleros que traían y sacaban mercaderías sin pausa y los cientos de carros en los que las cargaban. Despreciaba al ejército de tramposos, a cual más ruin: adivinadores, vendedores de pócimas, alquimistas de crecepelos, falsas brujas y demás esquiladores de bolsas. También había ladrones, claro, haciéndose pasar por cualquiera, escondiéndose en la multitud. Me fijé por último en los expertos del mercado: las amas de casa y tenderos de barrio que revenderían más caro lo que aquí habían comprado.

Enmusedado andaba yo, contemplando tanta gente que no volví a la realidad hasta que Fen me tiró del brazo. Nos habíamos quedado ante la gigantesca puerta principal de roble y bronce, entre las rugientes estatuas del fénix y el dragón.

— ¡Por ahí no, tonto! —me dijo Fen—. Nosotros tenemos que entrar por un sitio especial.

— Lo siento, no lo sabía.

— Venga, es por aquí.

Dimos la vuelta para cruzar los jardines hasta quedarnos pegados a la pared. Por si vas alguna vez por ahí te advierto que tengas cuidado con las palomas porque podrían usar tu cabeza de retrete. A mí me pasó para eterna vergüenza mía y breve diversión de mi amigo. Luego de haberme limpiado como pude, seguimos hasta dar con una trampilla estrecha, negra y sucia. Fen la abrió y me dijo con cara de preocupación:

— ¡Vamos, rápido, adentro!

Me lancé a una especie de tobogán de madera y de ahí directo a un depósito de cebada. Fen cayó detrás de mí en el mar de cereales, sacó la cabeza, extendió piernas y brazos y proclamó muy alegre:

— Grano, ¡qué bien!

— ¿Qué tiene de bueno el grano? —le pregunté.

— ¿Tú nunca te has caído en harina?

— Pues no.

— Pues te quedas todo blanco y... pero venga, vamos, hay que salir de aquí.

— Oye, ¿no estará prohibido esto?

— Tranquilo, no pasa nada. Venga, hay que ponerse a trabajar.

Fen se agarró a una de las paredes del depósito y, tras subirse al borde, se descolgó hasta el suelo. Yo lo seguí a mi vez y luego por un dédalo de pasillos oscuros hasta que acabamos devorados en el mismo corazón del monstruo. Es que el mercado me parecía un monstruo.

— ¡Ahora, a trabajar! —proclamó Fen entusiasmado.

— ¿Qué hago?

— Ah, no lo has hecho nunca, claro, ahora entiendo porque hacías todas esas cosas raras. No te preocupes: mírame y haz lo mismo que yo haga. Otro día ya te enseñaré mejor.

Sonrió, se acercó a una señora gorda que estaba comprando bollos y le tiró del vestido. Luego le dijo:

— Señora, por favor, tengo hambre.

— Yo no doy a mendigos.

— Pero yo no soy un mendigo, sólo tengo hambre, de verdad. Si me da un bollo se me pasará. Es que ya no sé que hacer. Me duele y tengo miedo. Por favor, sólo uno pequeñito.

Ante mi sorpresa le dio uno de los más grandes sin decir nada más. Fen volvió entonces muy feliz y compartió la mitad conmigo. Luego se acercó a un grupo de costaleros que descansaban tomando té y se sentó junto a ellos.

— Lárgate, bulto. —le espetó el más joven.

— ¿Me das algo si me voy?

— Una patada si no te vas —dijo entre las carcajadas de todos.

— Bueno, ya me voy.

Volvió a mí y me sonrió como diciendo que no se puede ganar siempre. Luego nos pusimos los dos a trabajar hasta que tuvimos que salir corriendo de los guardias. A Fen casi le cogen pero yo les tiré una naranja a los guardias y escapó.

Aquella noche dormimos bajo techado por un pan de monedas y comimos caliente. No sólo pan y judías sino también un buen pedazo de tocino que nos pareció todo un banquete. A quien nunca haya tenido hambre le pudiera parecer desagradable más a nosotros toda esa crujiente grasita que escurría por los dientes nos pareció un manjar de ángeles.

Sólo nos alcanzó para dormir en el suelo del dormitorio común sobre un viejo jergón que compartimos. Afortunadamente la posada estaba limpia y sin chinches ni pulgas así que el único amiguito con el que dormimos fue un gato apestoso que se coló por una ventana. Lo de apestoso no lo digo por decir, de no ser por Fen que lo echó por una ventana, hubieran matado al pobrecito.

Es que el dormitorio común estaba lleno de borrachos; también había ladrones y gente muy mala. Para que lo sepas todo te diré que me llevé cuatro coscorriones y tres patadas en el mercado y un escupitajo en la posada. Ahora que lo recuerdo parece divertido, pero no lo hacíamos por aventura sino por necesidad.

Al día siguiente volvimos a trabajar en el mismo sitio obteniendo un resonante éxito comercial. Creo que incluso nos hubiera dado para dormir en una habitación buena con camas y todo, de no habernos dado un atracón de merengue y dulces de miel. ¿Qué puedo decir? ¿Cómo defenderme? Fue una tontería, pero es que éramos unos críos y teníamos derecho a ser felices... aunque fuera sólo un rato.

Ya acostados nos dolió tanto la barriga que no supimos si llorar o reír. Sí, reír a reventar de tenerla llena. Yo me decidí por

lo último. Estar triste no sirve para nada, ¿sabes? Estar feliz es mejor, así que cuando puedo elegir siempre escojo la alegría. Hacer otra cosa es de tontos.

El día siguiente casi lloro porque nos fue muy mal. A Fen le robaron su recaudación unos matones. La mía, que fue muy poca, se la tuve que dar a una niña que se había quedado sola. Me daba pena y con eso se puso feliz. Creo que le habrá ido todo muy bien porque luego la encontró su madre. No era un bulto, como nosotros, sino una niña de verdad, con gente que la quería. Bueno, no nos pongamos tristes, que jamás nadie ha hecho algo compadeciéndose de sí mismo.

Así que estábamos sin un as y hambrientos como lobos. Yo no sabía que hacer y me parecía que me iba a poner a llorar. Pero entonces, cuando iba a buscar un sitio para que no me vieran, Fen me dijo que conocía un refugio, su última salida cuanto todo lo demás había fracasado.

Yo me esperaba puré de bichos

## Capítulo 3

### El Templo.

Si Fen hubiera sabido lo que me iba a pasar en el templo seguro que nunca me hubiera llevado allí. En aquel momento, sin embargo, le pareció lo mejor. Seguramente ni lo pensó. Era un sitio, según me dijo, al que tenía costumbre de acudir cuando todo se torcía. En el templo, a cambio de limpiar, dejaban pasar la noche a los niños y te daban de comer, pero era evidente que a Fen no le gustaba. La razón tardaría poco en descubrirla.

Entramos al templo a eso de la tarde con cara de prisioneros de guerra. Fen había perdido el gabán y su camisa, rota por la mitad de arriba abajo, se mantenía atada por un cordel. Además, fruto de la pelea con los bandidos, llevaba un ojo negro y moretones y raspaduras por todo el cuerpo.

Fen decía que se enfadarían si usábamos la puerta principal así que fuimos por la de servicio. Llamamos y una voz cascada y desgana nos respondió.

— ¿Qué queréis?

— Ya sabes —respondió Fen.

— ¿Otra vez tú, bulto?

— Sí, no he tenido suerte.

— Lo que no has tenido son ganas de trabajar.

— Déjenos entrar, por favor, sabes que nos portaremos bien.

— ¿Nos? ¿A que impresentable amigo traes contigo esta vez? ¡Espero que no sea el robazapatos!

— No. Es un chico nuevo, un poco cortito, pero se porta bien.

— ¿Cortito? Mejor. Los listos siempre sois los que dais más

problemas. Venga, ¡entrad bultos! Santo Fuego, así pagas mis pecados.

Abrió la puerta don Carolex, un señor mayor, demacrado que vestía la túnica y las sandalias negras de los sacerdotes de tercer rango. Tenía el poco pelo que le quedaba concentrado en una espesa barba cana, dividida en tres puntas que representaban las llamas del Santo Fuego. Rostro lucía de haber perdido los pocos amigos que en su juventud tuvo y unas manos huesudas y angulosas que parecían máquinas de estrangular niños. Pues te imaginarás cómo me quedé cuando sus vidriosos ojos clavaron sus fuegos en mi cuello.

— Eh, tú bulto. ¿Es verdad que eres cortito?

— No me llamo Bulto, ese es mi amigo. Yo me llamo Nutria.

— Ya se ve que eres cortito, ya, —respondió Don Carolex con sonsonete de burla—. Vamos, id al pasillo de la derecha, bultos... nutrias o puede que topos o ratones. Eso, eso debe de ser, un ratón se cayó al agua y ahora se cree una nutria.

Como teníamos hambre no le respondimos nada. El pasillo nos llevó a una escalera, la escalera a un distribuidor, el distribuidor a una puerta y ésta al dormitorio de niños recogidos, o sea, otros como nosotros. La estancia, que estaba muy limpia y ordenada, tenía forma circular y estaba amueblada con unos arcones y ¡oh maravilla!, camas, camas de verdad.

— ¿Es aquí? —pregunté a Fen.

— Claro que sí.

— ¡Genial!... esto... ¿no tendremos que dormir en el suelo?

— No seas cortito, claro que no.

— Bueno, vale ya con eso de ser cortito, ¿no? —protesté.

— No te enfades. Se lo dije al viejo ese para que le cayeras bien.

— ¿Eso es caerle bien?

— Para el sí. Además, es verdad que eres un poco cortito. Anda que pensar que bulto era un nombre...

— Bueno, y ahora ¿qué hacemos? —dije cambiando de tema, porque tenía razón.

— Esperar.

En la habitación había otros quince niños; diez vestidos más o menos como nosotros y cinco con ropas de lino blanco.

— Los de blanco son los niños del templo. Se han quedado aquí porque les da miedo estar fuera. Eso o porque son un poco... cortitos.

Si no nos peleamos fue porque ninguno quería que nos echaran pero el no se libró de un pisotón ni yo de su réplica.

Habían dispuesto cincuenta camas con lo que sobraban muchas. Según me dijo Fen en invierno habrían muchos más niños. Tan- tos que muchos dormirían en el suelo o incluso en los pasillos. A veces eran sus mismas madres las que los mandaban cuando se les acababa la leña o la comida pero la mayoría eran niños mendigos que vivían solos, como nosotros. Había también unas hermosas vidrieras que servían de ventanas. Lo más extraño, además de que todas las vidrieras estuviesen sanas, es que los niños estaban sentados en el suelo, en silencio. Y así siguieron hasta que se volvió a abrir la puerta.

Entró entonces Yezarem, un túnica azul, que era como llamábamos a los seminaristas. Tenían que estar estudiando seis años si querían ser sacerdotes de tercer grado y doce si de segundo. En cuanto a los de primer grado los elegía el Rey, casi siempre de entre las familias que podían hacer una aportación a los cofres de su majestad. Jezarem, que no estaba en ese caso, llevaba dos bandas marrones en su túnica que denotaban que cursaba su segundo año, así que tenía 16. En cuanto nos saludó su sonrisa, todos nos relajamos.

— Ah, Fen, tú otra vez. Hacía mucho rato que no te veía por aquí. ¿No te ibas a ir a hacer fortuna a Nueva Mercia?

— No, padre Yeza. Es que...

— Tranquilo, me da igual, anda, vete a ver a la sacerdotisa Idia a que te mire ese ojo.

— Pero si no me duele.

— A ver, ¿cuál es la primera norma aquí?

— Hacerle caso a los sacerdotes.

— Y, y este y es un y muy importante, a los seminaristas.

— Vale.

— Bien, ¿No me presentas a tu amigo?

— Se llama Nutria y... es muy bueno pero un poco cortito —dijo con una sonrisa traviesa.

— Lo de si es cortito, ya se verá, pero lo de bueno ya se le ve en la cara.

— Gracias —respondí mirándome los pies.

— Bueno, Nutria, bienvenido al Templo, ahora te diré las normas. ¿Tienes cinco minutitos?

— Más vale que te sientes; será media hora por lo menos —interrumpió Fen.

— Venga, vete tú a lo tuyo.

En cuanto Fen se fue pude comprobar que no exageraba. Había normas para todo: para levantarse, para vestirse, para hacer la cama, comer, andar, ¡hasta para dormir! Yo aquello es que no podía creérmelo y el seminarista me las contaban con una sonrisa, como si fuera lo más natural.

— Bueno —concluyó—, aquí no alimentamos a gandules. Si quieres comer tienes que ir a limpiar. Como es tu primer día te toca el patio de los sirvientes, pero si lo haces bien otro día te podrá tocar el templo.

— Vale.

Luego de limpiar nos llevaron al comedor. Teníamos, lentejas, pan y agua junto con una gran salchicha. Desgraciadamente me quedé a media tripa porque antes de que tuviera en mi estómago el magnífico embutido, apareció Don Carolex con cara de haber perdido el monedero.

— Tu, ven conmigo, rápido.

Yo lo seguí con el íntimo convencimiento de haber hecho algo malo sin saber bien qué. La cosa se fue poniendo peor según avanzábamos porque salíamos del ala de los sirvientes para llegar a la de los sacerdotes. Tanto miedo tuve que me entraron ganas de orinar y se me congelaron las manos. En mi mente iba rezando todo lo que me sabía, que era muy poco. Por fin llegamos ante la puerta que me separaba de lo desconocido. Don Carolex me dijo que esperara mientras él resolvía unos asuntos. En los dos minutos que tardó en volver tuve tiempo de pensar en todos y cada uno de los fallos que había tenido ese día y de imaginarme algunos más. ¿Habría recogido los paños? ¿Se me habría olvidado vaciar los cubos? ¿Quizás pasó algo importante y yo no me di cuenta? O a lo peor no había recogido todas las hojas del jardín. ¡Santas Llamas! ¡¿Qué?! ¿Qué había hecho mal?

— Anda, pasa, cortito —me dijo el señor Carolex.

Dentro me encontré con cuatro de los niños del templo y un personaje muy importante. Nada menos que Don Sammai, un sacerdote de primer grado, que miraba altivo envuelto en su túnica damasquinada, su gorro frigio y su capa roja con filigranas de oro.

— Es un poco torpe, pero buen muchacho, no escupe ni dice palabrotas. Así resumió Don Carolex mi carácter.

— En fin, tendrá que valer, ande, dele un baño y revístalo.

— Como ordene su santa señoría.

— A ver muchacho. Dijo Don Sammai dirigiéndose a mí. Tranquilo, lo más importante es que te fijas en todo. Hoy lo harás mal, ciertamente, eso no puede evitarse. Intenta, sin embargo, no poner cara de haber metido la pata. Haz lo que te digan y ocúltate todo lo que puedas. Y por amor del Fuego, ¡no te metas los dedos en la nariz!

— Lo haré lo mejor que pueda.

— Insuficiente. Desastroso, incluso, pero tendré que conformarme, ¿verdad? Bueno, adiós.

En cuanto Don Sammai se fue, Don Carolex me llevó al baño. Consistía, en este caso, en una bañera y un depósito de agua, fría como no, anexo.

Andaba ya bañado pero aún en paños menores cuando apareció Yezarem portando en las manos una túnica blanca.

— ¡Anda, eres tú, chiquitín! ¿Te han explicado ya lo que tienes que hacer?

— No.

— Siempre me lo dejan a mí. En fin, vete revistiéndote.

— ¿Me pongo mi ropa primero?

— Normalmente sí, pero mejor no, está demasiado sucia. Ponte sólo la túnica. Tranquilo, chiquitín, el Templo del Fuego siempre está calentito, ¿verdad?

— Claro.

— ¿Ves como no eres tan cortito, chiquitín? Anda, toma y vístete.

Antes incluso que me empezara a vestir Yezarem empezó con su explicación.

— Dentro de la explanada sacerdotal del templo, donde estarás todo el tiempo no se puede usar calzado de ninguna clase, porque todos somos esclavos del Fuego. Aunque tú no tendrás problema con eso, claro. Perdona, estoy tonto. Bueno, en todo momento, has de seguir a Don Yilel. ¿Sabes quién es? No, claro. Bueno, yo te lo indicaré, chiquitín. Si él se sienta tú te sientas, pero en el suelo, las sillas son para los sacerdotes. Si él se levanta tú te levantas; si él se va a un lado tú le sigues. ¿Entendido?

— Creo que sí.

— Vale. Durante la ceremonia de exaltación, que es la primera, en el sacrificio que es la tercera y en la despedida, que es la cuarta habrá cánticos. Tú no cantes, porque lo estropearías; sólo mueve la boca o di las palabras en voz baja. Debe parecer que cantas, pero no lo hagas o nos meterás en un lío. ¿Está claro?

— No sé si me voy acordar de cuando se canta.

— Tranquilo. Te lo voy a poner más fácil: si alguien canta tú sólo mueves los labios. ¿Está claro, clarísimo?

— Clarísimamente claro.

— Ahora, en la ceremonia de revelación, que es la segunda le das el libro rojo a tu sacerdote, ¿que se llama?

— ¡Yilel!

— Muy bien, chiquitín. Le das el libro rojo a Yilel, el rojo, no te olvides, pero sin levantarte. Si quieres te arrodillas, pero no te levantas. ¿Alguna duda?

— ¿Dónde cojo el libro?

— Lo tendrás delante tuya en una banqueta sobre el suelo. Pero no te levantes. ¿Bien?

— Sí.

— Ahora lo más importante. Ceremonia de sacrificio, la tercera. Bien, coges una bolsa que te voy a dar ahora, la abres y te esperas a estar justo al Santo Fuego. Entonces, cuando el sacerdote te indique se la ofreces para que él coja las ofrendas de su interior y las eche al fuego. ¿Entendido? ¿Te acordarás de todo? ¿Bien?

— ¿Cómo sé cuando empieza una ceremonia?

— Fácil, cuando el sacerdote se levanta. Una cosa más, las manos siempre juntas.

— ¿Para rezar?

— Sí; también es para que no te metas los dedos en ningún sitio. Si no antes de que te des cuentas tienes los dedos en las narices... o algo peor. Vamos, corre, que se hace la hora.

Ya revestido o, mejor dicho, vestido porque debajo sólo llevaba los calzones, me encontré con los otros celebrantes en el patio de los sacerdotes. Comprendían la comitiva cinco presbíteros de primer rango, diez de segundo y doce de tercero. Además había dos seminaristas y cuatro esperanzas. Reíros si queréis, pero ese era la denominación correcta de los niños del templo. Yezarem me llevó detrás de Don Yilel, para ser su esperanza y me dio la bolsa. Era una bolsa de fieltro rojo con un cordón dorado que debía costar más que mis manos. No tuvimos tiempo para nada más porque, con un rumor de tambores, dio comienzo la ceremonia.

El rumor fue creciendo hasta convertirse en un estruendo tal que parecía que el templo se había convertido en un gigantesco tambor de piedra. Entonces, se abrieron las puertas y nuestra procesión fue entrando ordenadamente. Ante mí aparecía una explanada de sillares, es decir piedras bien labradas en cuyo centro, custodiado por una cúpula de diez arcos sostenida por delgadas columnas de mármol, vivía el Santo Fuego. Al fondo, separado por una balaustrada de madera, esperaba en pie el pueblo. En primera fila los reyes en sus mejores joyas; a su lado la familia real. Detrás el gobierno, los duques y condes y los embajadores de las naciones amigas. Tras éstos algunos comerciantes importantes y artistas de renombre y, más allá, como un inmenso cuerpo, miles de hombres, mujeres y niños. Y yo, tan chiquitín, avanzaba. Todos mirándome a mí, al pequeño que un día antes mendigaba llorando. Y yo, tan chiquitín, avanzaba. Las manos siempre juntas, como me había dicho Yezarem. Tan feliz estaba que me parecía flotar, tantos nervios tenía que me parecía escuchar el latido de mi corazón. Y yo, tan chiquitín, avanzaba. Si alguien me lo hubiera contado... Me parecía ver a toda mi familia mirándome más allá del velo de los muertos y a mi madre llorando de alegría. Y yo, tan chiquitín, avanzaba.

De todo lo que pasó en la ceremonia después de la procesión sólo me acuerdo bien de una cosa. Sería junto al fuego, en el momento santo y sublime del sacrificio. Don Yilel cogió las ofrendas

de mis manos y, sonriendo, las echó al pebetero. Miré al fuego sobre el pebetero sagrado y contemplé la gloria de Dios inundando la cúpula. Allí, más allá de las danzarinas llamas, donde el rojo se hace blanco, donde ya no se ve sino se siente, Dios me miró a mí y yo le miré a El hasta que las palmas de mis pies, descalzas sobre el frío suelo, se estremecieron.

Recuerdo también otra cosa. Terminado ya el servicio, fuimos a la balaustrada de separación y me fijé que todo el público nos miraba como si fuera una persona, un alguien y no un bulto. Y yo, que ya me estaba empezando a ver a mí mismo como un bulto fui feliz.

Por eso, tras la ceremonia, no me fijé en los ojos gruñones de Don Sammai, que era su estado natural. Sólo tuve oídos para Don Yilel que de vuelta en el patio me dijo que lo había hecho muy bien. ¡Un sacerdote de primer rango hablando conmigo! Yo lo abracé como si fuera mi madre, porque no tenía otra cosa que darle.

Me sentí tan feliz que saltaba como un gorrión. Yezarem, me dijo después que tuvo miedo de que saliera volando. Me habían mirado todos como se mira a una persona y no con los ojos que se clavan en un mendigo. Sin apartar la mirada, sin aparentar que yo no estaba en el mundo, sin tratarme como la pieza rota de un juguete, todos me miraron bien. Yo a ellos sin temor.

Además, sobre todo, por encima de todo, me miró Dios a través de las llamas. Pude comprender Su orden, la razón regidora del universo, Su inmensa Majestad. Me había inundado de la dorada Gloria de Dios y me rebosaba. Al salir de allí, no supe lo que pensaban los demás, ni si alguna vez habían visto lo que yo, porque flotaba sobre mis pies.

Volví a la habitación de los recogidos con mi ropa vieja, aunque no me acuerdo ni de cambiarme; ¡ya ves lo feliz que estaba! Yezarem iba a mi lado, contando chistes de sacerdotes, con los que me reía aunque apenas los entendiera. Creo que me hubiera reído con cualquier cosa.

Sin embargo, a punto de entrar en el dormitorio tuve que hacerle una pregunta.

— Padre, ¿Qué le pasó al otro niño?

— No me llames padre, yo sólo soy un seminarista. ¿Qué otro

niño?

— El que tenía que haber ido en vez de yo.

— Se fue.

— ¿A dónde?

— A la calle.

— Ah... ¿por qué?

— No lo sé. Tu también te irás mañana, chiquitín, ¿no?

— A lo mejor.

Volví a la habitación de los recogidos justo a la hora de dormir que era siempre y exactamente a las nueve y media, así que no tuve otra que acostarme. Eso sí, previamente tuvimos que doblar nuestra ropa perfectamente y meterla en los arcones. Es más cada pieza sólo podía doblarse de una determinada manera y en una precisa secuencia. La verdad es que, pensándolo ahora, era trágicamente cómica la prolija manera en cuidábamos de unos trapos sucios que tenían más de roto que de cosido. Por supuesto también había que acostarse siguiendo un ritual bien ordenado. Primero, y por el lado derecho de la cama, los niños, todos a la vez. Luego, y por el lado izquierdo Yezarem. Afortunadamente no teníamos normas para soñar.

Y es que soñé ser un príncipe. . .

Me desperté, según mi costumbre, con los primeros rayos del sol. Poco gané porque tuve que permanecer en la cama hasta que tocaran la campana. Ni antes, ni después, todos teníamos que levantarnos a la vez, y por el lado izquierdo, menos Yezarem que lo haría por el derecho. Ya me he olvidado de por qué extraña razón religiosa hacíamos tantas tonterías.

Después nos llevaron a bañar como todos los segundos días de la demana. En nuestro país el año tiene doce meses de treinta días y cada mes tres demanas de diez días. Además están los Cinco Días de Fuego, que son las mayores fiestas. Cada día de la demana tenía en el templo una función especial. El primero era para la gran fiesta demanal, el segundo limpieza, el tercero estudio, el cuarto trabajo, el quinto descanso, el sexto meditación, el séptimo otra limpieza, el octavo ejercicio, el noveno trabajo manual y el décimo filosofía. Así en el día de la limpieza uno se bañaba y en el de la meditación se guardaba una hora para meditar. ¡No es que te pasaras todo el día meditando!

Después de bañarnos nos dieron un desayuno de té, pan y mantequilla. Fen y yo nos divertimos bromeando como párvulos en cuanto nos salíamos de la taciturna mirada de Don Carolex. Justo después sería cuando nos tendríamos que ir los que nos queríamos marchar – y ya no podríamos entrar hasta la mañana siguiente – o, si lo preferíamos quedarnos teniendo que cumplir todos los trabajos y las normas.

Yo, estuve a punto de irme, pero por lo que había pasado en el templo le pregunté a Yezarem.

— Padre, ¿me puedo quedar hoy?

Y me quedé. Fen se disgustó bastante. Me parece que incluso se convenció de que era un poco cobarde o un poco cortito... o las dos cosas a la vez. Sin embargo, como era un buen amigo, me dijo otra cosa.

— ¿Así qué te vas a quedar?

— Bueno, sí.

— Ya veo.

— Bueno, ¿por qué no te quedas tú también?

— Tú ya sabes que yo me sé defender muy bien solo. Además son muchas normas y rollos raros y todo eso.

— Yo es que me lo pasé bien aquí... en la ceremonia.

— ¡Anda que te vas a meter a Esperanza!

— A lo mejor. No sé. De momento solamente me voy a quedar hoy.

— En fin, cuando te canses de esto, ven a verme.

— Claro.

— Bueno, adiós.

— Ten cuidado ahí fuera.

— Tú ten cuidado ahí adentro, que los que se quedan en el templo se vuelven sacerdotes... y ya hay demasiados Don Carolex en el mundo.

Dicho esto se fue tan felizmente que me dejó la impresión de ser yo un completo idiota. Dicha impresión se me acentuó dolorosamente cuando me mandaron a pasar la mañana fregando escaleras. Esta actividad, que aunque cueste creerlo es poco amada por los niños, se convertía en un agobio incesante cuando tenías a esa estatua de huesos enfadada de Don Carolex pegado a tu trasero con una vara.

La oración que tuvimos luego resultó ser aburrida y humillante. Aburrida porque consistió en repetir ciento once veces la frase: Sagrado Fuego, te alabamos; Santas Llamas, protegidos. La razón de porque fue exactamente ese número debía ser demasiado importante para comunicárnosla porque nunca nos dijeron nada. Yezarem, cuando le pregunté, me dijo que tampoco lo sabía. Humillante, porque a la entrada y a la salida Don Carolex nos echó un discurso. Que éramos pobres, nos dijo, como castigo de Dios y entre más pobre eras, más malo habías sido... tú o tus padres... y eso es lo que os quiero contar, porque en realidad fue mucho peor. Por eso era normal que a esa hora ya sólo quedáramos siete.

Irse al templo o era una solución temporal o porque estabas desesperado. Así lo entendían todos en la calle. A nadie le gustaba pasar hambre o frío o no tener a algún adulto serio al que realmente le importes; pero en el templo te trataban como a un trasto. En verdad que éramos trastos para todo el mundo; eso o agua sucia. Los niños de la calle, aunque sabíamos que estábamos mal, habíamos aprendido a confiar sólo en nosotros mismos. No teníamos otra salida. Queríamos vivir para ser nosotros, queríamos que nos amaran, al menos como nosotros queríamos a un chucho enfermo. El futuro era una desconocida oscuridad y lo que necesitábamos era un presente, ser queridos ya.

Ah, pero mira que me cansé de fregar ese día. Así, al llegar la tarde, mientras me comía mis lentejas ponderaba si quedarme o no. Toda la gloria del templo se había esfumado. Hasta Dios mismo parecía tener cosas más importantes que hacer que ocuparse de mí. Ya sólo veía razones para irme aunque te pareciera mentira. Supongo que lo malo, cuando se hace normal y te acostumbras, parece bueno. En esas estaba aún en el descanso cuando Yezarem se sentó junto a mí.

— ¿Cómo estás, chiquitín?

— Mal —contesté sin pensar lo que decía.

— ¡Vaya!, y ¿por qué?

— Nada, una tontería.

— No puede ser una tontería si te hace sentir mal.

— Es que me siento solo desde que mi familia se fue —así, diciendo algo que era verdad, le engañaba. En realidad, como

ya sabes, estaba triste por otra cosa.

— Claro, es normal.

— No sé, a lo mejor tengo que irme.

— ¿A buscarlos?

— No se puede, están muertos.

— ¿Entonces?

Me quedé callado pensando si debía decir toda la verdad hasta que me di cuenta que si no echaba esas malas ideas inmediatamente me iban a hacer mucho daño más darte. Tenía un poco de miedo de que se riera de mí o que pensara que no tenía remedio. Incluso de que se enfadara pero decidí arriesgarme a confiar en él porque parecía que yo le importaba.

— A lo mejor es que necesito a mi amigo —dije casi comiéndome los labios.

— Él no es tu madre, Nutria.

— Pero es lo que hay.

— Bueno, ¿y yo?

— ¿Tu me quieres? —los niños nunca perdemos el tiempo, ¿verdad?

— Bueno, estoy aquí contigo, chiquitín.

— Bueno, a lo mejor tengo que irme, pero a lo mejor me quedo. Yo, es que... me da pena de Fen.

— Es normal, Nutria. Quieres ayudar a tu amigo. Quizás podemos ayudarle juntos.

— ¿Cómo? Tú no puedes salir de aquí y el no va a volver.

— Normalmente no, pero de vez en cuando voy al mercado... y puede que necesite a alguien para venir conmigo. ¿Interesado, chiquitín?

A ver: elegir entre salir de compras y ayudar a mi amigo o pasarme todo el día fregando en el templo. Parece una elección sencilla, ¿no?

— Bueno, pero te quería pedir una cosa.

— ¿Qué?

— Por favor, no me llames chiquitín.

Pasaron algunos días hasta que Yeza, como llegué a llamarle, me llevara consigo al mercado. Mientras tanto seguía en el templo entre el miedo a haber sido engañado y la esperanza.

Trabajaba, rezaba y ayudaba en las celebraciones. A veces también jugábamos en el patio de los sirvientes. Por las noches, reunidos en torno a la chimenea del dormitorio, escuchábamos las historias de Yeza y comíamos castañas. Sobre todo cuando Don Carolex se ponía enfermo y nos podíamos saltar algunas normas.

## Capítulo 4

### El Mercado

El primer día que iba a ir al mercado Yeza me llevó a parte y me entregó un paquete azul atado con un cordel dorado.

— Es tuyo, ábrelo.

¿Sabes lo que había dentro? Aunque quizás para ti no sea gran cosa, para mí un tesoro. En primer lugar una manta nueva, de esas que dan calor con solo verlas, peludita y gruesa, cosida amorosa y religiosamente por las sacerdotisas.

— Es para el invierno —me dijo Yeza sonriendo.

Luego saqué un pantalón largo y dos camisas de lino blanco. ¡Y además un cinto!

— Ya eres un Esperanza. Te lo has ganado.

¡Más cosas! Zapatos y calcetines y.. ¡un gabán nuevo! Ah y faltaba lo mejor: un portafuegos de hierro, bendecido por el Sumo Sacerdote en persona.

— Siento no haberte podido comprar nada mejor Nutria. El sueldo de seminarista no da para más.

— ¡Gracias!

¿Más? Pensé que estaba un poco loco o que quizás me quisiera un poquito. La verdad es que me se me hacía más probable la locura.

Cuando salí del Templo ese día, por primera vez en tres semanas, con mi gabán, vestido de blanco, con zapatos en los pies y limpio como el agua de la fuente, nací de nuevo. Algo exagerado me podrás decir lo de nacer de nuevo y sin duda lo es pero mira, ¿te has puesto tú un nombre o te lo han dado? Yo era la misma

persona, el mismo niño delgaducho que había entrado en el templo, pero todos me veían distinto. Ahora que era un Esperanza la gente me sonreía, me miraba a la cara y me dejaban que yo les mirase. Es verdad, la gente es tonta, pero cuando somos débiles hasta a los tontos necesitamos.

En el camino nadie me reconoció. ¿Cómo hubieran podido? De antes un enfermo triste me habían cambiado por un gorrión feliz. De estar envuelto en harapos resplandecía en blanco. De tener un estropajo en la cabeza pasaba a estar bien peinado y de caminar con miedo a ir de la mano de alguien que, de verdad, se preocupaba de mí, y yo de él.

Mi pelo, no te lo dije antes por vergüenza, me lo habían rapado el primer día. La culpa la tuvieron unos amiguitos chupasangre que me corrían por la cabeza, ¿sabéis? Entonces no eran cosa de broma porque te podían pegar el tifus y de eso te puedes morir, sobre todo si eres un pequeño mendigo escuálido. Gracias a eso había vuelto a crecer sin dejar rastro de mi vida anterior.

Veréis, eso fue lo que encontramos el primer día. Habíamos ido con toda nuestra ilusión a repartir sonrisas. También compramos pan y embutidos baratos. Como siempre haríamos, Yeza iba disculpándose de no poder dar más. Se le notaba distinto. Yo creo que le daba un poco de miedo tratar así con los niños mendigos en la calle. Claro, en el Templo era para nosotros una autoridad mientras que en la calle un simple niño pijo.

Ese día aprendí que para ganar en valor es necesario sentir miedo.

Después de pasar por el mercado repartiendo toda la comida sin haber encontrado a Fen pedí a Yeza buscar por los alrededores por ver si podíamos encontrarlo. Fuimos dando vueltas hasta que nos topamos con tres pequeños en un rincón. Y no digo pequeños por escribir bonito porque el mayor tendría ocho años, el mediano seis y la pequeña no podía pasar de cinco. Estaban durmiendo, sí, así en pleno día, acurrucados juntos, envueltos en una sábana harapienta.

Yeza se sentó junto a ellos y, con una canción de niños, los despertó.

— Hola, chiquitines —ya ves que Yeza no tenía remedio—.

¿Tenéis hambre?

Esta pregunta a alguno le puede parecer una obviedad más grande que preguntarle a un pez si desea volver al agua. Yo creo que lo hacía por respeto; se echa de comer a las gallinas, pero no a las personas. A las personas se sirve o se come con ellas.

— Sí —respondió la más pequeña frotándose la barriga—. Me duele.

¿Sabías que el verdadero hambre duele? ¡Y mucho!

— Bueno, esperadme un momento y os compararé algo, ¿vale?

— Vale.

— No os mováis, puede que tardemos un poquito.

Fuimos pues a comprar. No ya en el mercado porque se nos hacía tarde sino a uno de los tenderetes. Yeza abrió su bolsa, derramó los pocos ases que le quedaban en su mano y se los dio a la tendera.

— Esto en pan.

— No, no —le corrigió— pide tortas que son más baratas. Como ya te he contado son más duras y saben peor, pero se pueden comer, que era lo que interesaba.

Cuando volvimos los encontramos otra vez durmiendo; seguramente no nos habían creído. Nada que objetar pues hay mucha gente cruel suelta. Comimos con ellos y les invitamos a ir con nosotros al Templo, infructuosamente.

Ya volvíamos a casa cuando, tumbado sobre un carro de recoger la basura, vimos a un niño cubierto de sudor. Uno de los nuestros, por supuesto, aunque de una clase distinta. Éste no era un mendigo, sino un buscador. Esto se conocía por el palo con pincho y el saco vacío que llevaba, por su sucia camisa abierta a la que sólo le quedaba un botón y por su piel curtida y bronceada. Era uno de esos que preferían buscar en la basura lo que comer y vestirse a mendigar. Corriendo entre los desperdicios vencían a las pobres ratas que tenían que huir de ellos si no querían acabar ensartadas y asadas. Sabían como buscar, como construirse refugios, que ropa escoger y que comer o que desechar — aunque esto variaba según el hambre. Se decía de ellos que nacían de la basura como si fueran setas y que nunca salían del basurero. Como has visto, al menos esta segunda parte era mentira.

Yeza se acercó primero y, dando un salto, se encaramó en la plataforma. Yo le seguí detrás pero sin subirme adentro, porque me olía que el niño se estaba muriendo. Yeza, se puso a su lado y me lo confirmó:

— Es tifus.

— Vayámonos, se va a morir.

— Sí, pero me tengo que quedar con él para que se pueda morir bien —lo dijo con ese tono con el que se explica las cosas a los niños chicos.

Me maravillé de que Yeza, que era tan tímido, no tuviera miedo al tifus. Ahora que he aprendido más cosas sé que sí que tenía miedo, pero seguía adelante a pesar de todo. A eso es a lo que llamamos valor.

Yeza, tras mirarme un rato, me tiró su anillo.

— Toma esto y compra con él una manta.

Fui y escogí la manta más barata que encontré pues me figuré que como, total, se iba a morir igual, no merecía la pena andar con lujos. Además, luego habría que quemarla. Así pude volver también con un par de monedas tan grandes que hasta entonces no sabía que existían: dos soberanos de oro. Evidentemente aquel anillo era más que un recuerdo. Entregados dinero y paño Yeza me mandó irme así que desconozco lo que pasó allí; sólo sé que esa noche Yeza se acostó muy triste y no nos contó ningún cuento.

Tuvimos el funeral en una capilla pequeña que había sido el primer templo de la ciudad. Una ceremonia a la que Yeza me hizo invitar a todos los que estaban tirados por la calle. Así, en aquellas venerables ruinas, nos congregamos mil; es decir que no cabíamos. Ofició Don Yilel, lo cual nos maravilló a todos porque normalmente un sacerdote de primer rango no se ocupa de algo tan pequeño como un buscador de la basura. Incluso Don Sammai se enfadó diciendo, con mucha razón, que ni la capilla era digna ni los intervinientes estaban adecuadamente vestidos.

Por eso lo pasé muy mal en la ceremonia; lo último que quería era ofender a Dios, hasta que habló Don Yilel en su bendición final.

— Tenemos que servir a Dios con todo lo que tengamos aunque no tengamos todo lo necesario para servir a Dios.

Pasaron dos días más que me parecieron ordinarios, pero hoy los cuento entre los importantes. A primera vista todo iba normal. Yeza iba sintiéndose más a gusto en la calle y yo en el Templo. Gracias a eso me las ingenié para sacar tiempo para aprender algunas letras. Concretamente Yeza me enseñó las vocales, además de mi nombre. Este nuevo conocimiento, que me distinguía de mis camaradas, me hizo muy feliz, por trivial que pareciera. Significaba que podía aprender, que podía cambiar cosas, aunque fueran muy poquitas. Entonces sólo los niños ricos iban a la escuela. Hasta había quien decía que los pobres eran incapaces de aprender ciencia; que precisamente por ello eran pobres. Por eso aquellas pocas letras de mendigo, enseñadas y aprendidas como un juego, brillaban en mi corazón. Las miraba como un pintor contempla su cuadro, pero siempre en lo escondido, porque a muchas personas les hubiera parecido mal.

El tercer día encontramos a Fen que no quiso volver con nosotros al Templo ni siquiera un rato aunque sí aceptó acompañarnos a comer en la Plaza Roja. El se reía y decía que todo le iba bien, pero yo no le creí, por supuesto. Una hora más tarde se marchó caminando de espaldas, agitándonos la mano, hasta que se perdió entre la gente.

Me gustaría recordar lo que hablamos pero por más que lo intento siempre fracaso. Me imagino que sería del tiempo, de los últimos chistes, juegos y tropelías y cosas así. Seguramente nada de lo que en realidad queríamos decirnos: que seguíamos siendo amigos aunque ya no viviéramos juntos.

Décimo mes, quinto día de la tercera semana. Esa fue la primera frase que escribí: una fecha. Bien es verdad que le faltaba el año, ¿qué quieres? Estaba aprendiendo y tenía todavía muy poca paciencia. De no ser porque Yeza me acompañó todo el tiempo habría abandonado a la mitad. Sin embargo llegué al final, con borrones en la página y manchas de tinta en las manos, pero lo escribí.

¿Sabes lo que tenía de especial esa fecha? Cumplía once años y tuvimos una pequeña fiesta porque era un cumpleaños par. Allí en Mercia se decía que los años impares tenían mala suerte y dado todo lo que me había pasado yo creía que era verdad. Lo bueno es que eso significaba que mis doce tendrían que ser

fantásticos.

La fiesta se celebra normalmente en familia aunque nosotros, claro, la celebramos en el Templo. Primero me secuestraron los duendes. Justo antes de levantarte los dos niños más pequeños de la casa, disfrazados de duendes, te amenazan con una ramita que se supone que es mágica.

— Somos los duendes oscuros y venimos a por ti.

— No.

— Ven con nosotros. Eres nuestro esclavo o con la retorcida rama te embrujamos.

— No quiero. Si no os vais os pegaré —eso es lo que se tiene que contestar, o algo parecido.

— Con este hechizo te embrujamos. Muerto serás si no vienes como esclavo.

En este punto los dos niños hacían girar sus varitas como si de verdad fueran duendes. Lo cual es fácil porque como nadie ha visto nunca a un duende puedes hacer lo que quieras.

— Está bien —dije mientras fingía llorar—. Me rindo y soy vuestro esclavo.

Así, con estas palabras u otras parecidas empezaban los cumpleaños y también el mío aquel día. Luego me ataron las manos con un cordón gordo de lana y me quitaron los zapatos que pusieron en una bolsa. ¡Por eso la noche antes de tu cumpleaños tenías que dormir con los zapatos puestos! Luego me vendaron los ojos y, silbando, me llevaron 'al bosque', que en realidad era el armario de las escobas. Allí me quitaron la venda, abrieron la bolsa y me hicieron poner todas mis cosas dentro — que antes otros habían puesto en un montón. Desde mi lápiz hasta las sábanas y la camisa todo se lo tragó el saco; sólo me dejaron puestos mis pantalones. Después repitieron tres veces la palabra 'cobarde' y se fueron dejándome encerrado y a oscuras. Por supuesto todo se hacía como parte del juego, no por maldad.

Lo que pasaba entonces que los duendes 'olvidaban' su varita mágica en el 'bosque', es decir el armario donde estaba encerrado. Entonces el 'héroe', o sea yo, me desataba y cogía la varita, lo cual era muy fácil porque te ataban muy flojo. Mientras tanto 'los duendes' y el resto de 'las criaturas' que eran los invitados se divertían fuera. Con flautas y tambores bailaban en coro.

Al terminar los duendes volvían para que yo limpiara todo pero lo que 'no sabían' es que yo les esperaba libre y con la rama mágica. En cuanto me veían hacían como si se sorprendieran y se ponían de rodillas prometiendo ser buenos. Entonces yo les perdonaba y volvía al 'pueblo', es decir a donde se celebraba la fiesta y me hacían rey. Me ponían una corona de flores y una túnica especial de cumpleaños. Luego me devolvían mi saco con mis cosas y me daban regalos. Me podía quedar con la mitad y la otra era para repartirlos. Yo me quedé con una mochila, unos lápices, diez naranjas y dos cuadernos.

Hecho esto todos repetían "viva siempre Nutria, (o tu nombre) el valiente" tres veces y comenzaba de verdad el cumpleaños. Durante todo el día tenías que vestir con la túnica y la corona pero podías hacer todo lo que querías. Por la tarde empezaba una fiesta y había comida y dulces, juegos, bailes y música.

Como puedes comprender los cumpleaños eran un gran día. Por supuesto los príncipes, aunque fuera la misma ceremonia tenían una fiesta mucho mejor que la nuestra. Cientos de regalos, comida más refinada, la orquesta real tocaba para ellos y no los dejaban descalzos nunca sino con unos calcetines de color carne. Yo, siendo todo eso mejor, no creo que fueran más felices que yo ese día, porque no se puede.

Por supuesto los que se quedaban en la calle nunca tenían cumpleaños...

Por eso, al acabar ese día tan feliz pedí a Yeza que me enseñara a escribir la fecha para no olvidarme nunca:

Décimo mes, quinto día de la tercera demana.

Me quedó horrible pero a mí me pareció la letra bonita del mundo. ¡Qué feliz es uno cuando no tiene con quién compararse! Estaba Yeza claro, pero Yeza no contaba porque era mayor que yo.

Fen no vino a mi fiesta, se negó a venir y no me dijo por qué. De hecho ya no volvería al templo hasta el segundo día del mes doce.

Esa vez el templo se quedó tan abarrotado esa noche que a mí me mandaron a dormir con los seminaristas lo que ni a ellos ni a mí nos gustó. Los encontraba un poco distantes y engreídos... Vamos a decir la verdad; en realidad lo que me pasaba es que

tenía que dormir en una habitación pequeña con un desconocido seis años mayor. Me imaginé que iba a tener que servir de criado a un adolescente gordo, petimetre y de voz gruesa, que me trataría como a un felpudo. En realidad nada de eso, ni siquiera puedo decir quiénes eran los aspirantes, porque ni los vi. Yo llegaba de noche y, antes de que amaneciera, tenía que salir disparado a ayudar.

Te preguntarás por qué teníamos tantos niños. Pues bien, algo habríamos tenido que ver Yeza y yo trabajando todo el otoño; pero el gran culpable fue el frío. Nevó y tan hermosa fue la nieve para el príncipe que la contemplaba desde su ventana, envuelto en su capa de armiño, que para compensar tuvo que hacerse malvada para los pies descalzos de los niños mendigos. El viento, que hacía ondear gloriosamente la bandera de Mercia convirtió las gargantas de los nuestros en tos. Los abrigos, los hogares, una sopa caliente, el cálido regazo de la madre y la sonrisa de una abuela, si acaso serían pálidos recuerdos para los pequeños cuerpos que temblaban de frío. Por eso tuvimos el templo lleno y yo vengía a correr arriba y abajo, buscando comida, carbón y mantas.

Fabricando un tiempo para rezar me pasé todo el día sin conseguirlo. Apenas me sentaba me llamaban otra vez a hacer cualquier cosa. Ni siquiera me dio tiempo a encender el Fuego Sagrado en mi capilla. Incluso tuve que comer de pie y sin bendecir la sopa. Tanto corrí y tanto tuve que trabajar que ese día comprendí que cuidar de un rebaño de niños se paga con un terremoto de dolores en la cabeza. Si uno no ha roto un jarrón es que otro estaba mirándolo con ojos malévolos. Los que están enfermos se hacen los fuertes y los sanos se enferman buscando mimitos. Si se pelean malo, pero si te sonríen sin mirarte a los ojos, peor, mucho peor. Yo, gracias a las Santas Llamas, no tenía responsabilidades así que si la cosa se descontrolaba llamaba a Yeza y el pobrecito se tenía que ocupar del desastre. ¡Y qué desastre! Casi comprendí por qué a Don Carolex se le habría agriado el carácter.

Sí que tuve un rato para hablar con Fen, mientras fregábamos tres mil platos. Me contó sus aventuras, un poco adornadas, para hacerlas más interesantes, que mi amigo no es un mentiroso.

Fue, según me dijo, a buscar un lugar para dormir cuando se encontró un tejón que llevaba un mensaje atado al cuello. El animalito salió corriendo a una esquina oscura, enseñando los dientes, bien dispuesto a defender su vida. Fen entonces se sentó en el suelo hasta que el tejón caminó hacia él dos pasos como si fuera un cachorro. Mi amigo sonrió y movió los dedos de los pies para saludar en el idioma secreto de los tejones. En cuanto lo entendió el animalito se puso muy contento y saltó encima de Fen y, trepando subió hasta su hombro. Según llegó se dieron un beso y se pusieron a jugar hasta que, jugando y jugando, se cayó el mensaje y la criatura salió corriendo. Fen me contó que fue luego a buscar a alguien que se lo quisiera leer porque él no sabía y por eso lo había traído aquí. Porque claro, él – según decía — era muy capaz de defenderse sólo.

Me costó tanto leer las palabras que a punto estuve de pedir ayuda. Apenas estaba aprendiendo, y hasta ahora sólo había leído la hermosa caligrafía de Yeza y no eso que parecía escrito por un mono con tembladera. A pesar de todo me esforcé porque quería demostrar lo que había aprendido. ¿Sabes lo que decía?

Eres mi amigo. . .

Quizás los tejones no sepan escribir y quizás Fen pueda vencer a alguien para que escriba por él; ¿quién sabe?

Cuando llegó la noche me apagué. Tal cual fui a la cama caí dormido, vestido y todo. Ni siquiera tuve fuerzas para soñar y si me levanté al día siguiente fue porque me obligaron con un jarro de agua fría. Lo digo en serio.

Esa mañana mejoró el tiempo con lo que la mitad de los niños se fueron. Fen, desgraciadamente, también. Yo quise buscarle fuera pero Yeza me lo prohibió porque ya teníamos bastante trabajo dentro. Sé que tenía razón, que nuestro deber era ayudar a todos por igual pero me dolió mucho.

Si al menos me hubiera dicho adiós. . .

Aquel día pasó algo terrible en el Templo mientras Yeza y yo trabajábamos. Algo cuyos detalles he escrito según lo que pude averiguar después. Por eso, aún siendo en general verdad, pudieran existir inexactitudes. Lo reconozco francamente: nunca entré en la sala de gobierno del templo y ni siquiera conocí a todos sus miembros. En fin, así creo que ocurrió todo:

Se sentarían los grandes sacerdotes en la larga mesa rectangular litúrgicamente vestidos. Luego algún sacerdote de tercer orden entraría para encender el Sagrado Fuego. Después de rezar, o aparentarlo, el secretario y el presidente pasarían media hora halagándose el uno a otro. Tras tratar otros muchos temas, como si no les importara, empezarían a discutir sobre todos esos niños revoltosos que tan graves problemas causaban. Resultaban caros – aunque dijeran que eso no importaba. Además, los niños suponían un importante esfuerzo por parte de los seminaristas y de algunos sacerdotes con la consiguiente merma en la atención al culto. Eran ruidosos, tan sucios que apestaban y traían toda clase de vicios a ese lugar tan santo. Proferían palabrotas, contaban cuentos soeces y atraían las quejas de los nobles. Para colmo todo esfuerzo resultaba absurdo porque la mayoría enseguida se marchaban.

Lo malo es que todo eso era verdad. Lo terrible es que era sólo veían con un ojo; ese que sólo ve las cosas malas. Así eran incapaces de darse cuenta como nos ayudábamos entre nosotros. El amor, la amistad incluso la alegría en medio de la desesperación y nuestra misericordia se les escapaban. Misericordia, sí, ¿has visto tú a alguien que hambriento se quite el último bocado de la boca para dársela a un cachorro? Yo sí y ellos quizás también aunque seguro que sólo se fijaran en el asco que les dio. Estaba bien y nadie dudaba de comprar el mejor incienso o gastarse media fortuna y trabajar hasta la extenuación para recibir a un visitante ilustre, pero para los niños mendigos lo más menudo era demasiado.

Escribo, te lo habrás imaginado, indignado. Enseguida verás por qué.

Con todas esas razones y algunas más que se inventaron llegaron a la tristemente inevitable decisión. Con mucho dolor y amargura harían lo que tenía que hacerse; es decir acabar con la ayuda a los mendigos, quedarse sólo con los esperanzas y expulsar al culpable de todo.

Afortunadamente el padre de Yeza era muy listo.

## Capítulo 5

# Gloria al Reino de Mercia

El que Yeza se ausentara durante la mañana me resultó una cosa normal; al fin y al cabo ya había ocurrido otros días. Pudiera ser que tuviera un examen, recibir algún visitante o realizar cualquiera otra tarea. Tampoco me alarmé cuando faltó a la hora de comer pero al final la realidad se impuso en forma de dos acontecimientos.

Primero despidieron a todos los niños que no eran esperanzas diciéndoles que había que limpiar. Que afuera nevara de nuevo les importó muy poco; sobre todo porque estaban mintiendo.

Lo segundo, y definitivo, fue cuando me presentaron al nuevo seminarista que se ocuparía de nosotros.

— ¿Y Yezarem? —pregunté.

— Se ha marchado.

El nuevo seminarista, al que no deseé ningún mal, tendría un nombre pero no me fijé en él. Para ser sincero lo ignoré completamente en mis preguntas.

— Yeza, ¿dónde está?

— No sabemos —contestaron mintiendo otra vez.

Ese día, inmediatamente, cogí mis cosas y me marché. Así, por las buenas, sin decir nada y sin saber a dónde. La verdad es que en cuanto puse un pie en la calle fui consciente del peligro en que yo mismo me ponía pero entonces puse el otro pie y seguí adelante. Tenía un punto de orgullo y dos de enfado, eso tengo que reconocerlo. Sin embargo, y por encima de todo tenía que encontrar a Yeza. Al menos, como fuera, durante un rato poder

conversar. Ya había perdido a mi familia, a mis amigos azules y, casi, a Fen, así que antes de perder a Yeza agotaría el último segundo de mi vida.

Sin embargo a veces a Dios le gusta tomarnos el pelo pues nada más dar la vuelta a la esquina lo encontré.

— ¡Hola chiquitín! ¿También tú te fugas hijo mío?

— No me fugo, he venido a buscarte. ¡Eh! ¿Qué haces vestido así?

Verás como iba vestido: tricornio, casaca y pantalones rojos con botones dorados, botas negras de caña alta y un chaleco blanco. Por si fuera poco ceñía al cinto una espada y, sobre el pecho, un corselete de acero.

— Ahora soy sargento de la Guardia de Granaderos.

— ¿Cómo? —dije sorprendido.

— Mi familia se enteró de que me iban a expulsar del sacerdocio y me compraron el cargo.

Esta práctica que pudiera parecerte corrupta era muy normal en aquel entonces. Incluso, si eras verdaderamente rico, podías ser general aunque eso no asegurara que fueras a mandar nada. Pero, ¿y lo que ibas a presumir entre tus amigos ricos?

— ¿Puedo ir contigo?

— No sé Nutria, eres muy pequeño.

— Pero sí tengo ya doce años —dado que había niños de nueve años sirviendo a Su Majestad en el Ejército y la Armada, con eso quería decir que a mí me sobraban tres.

— No me refiero a eso, Nutria. Mira, hay rumores de guerra en las colonias y no me gustaría que te pasara nada.

— No me importa.

— Pero a mí sí, Nutria. ¿No te das cuenta de lo sano y bien que estás ahora?

— Sí, pero quiero estar contigo.

— Y yo también, pero...

— Por favor... sólo me quedas tú y Fen, pero Fen... bueno, ya sabes... eso...

— Sí, ya sé. Bendito mundo en que vivimos.

— Entonces, ¿me puedo ir contigo?

— Es eso o te veo mendigando.

— Gracias, señor —respondí mientras saludaba a estilo militar.

Gracias, mi sargento — me corrigió sonriendo—. Tendrás que aprender a hacerlo bien. Y el también porque nunca vi a un sargento tan cariñoso.

Seguro que te horrorizarás (o no, ¿quién sabe?) ante la perspectiva de ver a un niño entre fusiles pero te repito que era la cosa más normal del mundo. La mayoría eran hijos de soldados, otros los vendían sus padres y algunos, como yo, eran huérfanos. ¿Qué por qué no entré antes? Algunos te dirían que por vagancia. Se imaginan que a la mayoría de los niños les gusta más mendigar aunque tengan que pasar hambre. Otros, que nunca han estado en una guerra, dirán que es por cobardía. Habrá incluso quien piense que el niño es un ser puro que aborrece la guerra. La verdad es mucho más sencilla. Un niño piensa pocas veces en el futuro, te ocupas más de ser feliz hoy, sobre todo si tienes hambre. De haber pasado por un cuartel no dudes que me hubiera metido igual que me metí en el Templo. Por eso doy gracias a Dios que no pasé por una cueva de ladrones o, algo peor...

Ese día nos negamos a vivir de realidad. Liberados de la organización pero limitados a nuestras propias fuerzas ayudamos a todos los niños que vimos, como si nada hubiera pasado. En resumen muchas sonrisas, palabras amables, mucho escuchar y algo que dar de comer.

Al hacerse la noche Yeza me llevó a una posada donde tenían reservada dos habitaciones: una para él y otra para mí.

Espera. No sé si he hablado claro: una habitación para mí solo. Este hecho, en si mismo anodino, gana color al saberse que era mi primera habitación para mí solo. Si descontamos algún puente y una barca abandonada en la orilla de un río antes de llegar al bosque aquella era la primera vez. Con todo encontré cosas buenas y malas en la experiencia.

La posada era un edificio nuevo de estilo sureño, como gusta en los países cálidos. Invitando a la luz lucía muchas ventanas y vidrieras policromas enmarcadas con estatuas de flores. Su gran portón de doble hoja, coronado por un escudo heráldico, permitía perfectamente pasar a los carruajes. Sus paredes esta-

ban sencillamente encaladas como se hace en los países del sol. La cubierta, única concesión al clima de Mercia, era un tejado de dos aguas y no una azotea.

Sucedía, según me contó Yeza, que el dueño pasó su infancia en el extranjero y cuando volvió a nuestro país trató de conservar sus recuerdos. La ocurrencia fue afortunada porque hizo famosa a su posada, La Dama del Mediodía.

Entramos. Dentro del patio principal había cuatro calesas con los caballos desenganchados. Éstos habrían sido conducidos al establo de la posada, en el otro extremo. A nuestra derecha teníamos la recepción y, dentro de ella, nos esperaban el recepcionista y una criada.

El primero era un hombre de bigotes eléctricos, mofletes ahuevados y orejas de ratón. Sus ojos, medio agazapados tras unas gafas menudas, se movían inquietos de izquierda a derecha como si siempre temieran que iba a pasar algo malo.

En cuanto a la chica, tenía mi misma edad y, a juzgar como se miraba los pies todo el rato, diría que pudiera ser una de los nuestros. Criada entonces significaba exactamente eso: que la habían criado los dueños del establecimiento. A cambio tenía que trabajar casi gratis hasta que cumpliera los 21 años. Resultaba, por tanto, un negocio fructífero que se disfrazaba de caridad.

Bien, basta ya de hablar de unas personas que sólo me iban a ver un día. Sólo resta contarte una anécdota. Serían las nueve de la noche que sube la pobrecita criada a mi habitación y me pregunta:

— ¿Desea un baño el señor?

Pues sí. Sí que lo deseaba, una bañera con agua caliente a rebosar y hasta jabón perfumado hace tiempo que ni lo podía soñar. ¿Qué podía haber mejor tras un día tan intenso? Sin embargo, si hubieras visto como vi yo sus ojos cansados no habrías tenido corazón para aceptarlo.

— No, gracias, me bañaré mañana por la mañana.

— Como lo desee, señor, pero lamentablemente sólo tenemos agua fría a esa hora.

— ¡Que bien! No hay nada como un buen baño de agua fría para despertarse.

A la mañana siguiente Yeza y un tembloroso Nutria con la nariz llena de mocos partieron a las cocheras de la diligencia. Yo, que lo más que deseaba en el mundo era una sopita caliente, una cama con cinco mantas y una chimenea, seguí a Yeza por las calles nevadas.

— Nutria —me preguntó— ¿Estás seguro de que quieres ir conmigo?

— Un poco.

— ¿Y Fen?

— Yo, no sé, a mí me gustaría vivir con Fen, pero no como Fen y a Fen le gustaría vivir conmigo, pero no como yo.

— Ya. Pero, mira, no te pondrás a llorarme en medio del viaje diciendo que te quieres ir.

Lo de llorar era una broma porque Yeza sabía que yo no lloraba nunca.

— Yeza, él se va a quedar. Yo no lo voy a convencer y ya está. Para que viniera con nosotros tendría que ser a la fuerza. Yo pienso que no se fía ya de nadie, ni se puede fiar.

— De ti sí.

— Ya, pero yo soy un niño y si él es un niño y yo también pues entonces está bien, pero yo no soy su padre, no mando sobre él. Nadie manda. Nunca irá a un sitio que tenga que obedecer.

— Nutria, todos tenemos que obedecer a veces.

— Sí, pero a él si le mandan piensa que es para hacerle daño y no puede pensar de otra manera. Ya no se puede fiar.

— Nutria, yo sí que me fío de ti.

— Yeza, hablemos de otra cosa, por favor.

Gracias que me hizo caso porque de otro modo a lo mejor me hubiera echado a llorar. ¿Te imaginas que tu mejor amigo es un mendigo y no puedes hacer nada por ayudarlo? Mejor que no te lo imagines.

La diligencia salió a las diez de la mañana sin mucha prisa por la carretera real, un camino muy seguro del que los bandidos habían sido espantados hace muchos años. El viaje fue tan tranquilo que lo único que hicimos fue charlar con nuestros acompañantes hasta que nos aburríamos. Luego, alongado en la ventanilla me puse a contemplar los campos hasta que me dormí. Aún me acuerdo de ese sueño.

Era de noche. Yo estaba de pie sobre un hoyo de presos. Dentro, bajo la reja estaba Fen, callado y con los ojos llenos de lágrimas. Una llave apareció en mi mano y, tirándome al suelo, abrí la verja. Estiré el brazo y le dije que se viniera. El entonces sonrió y agarró mi mano con fuerza, pero me respondió:

— ¡No! ¡Ven tú conmigo!

Entonces se puso a tirar de mí con más y más fuerza. Yo tiré a mi vez. Tratando de incorporarme apenas conseguí ponerme de rodillas. Mis piernas se deslizaban dolorosamente sobre la grava por mucho que intentara clavarlas en el suelo. Seguí luchando hasta que noté que mis rodillas estaban ya sobre el foso. A punto de caerme, decidí soltarme.

Luego me levanté y salí corriendo mientras escuchaba sus lloros a mi espalda hasta que me refugié en el confín del silencio y la noche. Pasó un tiempo y me senté. Tenía tanto miedo, frío y vergüenza que lloré desde lo hondo. Cada pensamiento era un reproche y todo lo que me reprochaba me hacía sentir un peor. Entre peor creía ser más incapaz de hacer nada me sentía. Como me sentía incapaz me crecían los miedos y más cobarde me parecía que era. Entonces me reprochaba lo cobarde que era y por eso me iba hundiendo en un pantano cada vez más profundo. Cuando ya no tenía fuerzas se abrió una luz en lo alto. Arriba, sobre mí, estaba Fen ofreciéndome su mano. Salté a agarrarla para que bajara conmigo pero me tuvo miedo, me soltó y me dejó. Luego vi que se cerraba una reja sobre mí con un ruido espeluznante. En mis manos y pies tenía cadenas y en el cuello una marca a fuego con mi crimen: “mal amigo”.

Cuando me desperté todos los del carruaje me miraban asustados. Yeza me dijo que había tenido una pesadilla y todos se sonrieron. Alguno comentó que no tenía que haber comido tan rápido, que nadie me iba a quitar la comida. Luego continuaron la conversación que yo había interrumpido hablando en sueños.

— Mi muy querida señorita —dijo Yeza con su refinado lenguaje de cura— en el Templo me enseñaron una regla muy sencilla para cuestiones semejantes a la suya. Ante todo pensamiento es menester discernir si viene de Dios o no. Hay ideas que es evidente que la hemos elaborado nosotros pero hay otras que nos sorprenden tanto que parecen extrañas, como le sucede a usted

ahora. ¿No es así?

— Exactamente. Tiene usted razón.

— Pues bien, permítame devolver a usted la carga del discernimiento. Lo haré, eso sí, ofreciéndole una guía. ¿Le lleva esa idea a tener más amor o más odio? ¿Le lleva a tener más fe o a no creer en nada? ¿Le lleva a tener esperanza o a desesperar? Sólo las primeras vienen de lo alto.

Yo, mientras seguían hablando, fui examinando mentalmente si mi sueño respondía alguna de esas preguntas. En cuanto a lo del amor pues no, si acaso me hacía odiarme a mí mismo. En cuanto a lo de fe no lo pude resolver, porque no supe ver la relación. Lo que sí estaba claro es que me llevaba a una tristeza y desesperanza total. Luego, cuando terminaron la conversación, en una parada, le conté mi sueño y mis pensamientos. El me respondió que todo estaba bien.

— Si Dios quisiera que cambiaras de opinión te daría esperanza y no miedo. Regañar a alguien sin darle esperanza de mejora es sólo una tortura.

La verdad es que había veces que a Yeza le daba por ser filósofo. Menos mal que casi siempre hablaba llanamente.

En el esplendor del ocaso llegamos a nuestro destino: los Cuarteles de la Guardia Real. La Guardia Real es la división de élite del ejército de Mercia. Tiene dos brigadas de infantería, una de caballería y una batería de artillería. Cada brigada de infantería tiene dos regimientos y estos cuatro batallones con seiscientos hombres cada uno, más o menos. Además cada brigada tiene un regimiento de infantería ligera: los cazadores de la guardia. Entre todos destacaba el único regimiento de Granaderos de la Guardia, el nuestro, el mejor regimiento del mundo.

Los granaderos ya no lanzábamos granadas salvo muy de cuando en cuando sino que, manteníamos la denominación por respeto a nuestras tradiciones y ¿por qué no decirlo?, porque éramos tan famosos que con nuestro nombre ya teníamos media batalla ganada.

Te describo esto por encima porque, en realidad, no quiero hablar mucho de estas cosas; sólo lo necesario para que comprendas mi historia. Seamos serios. Si hubiera habido guerra y

alguien hubiera decidido que tú fueras mi enemigo tendría que haberte apuntado con mi mosquete... y vamos a dejarlo así.

Mi uniforme, sí, esto sí te lo contaré, era una versión diminuta del de Yeza. En una palabra: carísimo. Si me hubieran vendido como esclavo habría costado más el envoltorio que lo de dentro. Me consuela, sin embargo, el hecho de que una perla no sirve sino de adorno y cuesta más que un saco de pan.

Mi oficio, dentro de la Guardia, era el de músico y de chico—para—todo. Que había que cargar pólvora, ordenar balas, limpiar barracones o dar un recado, pues para eso estaba yo. Comparado con el templo encontré la vida ni buena ni mala. A la disciplina y a los dormitorios ya me había acostumbrado. Aquí, eso sí, gritaban más pero la comida era mucho mejor. Todos días teníamos salchichas, huevos y leche y los primeros días de cada demana carne de verdad, como los nobles. Los cuartos días hígado y los sextos y octavos pollo. No nos pudimos quejar mientras duró la calma del invierno.

Los niños, una vez acabadas nuestras tareas, teníamos todo el espacio que queríamos para gamberrear. Corríamos como salvajes por los campos de ejercicios, asustábamos a los perros y librábamos batallas de bolas de nieve. Gritábamos, chillábamos y, en general, hacíamos lo que nos venía en gana con la aprobación de nuestros superiores que creían que todo aquello nos haría mejores granaderos de la guardia.

Las mañanas las ocupaba aprendiendo a tocar mi pífano. En primer lugar, sin duda, La marcha de la Guardia de Granaderos y Gloria al Reino de Mercia pero también los diversos toques de formación que son éstos: Línea, Cuadro, Columna de Ataque, Despliegue de escaramuceadores y algunos otros, así como las órdenes. Además a marchar en formación, limpiar el equipo, hacer guardia y a otra multitud de tareas insulsas. Milagro fue que me quedara tiempo de aprender a manejar mis armas.

Sí, porque me dieron una carabina y un espadín, versiones en pequeño del mosquete y el sable. Era más que nada porque lo decía el reglamento, porque incluso en batalla, mi tarea era transmitir las órdenes, no disparar. Se suponía que uno no disparaba a un niño – aunque fuera soldado – porque estaba muy mal visto y daba mala suerte. Sería peor que perder la batalla.

Así que, si tenía que usar las armas es que las cosas estaban muy mal.

Así pasamos el invierno hasta que la primavera lo cambió todo.

# Capítulo 6

## Guerra

Cuando llegó la noticia de la insurrección en las colonias la indignación corrió por toda Mercia. Nos resultaba una traición inconcebible que nuestros compatriotas se rebelaran por razones que nos olían a pretextos. Si demandaban libertad de expresión a nosotros nos parecía que ponían la nación en peligro. A la libertad de religión la temíamos como a la peste pues a partir de entonces, pensábamos, cualquiera podía llamar malo a lo bueno y bueno a lo malo. En cuanto al voto nos parecía que era quitarle al Rey lo que legítimamente le había concedido Dios para nuestro bien y el de la nación. Además, en cualquier caso, todas esas libertades las querían sólo para ellos pues lo que buscaban las colonias era la secesión; separarse y dejarnos de lado. Para los del lado oriental del océano esa era la prueba final de la injusticia de su causa y nuestra segura victoria.

Partimos al quinto día de la tercera demana del tercer mes desde los cuarteles hasta el puerto de Bocario, al sur del reino. Nuestra expedición que incluía sólo dos regimientos de la guardia: el segundo y el nuestro, la Guardia de Granaderos se formó con la actitud de quien va a realizar un trabajo enojoso. Al fin y al cabo ellos eran sólo rebeldes y la mayoría de nosotros profesionales; aunque Yeza y yo llevábamos poco tiempo incluso nosotros tendríamos más entrenamiento que la mayoría de los milicianos.

En columna de a cuatro el ejército parecía una cinta que una niña gigante deslizaba gracilmente por el camino. A nuestro paso salían los paisanos a recibirnos, a veces con cerveza y que-

so, otras con flores. Sed valientes, nos decían. Algunos vitoreaban al Rey. Otros ondeaban nuestra bandera roja. Las viejas se ponían a examinarnos con sus ojos de chismosas y ¡ay de ti si habías perdido un botón! Ten por seguro que estarías en su boca los próximos cinco años. Los niños me pedían que tocara algo, a lo que siempre correspondía inmediatamente. Creo que fue allí donde terminé de aprenderme para siempre La Marcha de la Guardia de Granaderos. Aún hoy, cuando estoy muy feliz y relajado, resuena en mi cabeza como si una orquesta celestial la tocara para mí.

Por las noches dormíamos en las casas que muy amablemente nos cedieron los vecinos. Estaban obligados por Ley Real, claro, pero no lo hacían a la fuerza sino por patriotismo. La mayoría dormíamos en establos o graneros pero yo, como 'ayudante' del Sargento Yeza me tocó dormir en los salones. Todos me recibieron con la máxima cortesía y amabilidad dejándome paralizado por lo poco acostumbrado que estaba a los refinamientos. Yeza explicaba que era un chico muy tímido aunque valiente pero en realidad sabía tan bien como yo que lo que me pasaba es que aún me veía como un mendigo. Hubo una chica, la hija de un caballero que... bueno que me gustó mucho.

Paseamos juntos bajo las estrellas, a la luz de la luna. Ella con su traje de princesa y yo con mi uniforme de granaderos parecíamos escapados de un cuento de hadas. Bajo la suave luz de los faroles las primeras flores nos sonreían. Creo que apenas hablamos nada, en parte porque tenía miedo de que me descubriera por mi forma de hablar. Lo que sí pasó fue que nos besamos, como si hubiésemos sido libres. ¡Que locos fuimos pero también que felices!

Dos días más tarde llegamos al puerto de Bocario. Adivinarás y acertarás que llegamos antes que ninguna otra unidad del ejército. No tanto porque camináramos más rápido, que también, sino por nuestra mejor organización y disciplina. Habrás notado que estábamos orgullosos de pertenecer a la Guardia y eso también daba alas a nuestros piernas.

Aunque me dé vergüenza y dolor pronto te contaré algo bochornoso pero importante de Yeza. Por favor, no lo juzgues severamente, nadie está a salvo de meter la pata; los buenos son

los que son capaces de sacarla.

Antes, algo más alegre: nuestra vida en Bocario, jardín de tranquilidad. Parece mentira, mira que nos iban a embarcar a una guerra de la que volveríamos como muy pronto en un año. Algunos moriríamos, otros volveríamos con una sola pierna y algunos nunca veríamos de nuevo la patria. A pesar de ello o quizás precisamente por ello aquellas dos demanas de espera las pasamos como niños al final del verano. Sobre todo aquellos que éramos realmente niños de cuerpo y no sólo de mente.

No me quejo. Eso de levantarme a las nueve para ir a desayunar al comedor de tropa de la Armada Real y dejar que recogieran los marineros me pareció maravillosamente cómodo. Luego seguía mis clases de escritura con Yeza que recuerdo con cariño. Por último, almorzar, pasear por el puerto, bañarme, jugar y por la noche de vuelta a cenar y a dormir.

De mis días en Bocario lamento dos cosas. La primera fue la forma en que los niños mendigos de allí me miraban y huían. Noté que había muy pocos y, extrañado, pregunté por qué. Resultó que, según la Ley Real, todo mendigo niño o adulto podía ser obligado a servir en la Armada Real. Por eso se escapaban en cuanto veían a cualquiera de uniforme. ¿Alguna vez alguien te ha tenido miedo? Es la sensación más horrorosa del mundo; tanto que prefiero temer a que me teman. Cuando temo puedo luchar contra mi temor, es algo que he ido aprendiendo, pero cuando me temen me convierten en un monstruo y me quedo desamparado.

La segunda ocurrió dos noches antes de partir al nuevo mundo. Serían como las dos de la madrugada que Yeza me sacó de la cama a rastras. Me desperté con el trasero en el suelo, la cabeza sobre el filo del colchón y los pies agarrados por sus manos.

Estaba desarreglado pero completamente vestido, incluso con sable y tricornio. Se le habían enrojecido los ojos, tartamudeaba yapestaba a cerveza.

— Vamos... fuera... te—tengo que ha—ablar conti—tigo.

— Déjame vestirme —susurré— y habla más bajo, por favor, o despertarás a todos.

— Vale, venga, da—date prisa.

Me vestí y salimos a la calle. Callado, Yeza caminó lentamente, mirando a todas partes, como asustado. Luego, en la parte más tenebrosa de la ciudad, me gritó:

— ¡Vete!

Inmediatamente salió corriendo hacia el mar aunque no entendía nada. Le seguí todo lo rápido que pude mientras lo tuve a la vista y aún un poco más. Luego me puse a buscarle. Llegue hasta los norais del puerto por si se le había ocurrido alguna locura. ¡No! Tampoco estaba allí. ¿Dónde estaría? Todo mi mundo estaba vuelto del revés; necesitaba a Yeza y no podía hacerme eso.

Con el alma ensangrentada seguí mirando y metiéndome en cada taberna. La angustia me trepaba por las piernas, chupaba mi sangre y me hacía trizas el corazón. ¡No! ¡No me daba la gana! ¡No iba a perder a otro amigo! ¡¿Dónde estaría?! Eso era lo único que me importaba; el porqué me daba igual, lo que hubiera que hacer lo haría. Como fuera, donde fuera, cuando fuera, sólo quería encontrarle.

Al final tropecé con sus huesos en el último lugar donde esperaba verle: un templo. Allí, sentado en las escaleras que llevaban a la entrada principal, con la nave a la espalda, miraba impassible hacia la nada.

— Nutria, déjame tranquilo, tú no lo entiendes.

Ahí dijo la verdad porque yo no tenía ninguna pista de lo que le estaba pasando. Tenía que quedarme, por supuesto, pero si me acercaba a lo mejor se marchaba de nuevo. Por eso me senté tranquilamente, como cuando no quieres asustar a un ratón. El siguió con los ojos abiertos y los dientes apretados de dolor. Luego, tras un golpe de brisa, se sonrió y me llamó.

— Anda, ven aquí, no te quedes ahí como un tonto.

Entonces me senté junto a él y empezamos a hablar como si él fuera el niño y yo el padre. Hablamos primero de lo fría que estaba la noche, de lo hermosas que eran las estrellas y, pronto, de cosas más serias.

— Perdóname —me dijo— no quería hacerte tanto daño.

— No me lo has hecho. Me has puesto un poco nervioso, nada más. Tan poco nervioso como cuando ves un león suelto por la calle pero eso no se lo dije.

— Bueno, perdona por eso también. Es... que sólo pensé en mí mismo.

— Ya. Eh... a mí, lo que me importa es que esté conmigo y que estés bien.

— Gracias. Perdóname por favor. Me siento como un tonto.

— Perdonado. Oye, ¿estás bien?

— No.

— ¿Por qué?

— Tengo frío. Hace frío, ¿verdad?

— Sí, un poco, pero no me había dado cuenta.

— Ni yo tampoco. Supongo que siempre hace frío de noche.

— Sí, A mí me gusta más estar en la cama si hace frío, ¿sabes?... Aunque luego tenga que hacerla.

— Claro.

— Oyes, estás mal por otra cosa más, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Qué te echaran del Templo?

— Sí, y también que echaran a todos.

— A mí no me echaron, yo me vine contigo.

— Es verdad, gracias.

— Tu me ayudaste antes y me sigues ayudando ahora —le respondí sonriendo, feliz de serle útil.

— Ahora no, me he portado como un imbécil, un tonto, un idiota. Deberías buscarte alguien mejor.

— ¿Por lo de las cervezas?

— Sí.

— Yeza, a veces mi padre se ponía borracho de verdad, pero que tú, pero le quiero. Aunque este muerto le quiero.

— Lo siento, no quería recordarte a tu padre de esa manera y lo estoy haciendo, ¿verdad?

— Tu no estás tan borracho, pero...

— ...pero tampoco estoy bien —me interrumpió.

— Yeza, a mí me parece que estás así porque tienes un dolor. Eso decía mi padre, que bebía porque tenía un dolor. Pero no se ponía mejor. Se ponía peor, Yeza.

Es curioso que recordar esas cosas me hacía hablar como un niño pequeño.

— Ya me he dado cuenta.

— Mejor... mi madre sí que sabía como sacar el dolor.

— ¿Cómo?

— Esperaba a que mi padre se pusiera bien, se sentaba con el y le dejaba hablar. Le escuchaba y luego le decía la verdad, toda, la mala y la buena.

— Nutria, ¿tú sabes hacer eso?

— Seguro. No hay nada que me gusté más.

¿Sabes una cosa? Fue exactamente entonces, justo cuando me salían las palabras, que me dí cuenta de eso.

Suspiró y me contó todas sus cosas, sus sueños como sacerdote que ya nunca cumpliría, su deseo de reavivar la Recta Religión, que ya nunca sería posible. Toda su vida se había hecho añicos y ahora se marchaba a la guerra a un lugar que nunca había visto y del que no sabía si regresaría.

— Bueno, cuando se acabó mi familia me puse tan triste que me hubiera dado igual morirme. Pero ahora estoy feliz, estoy bien. Estamos juntos y lo demás ya lo iremos arreglando.

Hubo cosas que no le dije que te puedo decir ahora a ti. En primer lugar que me seguían doliendo mis padres, que cuando estaba triste por nada era porque pensaba en ellos. En segundo lugar que si le volvía a ver así se iba a comer la botella. La tercera sí se la diría más tarde.

La conversación acabó entonces en un silencio. La brisa fue llenando el vacío, y la luna, surgiendo por encima de los tejados, nos fue borrando la oscuridad hasta que nos abrazamos para levantarnos juntos.

En la última mañana volví al mar. Me fui a la playa antes de que naciera el sol. En el precioso momento del alba mis pies besaron el agua. Recé, me despojé del portafuegos y me zambullí en la luz azul. Inmerso en la paz, en un profundo silencio cariñoso, me deslicé entre las aguas mientras un mundo de difuminada maravilla me recibía. Emergí y sonreí al sol que acaba de mostrar su anaranjado rostro sobre el horizonte, pintando en ocre una bandada de perezosas nubes.

Me sumergí de nuevo y me puse a jugar.

Había vuelto a casa.

# **Parte II**

## **La Guerra**

## Capítulo 7

# Sangre en la Colina Azul

La playa esperaba abandonada a las decenas de barcas que lentamente nos transportaban. Tres largas demoras habíamos pasado navegando y una más preparándonos para ese día. Por fin, ante nuestro regimiento se extendía la costa de Nueva Mericia que tanto temíamos y ansiábamos. Yo iba en la proa de nuestro bote, tocando la marcha, mientras a estribor y a babor se desplegaban respectivamente la bandera real y la del coronel. La primera representaba a nuestra nación y traía nueve barras rojas sobre un campo de oro. La segunda era la de la Guardia de Granaderos y consistía en una estrella dorada rodeada por una corona de laurel sobre un campo rojo.

Mientras, los sesenta bajeles y doce fragatas de nuestra flota bombardeaban intensamente el Fuerte Sasniesrá, que protegía la bocana del puerto de Gorburgo, nuestro objetivo.

Tocamos tierra sin oposición. Alguien, algún simpático que siempre hay, tuvo que hacer la broma de que la guerra iba a ser un paseo en barca. A nuestra vista no había ni soldados ni cañones ni estandartes. Sólo un niño, uno mendigo quizás, nos vio y salió corriendo.

Formamos en cuadro abierto por batallones con los músicos en vanguardia y los estandartes en el centro. Junto a nosotros estaban los regimientos quinto, séptimo y decimoquinto de fusileros más el segundo de la Guardia. Delante nuestra, en línea se disponían los regimientos 8º y 9º de cazadores. Detrás un solitario escuadrón de caballería, que escoltaría al Mariscal Koneroi ter-

minaba su desembarco.

No hubo arenga. Tan seguros estábamos de nuestra victoria que cualquier discurso hubiera sonado a insulto. Hoy íbamos a vencer a esos rebeldes escondidos tras las colinas. Así, por las buenas, sin mandar exploradores, iniciamos la marcha. Antes, un retumbar de tambores hizo temblar el corazón del mundo.

— ¡Línea Doble! —nos rugió el sargento mayor.

Casi antes de que tocáramos la orden la fila derecha del cuadro se extendió a nuestra derecha mientras que la izquierda y trasera se posicionaban en segunda fila. Si había algún espía enemigo viéndonos seguro que se estaba muriendo de miedo.

— ¡Adelante, marchen!

En cuanto mi pífano y otros once más transmitieron la orden el ejército avanzó en un orden perfecto. Nuestra primera línea parecía haber sido trazada a escuadra; a derecha o a izquierda ningún hombre estaba adelantado ni atrasado un paso. Las banderas se mantenían tan perfectas que se diría que el viento se había aliado con nosotros. Y así, deseosos de encontrar al enemigo subíamos como tantas veces habíamos practicado.

Cuando el octavo de cazadores coronó la cima de la colina roja acabó con nuestras últimas esperanzas de paz. El ejército rebelde, una ristra de milicianos y bandidos según decían, nos esperaba un tanto desordenado sobre la colina azul. Carecían de toda caballería y artillería y, contaban aparentemente con un número de hombres similar al nuestro. Así las cosas, en campo abierto ya habrían perdido como sin duda había previsto su general al buscar una posición tan ventajosa. Su flanco occidental estaba cubierto por una marisma y el oriental por el mar. Sólo pues cabía atacar de frente, cuesta arriba y en un terreno plagado de matorrales. La victoria o la derrota dependerían de las energías que nos quedaran arriba. Si perdíamos podía ser el fin de todo porque detrás teníamos el mar. Si ganábamos sólo íbamos a tomar una ciudad porque ellos contaban con todo un continente para huir. No, no eran tontos esos rebeldes.

Los cazadores se adelantaron unos ciento cincuenta pasos bajando la colina. Esperaron a que el resto del ejército coronásemos la cima y luego, al unísono, caminamos hasta llegar a la hondonada desde donde partiría nuestro ataque.

¿Te he dicho ya que tenía tendencia a orinarme en la cama? Me parece que no; son de esas cosas que no me gusta contar de mí mismo. Ya en esa edad era raro, pero aún me pasaba. Por eso, al mirar al ejército enemigo no temía a la muerte, ni a perder una pierna o a ser capturado. Tenía un sólo terror: mearme encima. Una tontería comparado con todo lo que te puede pasar en una guerra, es verdad, pero así es la naturaleza de los niños.

Sin embargo todo estuvo tranquilo bajo la bragueta. Estaba tan concentrado en mantener el paso, en tocar bien y en las órdenes del sargento mayor, que no me cabían más emociones en el corazón, ni siquiera el miedo. Poco a poco, sin casi notarlo, me fui transformando en un soldadito de plomo que dejó de pensar en sí mismo y se esforzaba sólo en cumplir las órdenes.

Hubiéramos empezado con una descarga de artillería si los cañones no hubiesen sido demasiado pesados para desembarcarlos en la playa. Por otra parte la bandera rebelde aún ondeaba en el Fuerte Sasniesrá, impidiendo a la flota acercarse al puerto. Así pues una orden atravesó todo el ejército real.

— ¡Calen bayonetas!

Al instante veinte mil brillos perlaron los mosquetes y el espíritu de la guerra tomó posesión de nuestras almas.

— ¡Marchen!

Y marchamos, delante los regimientos de cazadores y detrás el grueso. Caminamos firmemente, sin correr, como si nos gustara poner nuestra vida en manos del enemigo. Hacer otra cosa sería invitar al desorden y eso era lo que más temían nuestros generales. Nadie disparaba aún: sólo los músicos llenábamos el frío silencio. Por eso nos necesitaban, para que nadie desfallciera de miedo. En la colina ya veíamos las banderas azules, groseramente confeccionadas, del enemigo. Sólo viéndolas me sentí muy feliz de estar con el Rey y lástima de los rebeldes.

Sí, ya sé que es un sentimiento extraño en una batalla, pero en aquel momento lo que más sentía era pena. Ni siquiera culpabilidad, no se me pasaba por la cabeza que lo que íbamos a hacer pudiese estar mal. Estábamos con el Rey y eso bastaba a nuestras sencillas mentes.

Entonces nos ordenaron detenernos y formar en columna de ataque, mientras los cazadores seguía subiendo en línea. Ellos

iniciaron el combate cuando a los músicos nos ordenaron ir a retaguardia lo que nos disgustó porque tan locos éramos que queríamos luchar.

Dale las gracias al abuelito Koneroi —me susurró al pasar un soldado.

Sí, así llamaban al viejo mariscal desde que, en otra guerra, se detuvo para socorrer a un joven soldado enemigo herido que murió en sus brazos. Seguro que cosas peores habrá hecho.

Avanzamos de nuevo, seguíamos tocando, pero apenas se distinguían nuestras notas de los tiros. Adelante ya no se veía nada pues, además de las gruesas filas de mis compañeros, una espesa nube de pólvora negra cubría el campo de batalla.

Ya se retiraban los cazadores vencidos cuando les alcanzamos. Entre el humo vislumbré, como fantasmas, a unos soldados cansados, heridos y asustados. Resultaba que los rebeldes, contra los que cargábamos sin remedio, sabían disparar. Ahora me alegraba de estar en la última fila. Los rebeldes gritaban su victoria, llenos de alegría de haber rechazado a nuestra vanguardia. Detrás, según el plan, cubiertos por el humo, fuertes, llegábamos nosotros.

Cuando emergimos del mar de polvo estábamos ya tan cerca que podíamos ver el blanco de sus ojos. Silencio, un asesino silencio de diez segundos que murió destruido por una orden.

— ¡Primera fila, fuego!

Todo el grueso de nuestro ejército disparó a bulto. Decenas de rebeldes cayeron por el suelo, cuando aún estaban felices de su anterior victoria. Luego contestó el enemigo matando a algunos de los nuestros. Yo eso lo supe después porque no vi caer a ninguno ni escuché ningún ay; sólo humo y detonaciones, tambores y flautas. Era como si solo viera lo que me habían enseñado a ver.

El sargento Yezarem se acercó a mí y al resto de los músicos.

— A mi señal, toque de carga.

Toque de carga, Dios, ¡me había olvidado! ¿Cómo era? Ah sí, como el toque de ataque, sólo que más rápido. ¿Cómo me había olvidado? Atento, atento a su mano, ya cae, ya cae...

— Guardia de Granaderos. ¡A la carga!

Surgimos con furia, haciendo retumbar el suelo con nuestras

botas. El enemigo, comprendiendo lo que se le venía encima, se apresuraba nerviosamente. ¿Les daría tiempo? ¡No! ¡Ya estábamos sobre ellos! Un paso más, sólo un paso más.

Bayonetas, sangre, dolor y muerte; no te contaré más que ya es de sobra. Al final nuestros estandartes ondeaban sobre la colina y el ejército rebelde, dividido en tres masas desorganizadas huía colina abajo. Una parte, la más desdichada, entró en la marisma para ser rodeados y cazados como conejos; otra se retiró a la ciudad mientras la tercera huía campo a través. Viéndose bombardeado sin cesar, sin esperanza de recibir ayuda, el Fuerte Saniesrá se rindió. Pronto lo harían también los que habían huido a la ciudad. Aquello era la victoria, estábamos seguros, la guerra sería corta y, con suerte volveríamos a casa antes de un año.

Habíamos vencido. Estaba feliz; sí, no te miento, estaba exultante de alegría, como lo estábamos todos; todo corazón se excita con el triunfo. Nuestros vítores y banderas comandaban el campo, como se decía entonces. Soldados y oficiales nos abrazamos como si fuéramos amigos de toda la vida. El orgullo me hincha el corazón; ¡me creía el más fuerte del mundo! ¡Gloria, gloria a la Guardia de Granaderos! Estuve emborrachado de triunfo hasta que en cierto momento observé algo que me conmovió el alma.

Tendido en el barro, tiñéndolo de rojo, se retorció de dolor un tamborilero de mi misma edad al que nadie hacía caso porque era un enemigo. Me dolió desde las entrañas verle así y en ese instante dejó de ser para mí un enemigo y volvió a ser un niño como yo. Viví entonces un encantamiento, ya no atendía los gritos de júbilo, ni la Gloria al Reino de Mercia, y todos los que se alegraban me parecían extraños, como en otro mundo, toda mi atención estaba en aquel tamborilero. Corrí a él y, como pude – Dios me perdone lo nervioso que estaba – le atendí.

## Capítulo 8

### Viaje Tenebroso

Me he olvidado de los muertos, creo sinceramente que nunca los miré a la cara, pero me acuerdo de los vivos. Ver a la gente sufrir era también la victoria. Hablo de los heridos y de los derrotados y, también, de mí mismo. Es imposible ser feliz cuando alguien sufre salvo que te mientas a ti mismo.

Peor aún es cuando eres responsable de ese dolor. Estaba aliviado, sí, de estar vivo, sano y libre pero oscuro y encogido de ver a tantos otros que no lo estaban. ¿Sabes? Todo rostro que sufre es mi hermano, mi padre, mi madre y mis hijos.

— Tú, el que estás ahí —dijo un sargento— quédate con Zem —así, de esta manera tan informal me incorporaron a la retaguardia que se ocuparía de los prisioneros.

Nuestro retén, el más pequeño, estaba compuesto por el cabo Zem, el soldado Kay, el tambor Mezi y yo. A nuestros pies, sentados, los prisioneros. Primero, Azim un herrero de 18 años, con un puño capaz de partirme en dos, nos miraba con el gesto torcido. A éste lo teníamos atado. No así a los heridos. De ellos cinco, cuyos nombres nunca averigüé, morirían pronto. Luego estaba Pip, el chico rebelde que había encontrado; sí, era tocayo mío y también Don Fennec, un sacerdote. Por último al soldado Denis habíamos dejado sin atar también para que atendiera a los otros.

Cuando los cinco que iban a morir estaban por agonizar Denis se acercó a Don Fennec y se lo susurró al oído. El clérigo trató de incorporarse pero cayó inmediatamente con el rostro comido por la frustración.

— Padre —le dije acudiendo a él— yo he sido un esperanza.

— Esperanza, hoy serás mis pies y mis manos.

Abrió entonces su chaqueta para que pudiera sacar el estuche del carbón bendito. Saqué el cilindro negro y le miré estupefacto porque me atenazaba la responsabilidad de hacer algo tan sagrado.

— ¿Conoces la oración?

— Un poco.

— La conoces —dijo mirándome a los ojos— ve con ellos, que se mueren.

Fui. Me arrodillé junto a los cinco, uno a uno, pinté de negro las santas llamas en sus frentes y oré:

— Cesa el dolor, cesa el miedo, cesa la carne, nace el espíritu, nace el valor, nace la vida. El carbón renace en el fuego, y tú vivirás con Dios. Así lo hemos pedido, así sea, así Dios nos lo conceda.

Sus miradas, que ya eran puro cansancio, dejaban de ver a un niño enemigo y torpe sino a un sacerdote sabio y entrañable que les guiaba hasta que, exhalando, sonreían por última vez.

Tras el deceso de los cinco moribundos partimos a la ciudad. Denis y Kay llevaban la camilla de Don Fennec; Mezi y yo a Pip. Zem cerraba la marcha con Azim. Cansados y silenciosos, con ganas de que acabara el día, avanzamos tan lentamente que se nos hizo de noche. Otros hubieran descansado pero el cabo Zem ordenó continuar pues había heridos que llevar a un médico y, nos creíamos suficientemente cerca de la ciudad como para andar seguros.

Nos equivocamos.

En la oscuridad, Azim, que se había desecho de sus ataduras, tomó por sorpresa al cabo y lo derribó de un golpe, echando a correr montaña abajo. Entonces, aprovechando la ocasión, Denis saltó, dejando caer al desdichado Don Fennec y salió colina arriba.

Apenas corrió cincuenta pasos.

Kay, el soldado, cogió su fusil y apuntó tranquilamente, como si estuviera practicando; disparó y mató.

— ¡Kay, Mezi, conmigo! ¡Nutria, ocúpate del otro! Rugió el cabo.

El otro tenía un nombre, se llamaba Pip, como mi nombre verdadero. Tenía mi misma edad y también era músico. Las únicas diferencias es que yo estaba entre los que habían ganado la batalla y el tenía una herida en el vientre. Éramos iguales salvo que yo estaba tenso y el aterrado. Podríamos haber sido hermanos excepto porque el cerraba los puños de dolor y yo en los míos sostenía un espadín.

— Si me matas, no se lo digas a mi madre.

¿Matar? Ni se me había pasado por la cabeza. Yo sólo era un músico, ¿verdad?, pero no quería exponerme a que me llamaran mentiroso. En vez de eso me acerqué a Don Fenec, que no decía nada. Nada que hacer, la caída lo había rematado.

Resonó un tiro.

— ¡No me mates, por favor! —me gritó el niño aterrado, sin saber lo que pasaba desde su camilla.

— ¡No! —le contesté con más miedo todavía.

— No me mates. No. Por favor. No me mates. No me mates.

Me giré hacia él y me senté junto a su camilla, con la espada en el suelo. ¿Dónde estaba, en qué monstruo me había convertido, a dónde iría? Mientras yo pensaba esto él se hacía las mismas preguntas.

Sonó otro disparo, un grito y Azim murió para completar la pesadilla de los dos niños que todavía éramos. Ambos teníamos miedo: el a morir y yo a matar pero te juro que de los dos el mío era el más horrible.

## Capítulo 9

# La Victoria y Otras Mentiras

Zem, Kay y Mezi volvieron como si hubieran formado parte del ejército derrotado. En silencio, casados, entramos los últimos en Gorburgo. Nos asignaron una casona en extramuros cuyos propietarios, una familia de granjeros, nos recibieron como a los recaudadores de impuestos. Aún peor, echando canda-do, se refugiaron en el ático y no nos dirigieron palabra.

Deberíamos haber llevado a los ojos tristes de Pip al almacén donde tenían los prisioneros, pero me negué y nadie me contradijo. Todos llevábamos tanto cansancio encima y, algunos, tanta culpa que nos habría gustado más dejarle escapar. Lo único que querían todos a esas alturas era habernos quedado en Mercia.

Seamos sinceros: yo no. A mí aún me parecía mejor morir como una persona, con mi uniforme, que ser un mendigo para al final morirme igual. Desde luego todavía quería ser un héroe. En lo que no había pensado era en matar. Comprendía, claro, que en la guerra muere gente pero hasta entonces no entendí que muy bien pudiera ser yo el que acabara matando.

Al final pasamos la noche tranquilos. ¡No, claro que no! Lo que quiero decir es todo fue normal, pero Pip estuvo quejándose toda la noche. La herida había sido limpia, apenas la punta de un ballonetazo, pero aún así podía ser mortal y dolía como comer fuego.

Serían como las cuatro de la madrugada que Pip se despertó por decimocuarta vez. De nuevo los quejidos me obligaban a despertarme. Ahora lo atesoro como un recuerdo hermoso porque la felicidad es amar pero en aquel lugar estaba tan cansado que confundo que viví y que soñé.

El nunca nos pidió ayuda. No sé si por orgullo o por miedo. Me gustaría pensar que por lo primero pero estoy seguro que fue por lo segundo. Reconozco que nos lo habíamos ganado. Un niño herido se merece que lo cuide su madre y no un extraño que puede haber matado a sus amigos. La guerra tiene reglas extrañas, que parecen razonables mientras dura el combate, pero que luego se revelan como locura. Sí, las batallas son como aquel poeta loco que cuando se le acabó el papel se pasó lo que le quedaba de vida borrando lo que había escrito.

Me consolaba la idea de que no había pegado un tiro, pero en lo más profundo, no me satisfacía. Ni a él tampoco. ¿Qué le diría? ¿Que sólo ayudaba a los que le habían disparado? Por eso Pip nunca nos había pedido ayuda. Sólo se quejaba y cuando iba a él me rehuía. ¿Dónde estaría Yeza? ¿Dónde Fen? ¿Dónde mamá? Ellos sabrían que hacer.

Sin embargo, hay cosas, que ni el mismo miedo puede derrotar.

— Venga usted, por favor —me llamó Pip.

Un niño no llama a otro niño, usted, porque entre ellos hay como un aire de familia universal. Por eso, supe que se estaba protegiendo y ocultando. ¿Por qué tenía que enfrentarme a su miedo yo sólo? Yo había aprendido a ayudar a otros a ser valientes, pero aquí yo era el monstruo.

— ¿Qué te pasa; necesitas que te ayude, chiquitín? —contesté como si Yeza me guiara.

— Sí, por favor, si usted pudiera ayudarme.

De nuevo ese usted hiriente.

— Venga, yo te ayudo. —esta vez fue como si Fen hablara por mí.

— Por favor, dígame a mi madre que rece por mí, dígame que estoy aquí.

— Para eso necesito saber dónde está. —esta vez hablé como hubiera hablado mamá, ella era siempre muy práctica.

— En la casa azul de la calle Muro. Pregunte por la Señora Daien.

— ¿Debo ir ahora mismo?

Con esta pregunta gané el premio al idiota del año. A ver, el chico está ahí, sin saber si va a vivir mañana y yo pregunto que cuando le viene bien. Pues ahora, Nutria, mira que eres cortito.

Tras sopesar la situación, preparé un plan, y desperté al cabo.

— Zem, ordéneme ir a entregar un mensaje, por favor.

— ¿Qué... qué mensaje? —me preguntó adormilado.

— Para la madre del chico ese, por favor —rogué como si él supiera de lo que hablaba.

— Tu estás loco, no te dejarán pasar de noche.

— Por eso necesito que me des la orden, por escrito.

— Pues lo siento, yo no sé escribir.

— Ya lo he escrito yo, sólo tienes que poner tu firma.

— ¿Pero a que viene tanta tontería?

Entonces usé mi última reserva, una que sólo usaba cuando estaba verdaderamente necesitado.

— Es que yo no tengo madre. Y a lo peor la madre de él se va a quedar sin hijo, y no me parece bien que se quede sin despedirse.

— Esta bien, vete, pero si te metes en un lío a mí me dejas limpio, ¿estamos?

La verdad es que mi esperanza residía en que en los piquetes que me interceptaran nadie supiera leer muy bien. Aún estaba aprendiendo y, aunque había avanzado bastante en el viaje en barco todavía cometía muchas faltas y borrones. Además de que mi letra seguía siendo fea, pero fea de chillar.

— Pip, ya me voy a ver a tu madre. Deséame suerte.

— Gracias.

¿Sería un gracias a usted o un gracias a ti? No me hago ilusiones, un gracias a usted, por supuesto. Él, que tampoco se las hacía, permaneció muy serio. Supongo que pensó que podía estar burlándome de él; hay gente que lo hubiera hecho.

Caminar de noche por una ciudad derrotada es sumergirse en dos tinieblas. Toda población, incluso de noche, mantiene un hálito de vida. Algunos leen, otros estudian, hay madres que dan a luz y abuelas que se mueren en el consuelo del hogar. Hay

criminales que no pueden dormir y ladrones que se despiertan para robar. Están las tabernas y las panaderías, el médico que corre a salvar a un enfermo y el sacerdote que camina a consolar un luto. No era así en Gorburgo. Antes de la batalla eran libres, henchidos de orgullo y emborrachados de sueño. Después, sus hombres habían huido o estaban muertos o prisioneros y sus casas se alojaban al ejército del rey que tanto odiaban. Era como si toda la ciudad estuviera encerrada en una sola congoja, esperando a que nos fuéramos para llorar libremente. A mí me resultaba incomprensible su actitud; que hubiera un rey me parecía tan natural como que hubiera un sol. Un país era como una familia y había que obedecer al Rey como se obedece a un padre; así todos seríamos más felices, sin tener que pelearnos; más o menos eso era lo que pensaba entonces.

La travesía por la ciudad resultó por lo demás tranquila. Las veces que me pararon todo quedaba resuelto antes de que tuviera que sacar el pase; éste en realidad se convirtió en una mera formalidad. Como me imaginaba la mayoría no sabían leer y los que sí sabían les costaba tanto que se ahorraban el trabajo de mirar.

Encontré la casa después de dar unas cuantas vueltas, cuando empezaba a salir el sol. Gorburgo, aunque pequeña en comparación, era muy diferente de Tres Puertas y todas sus casas me parecía iguales, especialmente por la noche. Toqué a la puerta con vergüenza, como si fuera a confesar que había roto una ventana con una pelota perdida. No me respondieron la primera vez, quizás porque ni me oirían. Toqué más fuerte y esta vez una esclava azul salió a recibirme.

— Chico, lárgate, esta es una casa honrada.

— Por favor, yo...

— ¡Que pequeño eres! Un chico como tú no debería estar haciendo estas cosas. Anda, vete y haz algo que merezca la pena.

— ¿Vive aquí la señora Daien?

— Sí, pero es una señora honrada que no se mete en asuntos torcidos.

— Es sobre su hijo, Pip.

— ¿Dios bendito, ¿cómo está?

— Está herido.

En ese momento se dio la vuelta y salió disparada escaleras arriba como una loca.

— ¡Señora, señora!

Poco después bajó una asustada señora Daien, descalza, despeinada y en camisón.

— ¡Mi Pip! ¿Qué le pasa a mi Pip?

— Está herido, señora —dije cabizbajo.

— ¿Y cómo está?

— No lo sé —respondí conteniendo las ganas de llorar por la culpa que cargaba y del dolor que estaba trayendo.

— ¡¿Está vivo?!

— Sí, y quiere que rece usted.

— Tengo que ir a verle, por favor.

— Venga conmigo, yo la guío —frase que inmediatamente me pesó; de nuevo hablaba con el corazón y no con la cabeza; pero a pesar de lo claro que se hizo a mi pensamiento el riesgo que corría no me eché atrás.

— Espéreme un momento, ahora vuelvo.

Como si se hubiera puesto de acuerdo con su hijo, pasó del tú al usted y así seguiría el resto del día. Un usted que significaba extranjería y no respeto.

Yo, mientras esperaba, quería llorar. Sabes que no hay mayor fantasía en un huérfano, no hay sueño mayor que tener una madre. Ahí estaba la señora Daien, grande en su corazón, incluso en camisón hermosa, con sus ojos verdes y sus temblorosas manos, corriendo por ir a ver a su hijo. Por eso — aunque conseguí contenerme — me nacía llorar, porque me quería cambiar por Pip y que mamá viniese a atender mis heridas y no podía.

Era aún de madrugada cuando partimos de vuelta. Al principio sin mayor problema porque el toque de queda había terminado con la salida del sol hasta que, estando ya cerca de la casa, un viejo sargento de cazadores se extrañó al ver un niño soldado y una dama. Me quedé blanco cuando me preguntó que diantres estaba haciendo. Menos mal que la señora Daien supo salir del apuro.

— Vamos a atender a un herido.

— ¿Es eso cierto, chico?

— Sí.

— Me alegra saber que aún queda gente amante de Su Majestad en esta ciudad —dijo el engañado sargento al dejarnos marchar.

Llegamos a la casa a eso de las siete de la mañana, cuando aún dormían todos. En aquel momento no sabía que cara poner; si prepararme para ver a una madre llorar por su hijo muerto o contemplar como besaría a su niño herido. ¿Conoces esa sensación que te corre por el cuerpo cuando aún no sabes si has hecho algo mal y un tipo enorme y cascarrabias va a comprobarlo? Multiplícalo por mil y sabrás como me sentí cuando la señora Daien penetró la primera al cuarto donde teníamos a Pip.

Se acercó, se sentó junto a él y se puso a llorar. Yo me quedé en el umbral y sólo acerté a balbucear:

— Señora, yo...

Pero entonces escuché otro lloro, más quedo y suave que culminó en una simple palabra:

— Mamá.

— Pip —respondió su madre.

— No llores mamá. Estoy bien. No me duele.

Jamás hubo mentira más hermosa.

Lo que pasó luego, aunque maravilloso, no puedo contarlo. Si lo hiciera destrozaría el amor de ese encuentro. No diré que soy incapaz de expresarlo con palabras pues ni la más humilde piedra puede reducirse a sus seis letras; cuanto menos el amor y sin embargo no se arredran los poetas. Más bien es por respeto a esa sagrada intimidad entre madre e hijo que no hablaré ahora. En vez de eso básteme decir que se cuidaron con el cariño de mil caricias; como el rocío mimaba a la rosa así se mimaron, como el agua y la fuente.

A las ocho del día, ya todos levantados, me ordenó Zem limpiarlo todo, junto con Mezi, mientras Kay y él escoltaban a Pip y a su madre al campamento de prisioneros. Sé que el Mariscal Konerói perdonó a muchos, incluidos todos los menores de 16 años y espero volverlos a ver algún día.

En cuanto retornaron mis compañeros tuvimos que congregarnos en las afueras para el desfile de la victoria. Algunos cuestionan ahora al mariscal llamándole pomposo arrogante y otras cosas por el estilo pensando que hubiera sido mejor perseguir a

los rebeldes que organizar una celebración. Déjame decirte que aquellos que le conocimos sabemos que tiene menos de presumido que la mayoría de sus gandules críticos. Quizás se equivocara, que eso sólo lo sabe Dios, pero no lo hizo ni por vanagloria ni por humillar a nadie. Sencillamente quería acabar con la revuelta. Por eso perdonó a muchos prisioneros y por eso tenía que enseñar su victoria. Si convencía a los indecisos que el ejército del Rey era invencible, pronto volveríamos todos a casa. Para ello tuvo que dejar escapar a unos cuantos soldados mal entrenados; pienso que mereció la pena intentarlo.

Antes del desfile pasamos tres horas acicalando los uniformes, lavándonos y puliendo nuestras armas. La mayoría tuvieron además que afeitarse bigotes y barbas pero a mí la naturaleza todavía me libraba de esas molestias. Lo que demuestra que hay cosas buenas en tener doce años.

¿Adivinas quien encabezaba el desfile militar? Mezi, otros cinco tambores, cinco músicos y yo. Aún recuerdo como se abrieron simbólicamente las puertas de la ciudad para recibirnos mientras las flores caían sobre nuestras cabezas. Tocábamos Gloria a Su Majestad Augusta con la felicidad de creernos lo reyes del mundo. Detrás nuestra, a caballo, el Mariscal, seguido del ejército real. Nos vitorearon, aplaudieron y hasta nos besaron: ¡a mí me dieron seis besos!

¿Increíble, verdad? Muchos de los que nos vitoreaban, sin duda antes animaron a los rebeldes. Y las dos veces sinceramente, así es la vida.

Llegamos a la plaza del ayuntamiento donde Koneiroi proclamó su famoso discurso. Sí ese mismo que pasó a los libros de historia y todos recuerdan. Menos yo... que me quedé mirando a las nubes. Es que me aburría y como las nubes estaban jugando a ser conejitos pues yo no podía dejar de contemplarlas.

Sí, de verdad, lo siento pero fue exactamente eso lo que ocurrió. Me puse a observar como las nubecillas se desgarraban en conejitos y me puse a imaginar cuentos. Lo siento por el Mariscal y todas esas cosas importantes; ya lo sabes, es mi naturaleza.

Lo bueno de soñar despierto es que tienes libertad para elegir un mundo nuevo, no es así cuando te quedas dormido. Recuerdo lo que soñé esa noche, fue una cosa muy simple.

Estábamos en la oscuridad más profunda, como en una cueva dónde apenas se cuela un rayo de sol. El ruido se había hecho silencio, todo estaba en calma. La señora Daien me abrazaba, como se abraza al hijo que no volverás a ver, y yo temblaba en sus brazos como si temiera que algo parecido nunca se haría realidad.

## Interludio: La Guerra

Por si acaso desconozcas como se desarrolló la guerra he decidido contártela en sus líneas generales. Esto convencido de que así entenderás mejor lo que me pasó y las cosas que tuve que hacer sin tener que interrumpir esta historia a cada rato.

Nueva Mercia estaba entonces dividida en quince colonias de las cuales sólo quedaba leal al Rey la ciudad de Laurentia. El resto se habían sublevado porque pensaban que no se les daba el trato que merecían. Todas las antiguas ciudades de Mercia gozaban de un representante en el parlamento pero Nueva Mercia sólo contaba con uno para las quince colonias. Este asunto era visto como una grave injusticia porque las ciudades de Nueva Mercia, sin ser aún tan grandes como las de la madre patria habían crecido en los últimos años hasta ser comparables a éstas. Por su parte el Rey temía ofender a las antiguas ciudades que perderían poder si se incorporaban las nuevas a su mismo nivel. La tensión fue subiendo hasta que un día el parlamento solicitó y el Rey dictó una Ley que significaría la guerra.

El Acta de Establecimiento que prohibió a los extranjeros abrir fábricas, establecimientos mercantiles o comprar tierras en Nueva Mercia, llegó a ser vista como un insulto y una carga insoportable. Por un lado – pensaron – les decía que eran incapaces de gobernarse a sí mismos, por otro dificultaba la inmigración que tanta falta les hacía para equipararse a las ciudades más viejas.

Además habían cundido en Nueva Mercia las nuevas filosofías ilustradas. Poco a poco la lealtad, la religiosidad y la nobleza fueron dejando paso a la libertad, la razón y la igualdad. Desgraciadamente, entendieron tan mal las virtudes nuevas como las

antiguas. Empezaron entonces las protestas de las que en Mercia el Rey ni siquiera se enteraba. Por fin pasó lo inevitable: un soldado borracho mató a unos chicos y así, tras una epidemia de tumultos, nos vimos envueltos en una guerra. Guerra por llamarla de algún modo. Matanza cruel sería un nombre más adecuado. Cuando una nación se enfrenta a otra nación aún te puede parecer normal si te crees esa antigua mentira de las razas. Cuando un pueblo se mata a sí mismo todo se viene abajo y parece que ya no existe ni bien ni mal.

Nuestras quince colonias se reunieron en la ciudad de Felicidad y decidieron no enviar más la parte del Rey de los impuestos y tasas. Declararon que no pagarían hasta ser incluidas en el Parlamento con la misma dignidad que las ciudades antiguas. Sólo Laurentia se mantuvo fiel a la Corona. Las negociaciones no llegaron a ninguna parte pues los emisarios de la madre patria exigieron los impuestos como condición para ponerse a hablar y los colonos se negaron a pagar. Así se pusieron las cosas hasta que en previsión de una revuelta armada contra Su Majestad se formó un ejército expedicionario. Éste ejército se dividió en dos cuerpos: el primero, al mando del Mariscal Remeloi desembarcaría en Laurentia donde sus fuerzas se unirían a las de la colonia; el segundo, el nuestro atacó – como ya sabes – Gorburgo bajo el mando de Koneroi. Nuestro mariscal, el comandante en jefe, tenía un plan muy simple. Tras reunirse con Remeloi atacaría Felicidad. Tomando esta ciudad podía partir a los rebeldes por la mitad y así darle un rápido final a la guerra. Por parte de las colonias el General Lafetoi, se apresuraba a formar un ejército capaz de tendernos una trampa en las orillas de un hermoso río azul.

## Capítulo 10

### Algo por lo que pedir perdón

Dos días después del desfile marchábamos a Grozavesti, el pequeño pueblo donde nos encontraríamos con el Mariscal Remeloi. Yo iba muy confiado, casi creyéndome que la guerra estaba ya hecha. Además tenía a mi derecha a mis amigos: Yeza y Mezi. Cuando pasaba cerca un oficial, claro, teníamos que actuar como si fuéramos extraños, pero en cuanto se iba volvíamos a ser tres compadres. Nosotros, Mezi y yo, nos habíamos prometido hacerle caso a Yeza en todo para ponerle las cosas más fáciles. Con él nos sentíamos seguros, queridos y por tanto felices pues sólo se puede ser feliz si hay alguien que verdaderamente te quiere. Yeza, justo es decirlo, era un sargento más bien suave, aunque tenía que mostrarse más duro que en el templo. Pasa así con la mayoría de las personas. Diferente es para una persona ser amada esposa o señora jueza lo mismo que es diferente correr en la montaña que en el desierto. Así, aunque sea la misma persona tiene que comportarse de manera distinta. Te recuerdo esto, querido lector, por si luego vieras algo que te sorprenda en Yeza. Te ruego que lo entiendas como yo mismo hice, porque hizo las cosas tan bien como pudo y no como hubiese querido.

Salimos de Gorburgo en columna de marcha, protegidos por los cazadores. Ante nosotros se abrieron campos inmensos de maíz y praderas de hierbas silvestres. Sólo de cuando en cuando se veía alguna granja aislada en medio del paisaje infini-

to. Al principio nos quedábamos boquiabiertos de que alguien pudiera vivir tan apartado y de que pudiera haber tanta tierra desaprovechada. Vivir sin vecinos era para nosotros inconcebible pero más aún que la tierra estuviera tan barata que incluso nosotros, pobres soldados, pudiéramos soñar con reunir el dinero para comprar una granja. Desgraciadamente esto es todo lo que te puedo decir de la colonia de Gorburgo porque la gente se metía en sus casas en cuanto nos veían. Si alguno, despistado o demasiado lejos de casa, se topaba con nosotros pretendía que éramos invisibles.

Ahora, porque te tengo que decir toda la verdad voy a contarte algo que me avergonzó hacer. También estuvo Mezi. No sé como pudimos hacer algo tan cruel, sobre todo nosotros. Bueno, miento, sí que lo sé, lo que pasa es que me es duro reconocer que tengo sombras en mi alma. Mezi llegó a ser tambor en la Guardia por una ruta parecida a la mía. Se murieron sus padres y pasó a trabajar por las calles haciendo recados por un par de monedas hasta que un día escuchó a un funcionario del reclutamiento. Mezi era un niño sencillo: en cuanto escuchó la palabra comida se fue al ejército como un corderito. Fue al empezar la tarde del segundo día de marcha, poco después de comer cuando sucedió lo que todavía no me puedo explicar.

Mezi y yo nos habíamos adelantado mientras Yeza se quedaba hablando con un oficial al final de la columna. Entonces empezamos a escuchar unas risas de las que nos contagiamos sin saber de que. Pronto lo descubriríamos. Antes nos llegaron frases como si parecerá tonto, orejas de elefante, trompa de mosquito y mirad el general Lafetoi ha venido a vernos. Cuando lo tuvimos delante nos burlamos le gritamos de todo, de ello mi memoria sólo quiere recordar "quítate de ahí, medio bobo" y seguimos. Era un niño en andrajos, descalzo. Sentado en el medio del camino, cubierto de polvo, trataba de decirnos algo. Nos miró a los ojos mientras nosotros nos reíamos de él esquivando su mirada. Era un niño como nosotros, pero pasamos de largo. Pronto, según se nos fue acabando la mala risa, nos sentíamos cada vez más traidores. Aquel chico era de los nuestros: un mendigo, un niño y una persona pero lo habíamos dejado tirado. Peor; nos habíamos burlado de él. Cuando ya no supí-

mos donde esconder la cara uno del otro nos miramos, nos dimos la vuelta y corrimos para verle y decirle algo. No sabíamos qué, sólo pedirle perdón o darle lo que quisiera. Entonces, corriendo todavía, vimos a Yeza con el chico en brazos. Nos paramos; hubiéramos querido escondernos, pero ya nos habían visto.

— Mezi y Nutria, vengan acá —nos llamó Yeza.

En ese momento sentimos como si tuviéramos una piedra en la garganta. La cara se nos enrojeció de vergüenza. Los labios nos temblaron, as puntas de los pies se nos juntaban solas y nada queríamos salvo desaparecer, pero obedecimos.

— Les presento a Retil, me harán el favor de llevarle al carro de las provisiones y atenderle ahí. —En realidad fue Yeza quien le llevó y nos dejó dentro con el. Luego, aparte, me dijo en voz baja. — Nutria, se han estado riendo de el, pero confío en ti para que le cuides bien. Ahora voy a hablar con el capitán a ver si podemos reclutarlo. Quédate con el y dale todo lo que necesite, ¿vale?

Pocas cosas hay peores que te digan que confían en ti cuando guardas un secreto sucio. Por eso le respondí muy lentamente con algo que no entendió: — No confíes en mí.

— Señor Nutria —dijo a voz en grito— déjese de estupideces. Sé muy bien que sus habilidades son más que adecuadas para esta tarea. Señor Mezi, le hago personalmente responsable de que Nutria cumpla las órdenes. ¡Adiós!

Pues bien, nos quedamos con el pobre Retil empezando por la disculpa de rigor.

— Perdona por lo de antes. No lo decíamos en serio, es que... —El pobre Mezi se quedó callado a la mitad. — ...se pusieron todos a reír y nosotros también —continué— no lo hicimos a posta ni nada de eso. Perdónanos, por favor. —¿Nos creía? ¿Pensaba que lo decía por el sargento?

— Tengo hambre. —Evidentemente el tenía otras cosas en que pensar. A lo mejor teníamos que haberle preguntado primero que quería y dejar los discursos para mejor ocasión.

— Claro, toma, tenemos pan fresco y queso —respondió Mezi. — Y al mediodía, judías.

— Queso, ¿tenéis queso?

Retil y Mezi resultaron ser almas gemelas. Si todavía le qued-

aba un largo trecho para ser gordos era por falta de medios, porque ganas tenían todas las que hacían falta. ¿Has visto a alguien resucitar ante tus ojos? Yo tampoco, pero ver a Retil devorando nuestras raciones fue lo más parecido. De golpe se transformó del niño retrasado que parecía ser a una máquina de contar chistes. Hay gente que nace para ser feliz, se están siempre riendo, pase lo que pase. Exagero, como ha visto, en realidad necesitaba unos buenos pedazos de queso. Hubiéramos querido darle más pero el conductor del carro, que parecía un bisonte barbudo, nos echó una mirada que valía por mil puños. Quiso echarnos pero él era un simple cabo y nosotros teníamos órdenes de un sargento y tuvo que fastidiarse. Así que nos pasamos la tarde tumbados sobre un quintal de mantas, entre fardos y cajas, mirando al cielo mientras caía la tarde. ¿Bucólico, verdad? Si hubiera sido cierto, tal vez. En realidad sólo estuvimos así diez minutos. La mayor parte del tiempo la pasamos partiéndonos con sus chistes, que para nosotros eran todos nuevos.

Retil era de las colonias o, como decían ellos, un continental. Por supuesto evitamos preguntarle que hacía en el camino, porque suponíamos que su historia se parecería a la nuestra. Imagínate nuestra sorpresa cuando nos preguntó:

— *¿Cando tenés pensado volver a casa?*

— Cuando termine la guerra —respondimos sin entender lo que quería decir.

— Ah, yo me vuelvo ya, creo que he terminado mi viaje de Agua.

— ¿Tu qué! —preguntó Mezi asombrado.

— Ah, es que soy yo un eke, bueno, medio eke.

— Perdona, ¿y eso qué es? —le pregunté.

— Eso es, que es eke.

— Se está riendo de nosotros, Nutria.

— No. Soy yo eke, de verdad, es que tenía que contaros la broma del eke, es qué. Normalmente sus chistes eran mejores que ese.

— Y entonces ¿tú eres un eke?

— Sí, ya os lo he dicho —respondió un poco aburrido de nosotros.

— ¿Y que es eke? Digo, ¿qué significa eke?

— Los eke son los que vivían aquí antes de que vinieran los colonos. Ahora quedamos muy pocos aquí, pero en los lagos somos muchos.

— Vaya, por eso tienes los ojos de color violeta.

— Claro, como todos los ekes, hasta los medio ekes los tienen.

— ¿Y qué es eso del viaje del Agua? —preguntó Mezi.

— Cuando cumples doce años, si eres eke, tienes que hacer un viaje lejos de casa y no puedes volver hasta que el Agua te lo diga.

— ¿El agua?

— Ah. ¿Ni eso sabés? Vosotros decís que Dios es el Fuego y nosotros que es el Agua. Vaya... ¡Lo contenta que se va a quedar mamá cuando vea qué amigos he hecho! Oye, ¿y vosotros por qué estáis aquí?

— Para comer, claro —contestó muy sinceramente Mezi.

— ¿Y no comías en casa?

— Yo no tengo casa, ¿estás tonto? —le respondió Mezi casi llorando.

— Perdónalo —tercié yo mientras Mezi se quedaba cabizbajo—. Es que es huérfano.

— ¿Y eso qué es?

Resultó que los ekes no tienen huérfanos porque todos los niños se consideran de todos. Si alguien tenía un problema todos los ekes le ayudaban; nos aseguró Retil. A mí, la verdad, me pareció demasiado bonito para ser cierto. Cuando llegó la noche me reencontré con Yeza para decirle la verdad. Lo que habíamos hecho antes me dolía tanto que tenía que dejar salir la culpa para que no me envenenara. A la mañana siguiente entramos ya en las tierras de Laurentia. Fue como volver al hogar porque nos abrían de nuevo las puertas y nos saludaban con alegría. Para entonces ya todos habían dejado de meterse con Retil así que caminábamos todos juntos con los demás cuando decidió irse.

— Nutria, Mezi, voy me.

— ¿Ya?

— Sí, voy me por las montañas del norte.

— ¿Por qué? Seguro que se tardará más por allí.

— Lo sé ya. Por ahí antes fui yo.

— ¿Por qué?

- Lo díjome el Agua.
- ¿Y ahora te dice que vuelvas?
- Ya lo díjome ayer.
- Entonces, ¿te vas?
- Sí, pero si *querés, podés*, venir conmigo.
- No, no podemos —contesté.
- Nos colgarían —añadió Mezi.
- ¿Os colgarían?
- Sí, por los pies y porque somos niños. A los adultos los cuelgan por el cuello —explicó Mezi agarrándose el cuello con las manos, sacando la lengua y haciéndose el muerto.
- Somos soldados, y de la Guardia —dije yo como si eso lo explicara todo.
- Y de la Guardia de Granaderos —añadió Mezi.
- Bueno pues me gusta más ser un eke, creo. Bueno, adiós —y dicho esto se marchó a las montañas, dejándonos con la boca abierta y muchas cosas que explicar a Yeza.

# Capítulo 11

## Grozavesti

—¡Aquí comienza la victoria, aquí comienza la victoria! —repetía sin cesar el alcalde de Grozavesti.

Habíamos llegado al punto de reunión antes que la columna del Mariscal Remeloi, por supuesto. Sin embargo no fue un tiempo alegre. Preocupaba a nuestro comandante Koneroi que el enemigo nos cogiese justamente entonces y atacase a nuestro ejército cuando aún estábamos divididos. Si eso ocurría no habría más remedio que retirarse y sabe Dios cuánto más duraría la guerra o incluso si la ganaríamos. Por eso cuando Koneroi se encontró con el alcalde le ordenó con exquisita cortesía y sólida firmeza que dejara de hacer el pato. En vez de preparar una fiesta el ejército se dispuso en orden de batalla.

Luego esperamos. Mezi, los portaestandartes, otros cuatro músicos, Yeza y yo formamos quince pasos delante de nuestro regimiento. Así, todos de pie, en silencio, fuimos viendo como pasaban las horas y se resquebrajaban nuestros nervios. Creo que fue a primera hora de la tarde cuando empezamos a escuchar unos murmullos a nuestra espalda. Entonces, sonriendo, como si estuviera de paseo por el campo, apareció el general Koneroi montado a caballo, se acercó al trote a nuestro grupo y, señalándome con el dedo, me llamó.

— Chico, venga aquí, me va a hacer un gran favor que a usted no le va a costar nada y al ejército le supondrá un gran servicio.

— Sí, su excelencia.

— Toque algo.

— ¿Qué debo tocar, su excelencia?

— Sorpréndame.

— Sí, su excelencia.

Empecé entonces a tocar, sólo, rompiendo el silencio oscuro de todo el ejército. En seguida el general Koneroi, haciendo una señal, ordenó al resto de mi grupo unirse a mi música. Así fue como la primera división del Ejército Real, encabezado por la Guardia de Granaderos, se mantuvo firmes al toque de *“No me gustan las gachas, prefiero el ron”*. Media hora más tarde se divisaron las banderas de Remeloi haciendo que todos gritásemos hurras hasta quedarnos sin voz. Ahora formábamos un sólo ejército y nos sentíamos invencibles. Tan seguros estábamos ya de la victoria definitiva que si hubieran venido los rebeldes a rendirse en ese momento nos hubiera parecido la cosa más normal del mundo. Rápido cambian las emociones de los hombres.

# Capítulo 12

## Río Azul

Pensé en contarte toda la batalla tal y como pienso que ocurrió y estoy convencido de que hubiera sido una magnífica historia. Sin embargo, deseo compartir contigo sólo lo que verdaderamente viví. Dejaré pues la narración de la batalla para los historiadores y a ti te regalaré lo que vieron mis ojos.

Una vez desplegados los ejércitos se vio enseguida que los rebeldes habían hecho una apuesta arriesgada. De nuevo usaban el terreno para protegerse pero esta vez su misma ventaja, si la batalla les venía mal, podía convertirse en una trampa. En el centro, los arrabales de la ciudad de Felicitas habían sido fortificados con dos reductos en los extremos y una línea de trincheras. Al norte y al sur de esta posición se extendían las líneas rebeldes detrás de un terreno embarrado y pantanoso sobre el que apenas crecía algún matorral disperso. Era pues el campo de tiro perfecto porque nos retrasaría y nos dificultaría mantener la coherencia de nuestra formación. Además si acaso conseguíamos llegar lo haríamos con muy poco impulso. Aunque tenía un inconveniente muy grave: detrás tenían el poderoso Río Azul cuyos escuálidos cinco puentes de troncos dejarían escapar a muy pocos si llegaran a perder.

El plan de Koneroi fue muy simple y como el de su oponente arriesgado: presionó por toda la línea enemiga buscando no el combate cuerpo a cuerpo sino tiroteos a larga distancia. Pronto el combate se estancó en una lucha indecisa pues entre lo mucho que se tardaba en recargar y la imprecisión de los mosquetes las

bajas se igualaban en ambos bandos en todas partes salvo donde atacó la guardia. Allí un regimiento de milicianos tembló al ver lo que se le venía encima. Tembló, pero mantuvo la calma y disparó hasta que nuestro coronel decidió retirarse ordenadamente.

Minutos más tarde un mensajero de Konerói le reiteró la orden de marchar contra el enemigo. El abuelito esa vez no se apiadó de nosotros, pero tampoco nos abandonaría. Cuando atacamos por segunda vez tuve miedo de morir. Quiero decir que pensaba que allí se me acabaría la vida pero eso tenía sus cosas buenas y malas. Malas porque nunca se sabe que hay más allá de la puerta oscura de la muerte. Buenas porque creía que me esperaba toda mi familia. Malas porque ya no vería a Yeza ni a Mezi. Buenas porque me libraría en adelante de limpiar mi uniforme. Malas porque se me acaban, incumplidos, mis sueños. Buenas porque también terminaban mis pesadillas.

Fue así, contemplando burlonamente las muchas ventajas e inconvenientes de estar muerto que se me formó una sonrisa en la boca. Mezi, mirándome, se sonrió y redobló el tambor con más fuerza. Yeza, que iba a mi izquierda, también se contagió. Si los rebeldes nos vieron seguro que pensaron que estábamos todos locos. En realidad teníamos derecho a llorar. Sobre el campo, entre nosotros y el regimiento enemigo, yacían muchos granaderos. Algunos heridos, otros muriéndose y unos pocos muertos, todos eran nuestros compañeros. Hubiera sido natural que llorásemos pero en vez de eso reíamos y yo el primero. ¿Por qué? Pues porque teníamos que volver a atacar y ser valientes.

Íbamos en columna, avanzando por el barro. Delante nuestra los milicianos; tras ellos el gran Río Azul. Si huían no tendrían dónde escapar, atrapados entre nosotros y la gran corriente. El barro, sólo el barro y la desesperación les daban ventaja. Lo que en campo abierto se hacía en cinco minutos en el barro se tardaba quince. Dispuestos en línea nos disparaban a placer mientras avanzábamos sin abrir fuego. Oí algo que se caía a mi derecha.

— ¡Mezi! — Nutria, ¡siga adelante! ¡Ya! —rugió Yeza.

Mezi se había caído y yo no sabía lo que le pasaba. Me temía ya que se hubiera muerto pero seguí adelante. Había que hacerlo. ¡Tenía que hacerlo! No sólo eran órdenes. Si me paraba ten-

drían más tiempo para matarnos. El deber, me empujaba, el deber de vencer, la obligación de mantener el honor del regimiento y la necesidad de vivir. Cada retraso era un disparo más, por eso dejé a Mezi tendido bocabajo, sobre el barro, mientras tocaba la marcha de granaderos. Fuego, más disparos, alguien grita de dolor. Seguimos avanzando. No veo nada, sólo hay humo, sólo escucho disparos. Seguimos, seguimos. *Vamos* —pienso— *tenemos que seguir*. Se escucha otro grito, alguien piensa que es la orden de retirada. Quiero seguir, pero me siento solo. Miro atrás. Todos han echado a correr. ¡No veo a Yeza! ¿Dónde está? No, no, ¡no!, que no me traicione. Corro, doy la vuelta y corro yo también como los demás. ¿Qué está pasando? ¿Por qué huía, sí, huía avergonzado, el mejor regimiento del mundo? ¿Dónde estaba Yeza? Si tenía que huir ¿por qué no se había quedado a buscarme? ¿Se había olvidado de que le necesitaba? Corría aún cuando vi a Mezi tumbado en el suelo. Salté encima de él y seguí corriendo unos metros hasta que me caí de bruces. Me levanté, me paré y miré adelante y atrás. La Guardia de Granaderos, lo que quedaba de ella, estaba parada trescientos pasos a mi espalda. Delante mía, a unos pocos pasos, Mezi y más allá, andando en una informe columna, los milicianos. Fui entonces a por Mezi. ¡Estaba vivo! ¡Sólo tenía una herida en la pierna!

— Nutria, has venido por mí —lo cual me alivió mucho porque podría haberme preguntado por qué le había abandonado antes.

— ¿Puedes levantarte?

— Sí, pero me duele un poco —aunque como un valiente me dijo eso, sus ojos me revelaron que se estaba rompiendo de dolor. Lo intentamos, pero no pudimos. Hubiéramos hecho más intentos si no hubiese sido porque los milicianos estaban tan cerca que todo esfuerzo era ya inútil. Era imposible escapar cojeando.

— Nutria, ¿te vas?

— No, Mezi.

— ¿Vamos a morir?

— A lo mejor.

— Entonces toca Nutria, me gustaría morir con música —Mezi era un gracioso sin remedio.

Por supuesto en una ocasión así, sólo podía tocar la marcha de la guardia de granaderos. ¡Desde luego que no me iba a morir

con “*No me gustan las gachas, prefiero el ron*”! ¡Todo menos eso! Toqué de pie y Mezi me acompañó al tambor sentado, con una sonrisa tonta, mitad de miedo y mitad para decirme que todo iba a salir bien. ¡Imagínate! ¡Lo que le debía doler y aún así se atrevía a tocar con una mano! Desconozco que pensarían los milicianos aunque sospecho que nos estarían reservando una habitación en el hospital de locos y dementes; sólo sé que uno de ellos disparó. Disparó y, al hacerlo, retrasó a toda su fila con lo que la descuida línea de los rebeldes acabó por perder todo orden.

— Mezi, ¿estás bien?

— No, tengo un tiro en la pierna, idiota.

— ¡Aparte de eso!

Me clavó su dedo en el ombligo— Tengo un amigo ‘epiléptico’ —lo que quería decir nervioso, en nuestro lenguaje de niños mendigos.

— Y yo otro que se va a merendar un tambor en salsa de ortigas. Lo que en nuestro lenguaje de niños mendigos significaba que efectivamente iba a enrollar un montón de ortigas en un tambor y se lo iba a hacer tragar si seguía con esas bromas. Entonces nos hartamos de reír de puro nervios.

Los milicianos, metidos ya en el barro, mal entrenados, parecían un coro de borrachos. Habrían tenido que detenerse y recomponer sus filas, pero siguieron avanzando ansiosos de victoria.

— Chico, me vas a hacer otro favor. Me volví. Era el Mariscal Konerói acompañado por quince dragones a caballo. — Dígame, excelencia.

— Sigue tocando, chico, tráeme a tus granaderos aquí. El mariscal debía estar nervioso, porque me tuteaba. Dicho esto el Mariscal desmontó junto con los suyos, avanzaron y, tirándose en el barro – prometo que es verdad— dispararon al enemigo. Mientras tanto Mezi y yo tocamos hasta que los granaderos volvieron con nosotros formando en línea. La Guardia de Granaderos estaba lista para defenderse.

— Chicos, vayan atrás, ya se han ganado el pan hoy —nos dijo el abuelito cuando volvió hecho un muñeco de barro. Cogía entonces a Mezi y andé con el tras nuestras líneas, poniéndonos a salvo justo en el momento en que se reinició el fuego. Ahora

no se escucharon cientos de mosquetes que disparaban al gusto de cada cual, sino una sola andanada poderosa.

— Primer fila, ¡fuego! ... Segunda fila, ¡fuego! —Entonces ocurrió lo increíble: los rebeldes, abandonando toda táctica, se lanzaron a cargar contra nosotros. — Primer fila, ¡fuego! ... Segunda fila, ¡fuego! —Ahora no quedaba nada del orden de su columna que se había convertido en una masa informe que rugía en el barro. Pero aún corrían, aún cargaban contra nosotros con la bayonetas brillando en sus fusiles. —Primer fila, ¡fuego! ... Segunda fila, ¡fuego! —¡Los detuvimos! De un golpe nuestro fusileros habían vencido a decenas de ellos. — Guardia de Granaderos, ¡carguen! —Lo que ocurrió luego no debo contártelo. Confórmate con saber que vencimos porque si supieras lo que yo vi también tú tendrías pesadillas. Al final tomamos mil prisioneros pero lo mejor es que habíamos partido su ejército en dos y con la espalda al río. Pronto los supervivientes echaron a correr a los puentes que quedaban pero sólo la mitad pudo escapar. De nuevo habíamos vencido y, esta vez, de forma arrolladora. Sólo nos quedaba partir al norte y aceptar la rendición de las ciudades que quedaban.

# Capítulo 13

## Más allá

Cuando le vi todos estaban tristes. ¡No! Todos estaban tristes pero era yo quien vivía con un puñetazo en el estómago. El sargento Yezarem había muerto. Le veía con mis propios ojos pero su imagen no quería estar en mi mente. ¡Dios! Lo que hubiera dado porque Yeza hubiera sido un cobarde. ¡Ojalá me hubiera abandonado! Como a todos los sargentos lo habían puesto sobre un catre, cubierto con la bandera, con las ropas con las que le había sorprendido la muerte. Aquel día pedí al Fuego desaparecer, que nadie se acordara de mí, simplemente que me borrarán. Me dolía tanto que en aquel tiempo me parecía que toda mi vida era un dolor. Cuando se murieron mis padres pude soñar con un segundo padre, con alguien que me adoptara. Admito que Yezarem nunca me llamó hijo en serio, pero era lo más parecido que había tenido. Y también se me muere y yo me quedé solo; huérfano por segunda vez. En el funeral, cuando nadie me oía, le llamé papá. Se lo hubiera debido llamar antes pero es que al principio había sido un extraño, luego un amigo y por último un hermano mayor. Fue sólo después de morirse que pude hacer palabra de lo que realmente sentía. Sí, Yeza era muy joven pero yo lo sentía como mi padre; ¿qué quieres que le haga?

¿Sabes? Me imaginé que ya no podía acoger la esperanza de que alguien me quisiera. La verdad es que me podía haber dicho: Nutria, tienes trabajo y comida y sabes cuidarte solo y ser fuerte. Muchas otras cosas buenas podría haber hecho pero me quedé triste sin nadie que me consolara y sin pedir a nadie que

lo hiciera. Los demás no iban mucho mejor. Sólo habían quedado los sargentos de cara de perro. A esos les daba lo mismo que tuvieses diez años o treinta. Usaban las mismas palabrotas y te trababan igual de mal. Todos los que habíamos encontrado en Yeza un hermano mayor nos quedamos como un niño nuevo en un patio lleno de abusones.

Tras la batalla entramos en Felicidad que nos recibió con las ventanas cerradas y el palacio del gobernador en llamas. Luego dirían que habíamos sido nosotros pero el fuego se veía antes de que entrara en la ciudad. Lo recuerdo muy bien porque a muchos le pareció un signo de que el Santo Fuego nos había dado la victoria. A mí, ya te lo imaginas, me daba igual. Lo único que quería era dormirme y esperar a la mañana para el funeral. Dormir, sólo dormir y si despertaba hacer como si hubiera sido un sueño, ese era mi único deseo. Siempre recordaré la oscuridad de esa noche. Hay un lugar donde la vigilia y el sueño se encuentran de tal modo que ambos mandan por igual. Allí tus deseos y tus miedos ganan vida bajo la pálida luz de las estrellas. La imaginación se hace libre y, al poco, te hace ver lo que no te atreves. Fue así, muriendo ya mi vela, que se me aparecieron mis muertos. ¿Sabéis que pasó?

Estuve muy tranquilo todo el rato, sin miedo, muy feliz, porque la visión me inspiró calma. Digo visión como podría decir sueño o fenómeno pues aún no sé que parte – si algo – era real y que parte fue imaginación. Primero vino mi abuela, que se había muerto cuando yo era pequeño. Apareció desde muy lejos, con un cuerpo de luz. Deslizándose por la oscuridad se acercó al jergón donde dormía, se sentó junto a mí y, sonriendo, se puso a bordar un jersey blanco con hilo de estrellas. Todo el rato se mantuvo callada. Yo también. Quizás porque, según creo, cuando murió todavía yo no había aprendido a hablar. Luego vino mi perro, Ei, un cachorro que se me murió una noche de invierno. Tenía siete años y estaba durmiendo cuando se me metió bajo la camisa. El pobre, de la fiebre que tenía, me despertó y pronto, según fui yo cerrando los ojos, cerró los suyos para siempre. En la visión tenía un tacto de grasa caliente y no hielo frío como me había imaginado los fantasmas; pero también su misma alegría chispeante de siempre. Por fin aparecieron mis padres y mis her-

manos, quienes empezaron todos a preguntarme como me había ido, si había comido (esto lo preguntó el fantasma de mamá) y qué pensaba hacer. Respondí que había tenido una vida llena de aventuras – evitando decir las cosas malas sin tener que mentir. Les dije también que quería ser bueno y que si me querían llevar con ellos me portaría bien. A todo respondieron con silencio cariñoso.

Luego, por último, apareció Yeza llevando de las manos a algunos niños, pero no a Fen. Me dijo: —Me he ido con los que nunca ha querido nadie, pero tú se fuerte y lleva en tu corazón lo que has aprendido.

# Capítulo 14

## El Carro

Un mes después volví a contemplar mi primer amanecer. El sol, por supuesto, siguió saliendo todos esos días pero yo vivía en la noche. Como cuando te vas de un sitio al que sabes que nunca volverás pero sólo piensas en volver yo pensaba en Yeza y me daba igual que me vieran llorando. A eso le llamo vivir en la noche. Estaba sentado en la trasera de un carro cubierto, con mis pies descalzos al aire, mirando al horizonte cuando, de un golpe, me volvió a nacer el sol. De repente seguía queriendo a Yeza y a mi familia pero ya no estaba triste. Sentí al sol naciendo en mi corazón y, recobrada la calma, me puse a canturrear como un niño pequeño.

— ¡Estás feliz! —me dijo Mezi, que acababa de levantarse.

— Sí. El sol está muy bonito hoy.

— Esto... sí, claro, lo que tú digas. ¿Vas tú a por agua o voy yo?

— Yo iré —a Mezi le quedaba todavía un poco de cojera, por lo de su herida, pero eso no le impedía en nada ser el buen amigo de siempre. Os parecerá raro pero lo que los historiadores conocen alternativamente como *La gran persecución al norte* o *El camino de las lágrimas* fue para nosotros unas buenas vacaciones. Generalmente ir a por agua en la mañana y preparar el campamento por la tarde eran las únicas tareas que teníamos que cumplir. Konerói había decidido acelerar la marcha mandando a todos los menores de catorce años a retaguardia pues para perseguir a grupos dispersos de fugitivos no hacíamos fal-

ta. La guerra, tal como él la entendía, ya había acabado; sólo restaban las últimas operaciones hasta que el enemigo perdiese la esperanza y se rindiera. Mientras tanto nosotros gozábamos del aburrimiento metidos en los carros.

Para que lo entiendas es como pasarse dos meses metidos en una tienda de campaña rodante con los mejores amigos del mundo. Éstos eran, además de Mezi y yo, Kuli, Ril, Yen y Reti. Kuli, el pecas estaba siempre contando chistes que sólo le hacían gracia a él. Ril, el más pequeño, tenía sólo nueve años y se olvidaba de todas las cosas. Yen era muy nervioso y siempre le estaba temblando algo en la cara. A veces incluso se quedaba parado como una estatua, a lo mejor debido a alguna enfermedad que cogió en el orfanato. Reti, bueno, él era diferente. Según él un día lo adoptaría alguien importante como un conde o algo por el estilo. Lo decía muy en serio, tanto que no sabías si burlarte – lo cual era peligroso – o empezar una fiesta. Para Reti su futuro padre era cosa tan segura como que mañana va a salir el sol. Pasábamos los días sentados en el carros, tres a cada lado, de modo que nuestros pies descalzos se cruzaban en el centro. Botas, chaquetas y demás incomodidades habían quedado bien guardadas en los baúles. Entre nosotros habíamos dispuesto un tonelete a modo de mesa. Sobre él jugábamos a los naipes o tirábamos los dados. Además de eso contábamos chistes y compartíamos historias de hazañas reales o inventadas. A veces cantábamos. En fin, hacíamos todo lo que podíamos para no aburrirnos. Nuestra única comida caliente era en el desayuno, cuando nos daban té y gachas junto con pan de maíz y mantequilla. Luego, cuando nos apetecía, comíamos algo de jamón y más pan de maíz. Otras veces galletas o queso, según el día. Para orinar y hacer lo otro teníamos un cubo que vaciábamos al grito de “¡apartarse!”. Créeme que siempre nos hicieron caso.

Estaba yo pues caminando feliz con mi cubo – para el agua, no para lo otro – cuando me encontré con un tipo singular sentado bajo un árbol. Tenía más o menos mi edad y una cara tan enfadada que se le caía al suelo. Vestía el uniforme de la milicia de Laurentia, la colonia leal al Rey, pero con un peculiar sombrero. De hecho peculiar es quedarse corto porque su tocado era blanco, más pequeño que un puño y estaba roto; de él rezumaba un

líquido ambarino y viscoso que, chorreando, le había manchada su pelo azul y su cara turquesa. Se trataba pues de un huevo que alguien había tenido el disgusto de estrellarle en la cabeza. Disgusto doble por además de ser de mala educación resultaba estúpido dado lo difícil que era conseguir huevos en campaña. Por eso y por que aún no me había acostumbrado a ver azules, me quedé mirando. Gran error. Se levantó y, sin quitarse el huevo, se dirigió a mí con pasos furiosos.

— ¡¿Te parezco tonto?!

— No.

— ¿Idiota?

— Tampoco.

— ¿Crees que mi madre fue una p... ?

— Claro que no.

— ¿Te parece rara mi piel?

— Sí.

Segundo y peor error. Inmediatamente un puño voló contra mi boca y lo siguiente que recuerdo es que estaba en el suelo. Me enfadé tanto que salté sobre él, derribándole. Luego, agarrándonos el uno al otro rodamos por tierra y nos peleamos hasta cansarnos. Había adultos cerca, incluso algunos con rango, pero nadie hizo nada; supongo que les parecería divertido. En fin, la pelea, con los dos aún en el suelo, se acabó cuando él, demostrando ser más sensato que un servidor, se decidió a hablar.

— No tengo la piel rara. Soy un celeste, eso es todo.

— ¿Celeste?

— ¿No sabes lo qué es?

— No.

— Narices, los de Mercia no sabéis nada.

— Sabemos las cosas de Mercia. A ver, ¿sabes tú dónde está Tres Puertas?

— No. Narices, entonces *n'hace* falta que nos peleemos —dijo mientras se levantaba.

— No, bueno, adiós. Tengo prisa —me levanté entonces yo de un salto, cogí mi cubo y me eché a andar, impaciente por irme.

— *Esperá*, hombre.

— No, déjame en paz. ¿No ves como me has dejado?

— Perdón, *naseás* así, hombre.

- Perdonado. Ahora, si no te importa, tengo que ir a por agua.
- Espera. Te pido perdón. Es que estaba enfadado.
- Vale. Pero de verdad que tengo prisa.
- ¿Puedo ir contigo?
- Si quieres. —Recogí el cubo y nos fuimos caminando al río, donde continuamos la conversación.
- ¿*Querés* que te diga lo que es un celeste?
- Vale.
- Narices, pues es muy fácil. Significa que mi madre es azul y mi padre no.
- ¿Y al revés?
- Al revés también
- Ah, vale.
- Mira, ¿puedo ir contigo?
- Yo me voy a mi carro.
- Ya lo sé, narices, es que no lo estoy pasando muy bien en el mío, ¿sabes?
- ¿Es por lo del huevo?
- Sí, y por otras muchas cosas.
- A la gente de aquí no le gustan muchos los celestes, ¿verdad?
- No.
- Bueno, por mí vale, pero tienen que estar de acuerdo los demás. Volvimos al carro donde nos recibieron un tanto enfadados.
- ¿Qué? ¿La señorita se fue de paseo por el parque? —gruñó Reti.
- Eso, eres más lento que una tortuga hija de un caracol —se mofó de mí Kali.
- Pues habed ido vosotros, que a mí no me tocaba hoy —repliqué indignado.
- ¿Y a quién le tocaba? —preguntó Ril bostezando.
- ¡A ti, dormilón! —contestamos todos a coro.
- Eh, ¿y ese quién es? —preguntó Ril señalando al celeste.
- Sí, ¿quién es? Añadió Mezi.
- Es... no sé como se llama pero nos hemos hecho amigos —contesté—. Me ha pedido quedarse con nosotros.

— Bueno, por mí bien —dijo Ril. — Pero no es de la guardia, ni siquiera es del ejército —objetó Retil.

— ¿Y qué? ¿Tú naciste en la guardia? —le saltó Ril sabiendo que Retil había sido mendigo desde su nacimiento.

— No, yo nací en la calle, pero a mí me adoptará alguien importante.

— Oye, niño, ¿te sabes chistes nuevos? —le preguntó Kali.

— Claro que sí. —contesté yo por él—. Sabe muchas historias y chistes y otras cosas. ¿Verdad que sí, niño?

— Seguro.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Ril.

— Quincex.

— Vaya, ¿y por qué tienes la piel así? ¿Estás enfermo o algo? —gracias a Dios que él era uno y nosotros seis, si no la que se hubiera vuelto a armar.

— Es que mi madre era azul, por eso soy un celeste.

— Bueno, quítate esas botas llenas de barro y sube aquí Dieci-seix... quiero decir Quincex —le invitó Kali muy risueño. Casi lo mato de la mirada que el eché.

Subimos entonces por la escalerilla de madera, nos quitamos botas y calcetines y entramos. Nos esperaba ya el desayuno que Keli y Retil habían recogido mientras yo iba a por el agua. El viejo Esei, que guiaba el carro, se nos unió sin decir nada. — ¿Qué le pasa? —me cuchicheó Quincex. — Calla, ya te contaré. Lo que le pasaba nadie lo sabía. Algunos decían que todos sus hijos habían muerto en la última peste y ya no quería ni ver niños. Lo cierto es que entraba en nuestra sección del carro, se tomaba el desayuno y volvía a su puesto. Desde que corría la cortina de separación era como si estuviese en otro mundo del que ni salía nunca ni al que dejaba a nadie entrar. Incluso por la noche dormía fuera del carro. Quizás por eso nos parecía un tipo muy raro. Añade a eso que siempre estaba perfectamente vestido y calzado con sus botas. Que yo sepa, en los dos meses que pasamos con el nadie lo vio descalzo ni descubierto.

— Es una estratagema del General —nos solía decir Kali. Cuando estemos en peligro se quitará las botas y saldrán todos huyendo del olor. Además se cubría la cara con un grueso maquillaje y retocaba su grueso mostacho con precisión de de-

lineante. Sólo sus ojos llevaban grabados el doloroso sentimiento de una profunda melancolía. Tan nerviosos nos ponía su callada presencia que comíamos tan despacio como era posible. El pobre Yen ni lo intentaba porque le temblaba tanto el labio que se le salía todo por fuera. Incluso Quincex, que acababa de llegar, se sintió demasiado intranquilo como para comer con normalidad. Era sólo cuando volvía a su puesto que empezaba de verdad nuestra vida. Tan pronto como los caballos se ponían a andar volvíamos a ser nosotros mismos. Es decir: un grupo de niños sin nada que hacer salvo ser amigos felices. Nos poníamos de tan buen humor que a veces hasta nos reíamos con los chistes de Kali. — ¿Sabéis para que ponen agujeros en el queso? ¡Pues para guardar aire! Bueno, no siempre. Lo que sí ocurría es que nos poníamos a comer con alegría sin preocuparnos por nada más. Las gachas, cuando están bien hechas, no son tan malas como la gente dice. Se podían comer y el pan de maíz normalmente estaba decente. Mucho peor comían los soldados que perseguían a los rebeldes pues casi nunca tenían una cocina cerca. Así que reclamamos nuestro derecho a ser felices, más que fuera un ratito, olvidando que todo tiene un final. Ya bien comidos y mejor dispuestos Yen invitó a Quincex a hablar.

— Quincex, venga, cuéntenos algo.

— Sí, Quincex, por favor. —añadió expectante Ril.

— ¿Y qué os cuento?

— Lo que quieras —contesté.

— No sé, es que nadie me ha invitado a hablar nunca.

— Ahora se nos va a poner sentimental —gruñó Reti.

— Es que estamos aburridos. Cuenta lo que quieras, nos da igual.

— Sí —añadí. Son muchas horas en el carro.

— Más que piojos tiene un erizo, je, je —subrayó Kali.

— Bueno, narices, no sé... esto... ¿sabéis los cuentos de los eke?

— No.

— Venga, cuéntenoslo.

— ¡Por favor! — Está bien, narices, os lo contaré, pero esto no es un cuento, es la realidad. Yo no lo vi pero en mi pueblo lo sabe todo el mundo y todos dicen que es verdad. Esto pasó

entre mi ciudad, Laurentia, y la rebelde Seya, donde aún viven muchos ekes sin civilizar.

— ¿Y cuándo fue?

— Hace dos años

— Ah, entonces fue cuando vinieron las fiebres.

— Sí. — Bueno, ¿me dejáis seguir?

— Vale.

— En fin, estaba acabando ya la Guerra de la Civilización y todos nos sentíamos muy seguros.

— ¿Qué es una guerra de civilización? —preguntó Ril.

— Es cuando nosotros le hacemos la guerra a los eke. En fin, nos sentíamos seguros cuando una banda de ekes asaltó el pueblo de Grangas.

— ¿Ese era tu pueblo?

— No, claro que no, ya veréis, porque atacaron de noche, sin hacer ruido y uno a uno los fueron matando a todos. Hombres, mujeres, niños, perros, bebés, todos.

— ¿Todos, todos?

— Bueno, se escapó una chica que fue quien lo contó. Nos dijo que se quedaron bailando toda la noche y ya no salieron del pueblo hasta que vino el sol.

— Al final ganamos la guerra, claro y el grupo que atacó Grangas murió en ella. Así que al final se hizo justicia. — Que extraño, ¿no? —dije yo pensando en voz alta.

— No, no tiene nada de extraño, los eke son unos bárbaros sin civilizar.

— Nosotros conocimos a un eke que se llamaba Retil —replicó Mezi— y no nos pareció ningún bárbaro.

— Claro, con ese nombre, narices. A ver, ¿iba vestido de forma rara?

— No.

— No, claro que no, porque no era un eke, sino un medio—eke. No es lo mismo. Yo soy un medio azul, pero no azul, por eso no soy un esclavo sino una persona normal.

— Una persona normal a la que le tiran huevos —se burló Kali.

— ¡Cállate! No hace gracia, Kali —le riñó Mezi.

— Oye, ¿y ahora qué hacemos?

— ¿Qué tal si jugamos un rato?

— ¿Dados?

— ¡Dados, sí, dados, venga! La partida estuvo más animada que de costumbre porque teníamos un nuevo jugador y yo estaba de buen humor. Por supuesto no hacíamos apuestas aunque más por prudencia que moralidad. En efecto algunos empezaron a hacer trampas de suerte que todos acabamos siendo unos tramposos. Así las trampas habían pasado a ser una parte del juego, si quieres la más divertida. Luego de los dados vinieron las cartas, también con nuestras reglas especiales, ya me entiendes. Lo más raro de todo es que en aquel momento no nos pareció que estábamos haciendo nada malo. Como todos lo hacíamos tenía que estar bien, pero no lo estaba. Ganar o perder, daba igual, porque todos hacíamos trampas y lo sabíamos. Además si nos cogían mentíamos como bellacos. Como todos lo hacíamos tenía que estar bien, pero si lo hubiésemos pensado nos habría tenido que dar vergüenza. A la siesta falté porque en su lugar descubrí la afición que ahora ejerzo. Verás yo pertenezco a esa clase de gente que duermen sólo con mucho esfuerzo. Así que mientras intento dejar de pensar he de ocuparme en otra cosa. En aquella ocasión tenía tres objetos con los que entretenerme: un libro, regalo de Yeza, un cuaderno y un lápiz. El libro, que al principio me costó sudores leer, se caía a trozos de tanto que lo había usado. En cuanto al cuaderno y al lápiz mi primer impulso fue dibujar a mis compañeros. El resultado de ese ejercicio acabó tachado por dos temblorosas líneas. Podría ahora echarle la culpa al traqueteo del carro, pero prefiero reconocer que el dibujo es un arte que se aprende con mucho ejercicio. Vamos, que fue un pufo. Frustrado por el escaso resultado de mis esfuerzos se me ocurrió entonces dibujar con palabras todo lo que veía. Tampoco me salió una gran obra de arte pero me divertí como nunca. La tarde transcurrió más o menos igual que la mañana, contándonos historias, cantando y viendo de pura alegría. Sólo nos duraría cuatro días más.

## Capítulo 15

### Herido e Indefenso

El último día transcurrió tan tranquilamente como los anteriores hasta la hora de la siesta. Entonces una voz gorda, rugiente y complacida rompió nuestros sueños.

— ¡Bajad de mi carro! Era el viejo Esei a quien oíamos por vez primera. Poco antes había detenido el carro, suceso que ocurría con frecuencia. Podría haber sido una piedra obstaculizando en camino, un pastor que escogiese justo nuestra carreta para cruzar su rebaño o que Esei – según creo – se imaginase algún enemigo. Pero en aquella ocasión ocurrió algo totalmente distinto y, para nuestra cofradía, muy triste.

— ¡Venga, daos prisa, que se os han acabado las vacaciones! —fue lo último que le escucharíamos. Me bajé el primero a ver que pasaba tal como estaba, es decir: descalzo y sin chaqueta. Inmediatamente me topé con una presencia que me asustó más que un fantasma. Ante mí, tan cerca como tú lo estás ahora de este libro, estaba el teniente Asili, de la Guardia. La vergüenza me paralizó los pies y una rata daba vueltas en mi estómago mientras mi mente corría en círculos para buscar una excusa.

— ¿Qui... quién es? —dijo Ril bostezando.

— El sargento Asaili —contesté yo sin saber lo que decía. Afortunadamente el teniente, pues eso era en realidad, estaba demasiado cansado como para preocuparse por cosas de cuartel. Por tanto, simplemente nos comunicó las órdenes en cuanto estuvimos todos fuera. Deberíamos, una vez vestidos, seguirlo a nuestras compañías porque la lucha se había reanudado. La

noticia nos fastidió mucho y por tres razones. Primera porque no íbamos a estar más juntos. Segunda porque teníamos de nuevo que luchar y quizás morir. Tercera y última porque no entendíamos por qué los rebeldes querían luchar ahora. Habíamos vencido tres veces seguidas cuando eran más fuertes. ¿Qué pretendían por tanto? ¿Morir? En fin, molestos y resignados nos cambiamos y seguimos a Asaili. El camino transcurrió entre silencios y despedidas. Quince nos dejó antes que nadie porque su regimiento se quedaba para escoltar los carros. Luego fuimos separándonos uno a uno hasta que me quedé yo solo con el teniente. Uno suponía y casi tendría derecho a esperar que los cazadores abrierán el frente. Al fin y al cabo para eso estaban. Pues no, adivina que compañía iba en vanguardia. Exactamente: la mía. Cuando el teniente me dejó con mi compañía dijo sólo dos palabras. En realidad ni siquiera me dejó con los míos.

— Sigue adelante —me dijo y luego se fue abandonándome en medio del camino. Yo encontré a los de mi unidad cansados y, por lo que parecía, dispersos. Sólo veinte hombres y un oficial se agazapaban entre los árboles. Con los sesenta y tantos restantes se habían formado otros tres grupos. Lo primero que hicieron fue darme un mosquete porque ahora me esperaba una clase de guerra muy distinta. Ya se habían acabado las filigranas y las cargas gloriosas. Ahora los enemigos, vencidos en campo abierto, luchaban como lobos en el bosque. Los rebeldes habían esparcido sus fuerzas en pequeños grupos que emboscaban a los nuestros, daban dos disparos y luego huían a la espesura. Lentamente les íbamos haciendo retroceder pero cada vez necesitábamos más hombres. Así fue como acabó siendo necesario que yo cogiera un mosquete. Exagero, en realidad era una carabina corta, sin bayoneta. Un verdadero fusil me habría tirado al suelo con el primer disparo. La carabina era más suave por lo que tenía un alcance más corto, pero en el bosque eso no suponía desventaja alguna. En un primer momento me sentí fuerte con el arma en mis manos.

Luego me quedé meditando en que podía acabar matando a alguien. Hasta entonces me había tenido que enfrentar con el miedo normal a la muerte. Es decir, a que me mataran. Tal resultado me parecía aceptable siempre que no me doliera mucho.

Ahora tenía que enfrentarme a algo muy distinto. Es decir, a matar. Sí, sabía que era un guerra y todo eso que dicen los libros pero cuando pensaba en eso me volvía a la mente Pip, el niño herido. Imagínate que tuviera que hacerle eso a alguien o, algo peor. Imagínate que fueras tú. ¿Cómo te sentirías? Yo quería llorar pero me contuve delante de la gente. Me permitirás que me abstenga de hablarte de mis compañeros. Creo que la razón la comprenderás muy pronto tú mismo.

Formamos en tres grupos de siete. A mí me tocó el del centro, junto al capitán, lo que me pareció muy bien. Delante y detrás seguro que sería más peligroso pero nosotros sólo tendríamos que intervenir si la batalla era seria. En cuanto partimos uno de los compañeros me aseguró: — Tranquilo, aquí en el centro no te pasará nada. Antes me habían ocurrido cosas parecidas. Ya se sabe, los soldados estaban muy lejos de casa y se acordaban de sus hijos o sus hermanos pequeños. Entonces me veían a mí y compensaban su nostalgia conmigo. A mí eso me parecía bien porque así me daban algún dulce o una palabra amiga pero teniendo a Yeza nunca le había dado más importancia. ¡Vaya si había cambiado eso! Caminamos y caminamos sabrá el Santo Fuego cuanto tiempo, comiéndome la manga izquierda a cada paso. De vez en cuando, apercibidos por algún ruido o extraño silencio se paraba toda la columna. Luego dos desgraciados voluntarios (o héroes según quien te lo cuente) se adelantaban y, si todo iba bien, continuaba la marcha. Así pasé todo el primer día con su noche. Tan lento íbamos que me dieron rabia las precauciones. Con lo feliz que estaba yo en el carro con mis amigos. Pues en vez de eso venga a caminar por el bosque solo entre un montón de adultos. Pensaba que todo era un gran pérdida de tiempo. ¿A qué dar tantas vueltas cuando podíamos avanzar directamente a la ciudad? ¿Tenía miedo Koneroi? ¿De qué, si podía saberse?

En esas cosas andaban mis pensamientos cuando hacía la tercera guardia, de tres a a cinco de la madrugada. El día siguiente me enseñaría cuanto me equivocaba. Todo empezó entrada ya la tarde, cuando al cuerpo le apetece descansar bajo el sol. De repente una andanada de fusilería nos paralizó. Diez rugidos salieron del bosque y luego un silencio. Habían disparado desde

tan lejos que no dieron a nadie. Rápidamente los de vanguardia se desplegaron en dos líneas y nosotros formamos en columna. Nuestro capitán, vista la precipitación del enemigo, había decidido atacar. El plan era muy sencillo y ortodoxo. Faltaba saber si tendría éxito en el bosque. En primer lugar la vanguardia atacaría a los rebeldes con fuego de mosquete y luego entraría el centro con las bayonetas caladas – salvo yo que no tenía, claro. La única concesión al bosque es que nuestra retaguardia se mantendría en formación abierta; eso nos salvaría la vida.

La parte que viene ahora la recuerdo mal. Por eso he tenido que rellenar los huecos de mi nebulosa memoria con imaginación y lógica. Primero entraron los de vanguardia, seguidos por nosotros. Tras diez minutos de silencio comenzó el tiroteo mientras yo no hacía sino mirar a mi carabina. En su cañón no había bayoneta haciéndome sentir aún más débil. Sólo tendría un disparo y luego, hala, a pegar culatazos con una culata pequeña. Los rebeldes serían casi todos adultos o adolescentes, claro y tendrían su gran mosquete con la bayoneta calada. Te parecerá raro, pero me hubiera sentido mejor con mi flauta. Verás yo se suponía que era un músico. Mi función era ayudar a los oficiales a comunicar sus órdenes, a dar valor y a disimular los gritos de los heridos. Era mi trabajo y lo había hecho bien. Además todos decían que los soldados no disparaban a los niños si podían evitarlo. Con una carabina en mis manos la cosa era distinta porque aunque parecía de juguete podía matar. Lo que es más, ni la había usado contra nadie ni quería usarla pero tendría que hacerlo. Lo haría por mi país, por el Rey y porque me habían enseñado que estaba bien. Parte de mí quería estar en cualquier otra parte pero por mis compañeros no podía ceder.

Mientras todo esto pasaba por mi cabeza el fuego enemigo empezó a flaquear. Justamente entonces llegó la orden de carga. Ansiosamente, sin esperar que la vanguardia se apartara, el capitán nos empujó al ataque. Avanzamos casi corriendo; el corazón se me estrellaba en los pulmones, ya no escuchaba nada, ni me preocupaba nada; sólo me dejaba llevar. Disparamos y disparé pero ignoro si le dí a alguien. Ojalá no. Si le hice daño a alguien quiero decirle que lo siento. También que me perdone, que yo era un soldado, como él. Los alcanzamos y les hicimos

retroceder, pero no vencimos. La mayoría se retiró entre los árboles y nosotros salimos tras ellos, desordenados. Desconozco quién dio esa orden o si alguien la dio en absoluto pero, francamente, fue una temeridad.

Aún empezábamos a correr y a dispersarnos cuando nos atacaron por detrás. Dieron la orden de detenernos pero para entonces ya era tarde. Después ya sólo tengo añicos de recuerdos; piezas de memoria que no consigo encajar. Disparos, gritos, brillos de bayonetas se mezclan con mosquetes, carreras y sangre. Siempre recordaré el ocaso. Cuando se acercaba la noche y la oscuridad empezaba a reinar un compañero se metió ente los árboles. Entonces sonó el penúltimo disparo. Le llamé y me contestó con dolor.

— ¡Quédate ahí! —me gritó alguien, pero no hice caso. Fui a por mi compañero. Me lo encontré sentado, con la mirada perdida y sangrando. Le pasé mi brazo, le ayudé a levantarse y me sentí el mejor niño del mundo. Dispararon. Me dieron. Ese fue el último disparo. Me dolía tanto que por un momento sólo eso me importaba. Me parece raro que poca gente hable del dolor de una bala porque nunca lo he pasado peor. Supongo que porque están más preocupados por el miedo a morir. Me vi en el suelo de golpe con el hombro ardiendo y completamente solo. Sí, tenía a mi compañero al lado, pero él estaba peor que yo. Luego me quedé ahí tumbado, mordiéndome la mano izquierda para no llorar, mientras con la derecha silenciaba los gritos de mi camarada. Si algo deseaba era seguir libre, que los rebeldes no me vencieran y que la Guardia de Granaderos mantuviera su honor. Así pasé mucho tiempo, cada latido me duraba un minuto y cada respiración una hora. Al fin, cuando el dolor me era ya apenas un amigo molesto, escuché un arroyo de pasos rápidos fluyendo hacia nosotros. Nos arrastramos un poco para tratar de escondernos pero sólo conseguimos hacernos más visibles. Aún estábamos luchando por escapar cuando los soldados nos alcanzaron. En cuanto los vi sentí que soñaba despierto. Salvados, estábamos salvados, porque esos soldados era de la Guardia. Pero cuando nos alcanzaron siguieron marchando a su ritmo. En la Guardia las órdenes se obedecen exactamente como se dan. Yo confiaba en que un sargento diera la orden de recogernos y,

efectivamente, un sargento se nos acercó.

— Chico, ¿puedes andar?

— Sí —contesté—. Pero no muy rápido.

— Mira chico tenemos que ir a salvar a unos milicianos que se han metido en un lío. Quédate aquí y cuida de ese, ya volveremos en cuanto podamos. Adiós. Partió entonces casi corriendo y desapareció en la columna. Detrás del todo iba nuestro capitán que ni si quiera nos miró. Luego se hizo el silencio hasta que volvieron a piar los pájaros y el sol continuó su marcha hasta la noche.

El mundo había desaparecido. Era el dolor, que me había atrapado. Luché con él, pero entre más lo resistía más se engrandecía. Con el dolor vino el miedo y después del miedo las dudas. Quizás nunca vinieran a por mí. Quizás vinieran, pero a matarnos. Y rezaba a Dios llorando, pero Dios no decía nada.

# **Parte III**

## **El Agua**

## Capítulo 16

### Un ser de otro mundo

Despertamos con la mañana después de soñar con el infierno y el cielo. La tierra estaba húmeda y roja a nuestro alrededor, como si fuera sangre, pero no era más que arcilla. Sin levantarme miré a mi compañero que agonizaba. Yo, sabiendo lo que iba a pasar, aparté la mirada. Entonces él me agarró la mano con tanta fuerza que temí por los dedos. Volví a mirar con miedo y él intentó decirme algo. Luego, ante mis ojos, expiró. Otra muerte había atravesado mi vida. Hasta entonces me había salvado pero ya era diferente a la mayoría de los niños pues estaba seguro que me moriría allí solo bajo los árboles. Sin nada que comer y sin esperanza de ayuda calculé que la herida se me infectaría y luego me moriría de fiebre. Temía también a la sed y al hambre pero sobre todo había una cosa que me daba vértigo; si entonces me moría no sabría para qué había vivido. Cuando me dí cuenta de que realmente tenía fiebre dejé de temblar. Parece mentira lo fácil que es vencer al miedo si lo abandonas. Cerré los ojos, sonreí y pensé en todas las cosas hermosas de mi vida: mi infancia en la granja, Fen, Yeza y en todas las cosas buenas que había hecho. Visto así me dije que había merecido la pena vivir. Así que me dispuse a escribir – literalmente – mis últimas palabras. Al fin y al cabo una buena historia da igual si es corta o larga; sólo que cada palabra se escriba con cariño.

Abrí los ojos y saqué mi cuaderno. Miré al sol que se cruzaba por entre los árboles y volví a sonreír. Escribí un rato hasta que me venció el dolor. Volví a sonreír, dolorido, pensando que si

alguien encontrara mis líneas me encontraría también a mí. Y no me refiero sólo a mi cuerpo. Sabía que había cometido muchos errores que no tendría oportunidad de revisar. Sin embargo, lo importante es que también habían cosas buenas que a alguien le podrían servir. Por eso me dio igual el dolor y seguí escribiendo. Creo que habría continuado hasta que se me hubiera acabado la sangre o la tinta de no ser por lo que pasó a continuación. Aún duraba la mañana cuando escuché unos pasos susurrantes. Cerré mi cuaderno, lo escondí bajo mi camisa, cerré la pluma y me hice el muerto. La verdad es que me fue sencillo pues entre la herida y el cansancio tenía un aspecto horroroso. Alguien se nos acercó, hizo algo con mi compañero y luego fue a por mí. Se puso a canturrear algo en un idioma extranjero y me untó una cosa húmeda en las manos y la frente. Entonces no pude aguantar más y abrí los ojos: era un eke quien tenía ante mí. Pensé que me mataría inmediatamente tal y como Quincex había dicho. Sólo tenía una esperanza, que no me robara mi cuaderno para que alguien civilizado pudiera encontrarlo. Eso era todo lo que le pedía al Santo Fuego. — Por favor, Santo Fuego, por favor —recé en mi interior.

El eke me quitó la chaqueta y yo le dejé. Estaba demasiado cansado, herido y triste para defenderme o correr. Tampoco me puse a llorar ni a pedirle nada. Sabía ya que las personas malas desprecian los lloros. Continuó con mi camisa y entonces se me escapó una lágrima. No quería llorar, de verdad que no, pero iba a descubrir mi cuaderno, luego me mataría y quemaría las hojas para hacerse un fuego. Todos los eke eran salvajes sin alma, eso había dicho Quincex. Sí, cogió mi cuaderno e hizo un fuego, pero sin tocar sus páginas. Luego calentó una infusión con unas hierbas que llevaba y me la dio a beber. Pensé que a lo mejor no era veneno así que se le acepté. Luego me fui durmiendo y, según me caían los párpados, incluso me pareció que aquel extraño salvaje me podía tener cariño. Desperté atado a una camilla cuyo cabezal estaba atado al arnés de una bestia mientras que sus palos se deslizaban por el suelo. Así tumbado veía como lentamente se alejaban los árboles y me parecía soñar.

Poco a poco fui tomando conciencia de realidad y pude com-

probar mi situación. Estaba totalmente cubierto por gruesas mantas de piel de lobo pero debajo de ellas vestía sólo mis pantalones. Manos y tobillos los tenía cortamente atados a la camilla como cabía esperar. Lo que me extrañó fue que, a mi mano derecho, había atado mi cuaderno. ¿Por qué habría hecho eso?, me pregunté. A lo mejor Quincex estaba equivocado y preferirían que fuera su esclavo a matarme. Algo tendría que importarles, ¿no? Porque si no, ¿para qué iba a molestarse en atarme mi cuaderno? Me entristecía ser prisionero, claro, pero me alegraba estar vivo. Además, ahora los rebeldes no podrían decir que me habían vencido porque no fueron ellos los que me cogieron. Sin decirme nada el eke detuvo la marcha del animal. Me sonrió, me tocó la frente y volvió a sonreír. La fiebre me había ya bajado mucho. Si fuera así no tendría nada que temer, ¿verdad? La única duda que me quedaba era un cuento que Fen me había contado sobre los caníbales. Primero te sonreían y te daban montones de cosas de comer hasta que te convertían en una albóndiga con patas. Luego te llevaban a una gran olla donde te guisaban con cebollas, mantequilla y pimienta y, lo peor, un gran tomate en la boca. (Bueno, eso a Fen le parecía lo peor, en fin, debía ser una manía) Sin embargo, a poco que lo pensé, me pareció absurdo; claro que parece más absurdo cuando uno está en casa con un amigo y no atado a una camilla con un tipo raro sonriéndote. Por supuesto, la prueba definitiva la tenía en mi mano; nadie ata libros a la comida, o eso creía yo. Pese a todo seguía sin fiarme del eke, por eso aparte la cabeza. Ni saludé, ni respondí, como habría sido de educación. Me quedé muy serio durante todo el tiempo que pude, observándole profundamente. Era un tipo flaco pero musculoso que, según calculé, debía tener unos cuarenta años. Su vestimenta – ahí llevaba razón Quincex – era muy peculiar. Para empezar llevaba una especie de pantalones de cuero con flecos azules en las costuras. En vez de cinto tenía una especie de fajín de muchos colores y cuajado de extrañas figuras negras. Vestía dos camisas: una interior de algodón blanco y otra de cuero puesta encima. Llevaba el cabello muy corto, bien peinado, sin sombrero, como si estuviera de luto. Cuando me fijé en su rostro me pasó por la mente algo profundamente distinto. Le brillaban sus ojos púrpura cuando me miraban. Había

un aire de preocupación, como cuando tienes pena de un cachorro enfermo o te parece que un dibujo te ha salido mal También había algo más en ellos, algo que sonaba como esperanza, como si intuyera algo en mí que ni yo mismo veía. Se me ocurrió que a lo mejor me querría de mascota y casi me reí. Casi, significa que, aunque me costó, me mantuve firme en mi seriedad porque todavía desconfiaba.

— Yo llamo Luz-de-las-aguas. ¿Llamas tú?

Seguí callado. No quería hablar con el, no quería que pretendiera ser mi amigo para engañarme mejor.

— ¿Tienes miedo?

— *¡Aprieta los labios, Nutria!* —me dije a mí mismo. ¡Claro que tenía miedo! Me habían herido, abandonado, atado a una camilla y un salvaje que no sabía hablar me llevaba a un lugar desconocido. Sin embargo tenía la obligación de no admitirlo por lo del honor de la Guardia y todo eso. Además, lo peor es que necesitaba su ayuda para seguir viviendo aunque me faltara el valor para pedírsela. Sí, ahora sé que tratando de parecer valiente cometí una cobardía.

— No he insultado. ¿Por qué insultas tú?

— Yo... no he dicho nada.

— Eso es insulto. No hablar con los mayores que hablan a ti es insulto. No hablar con gente que hablan a ti es insulto.

— Perdona, no quería insultarle. Yo... ino tengo miedo! Si quieres matarle, hazlo pronto... por favor.

— ¿Matarme? ¿Qué quiere tú decir matarme?

— Ah... eso, pues que si me quieres matar —dije muy seriamente.

— No, no, no, niño, no ¿por qué matar?

— Por nada... es que.

— ¿Tú me quieres matar a mi?

— No.

— Bien, podrás aprender. Yo aprender a ti dar vida y no muerte —lo que creía que significa que me quería enseñar vida y no muerte y hasta allí llegué porque no estaba para filosofías.

— Perdona, ¿me puedes desatar?

— No, no puedo. Está prohibido.

— ¿Prohibido? —esto me sorprendió, todo el mundo sabía que los salvajes no tenían leyes ni nada.

— Sí. Está prohibido. Hasta que aprendas vida, prohibido.

— Yo no quiero hacerte daño, de verdad.

— No, pequeño, pero haz aprendido muerte. Dime verdad, ¿crees que ekes son salvajes? Cerré los ojos y pensé lo que iba a decir.

— Sí —me quedé un momento en silencio y continué — eso es lo que me han contado.

Luz-de-las-aguas también pensó una respuesta; tres palabras que alegrarán toda mi vida. — Te perdono, pequeño.

— Gracias. Por favor, tengo sed.

— Agua, sí, eso necesitas tú. Paró al animal, me sostuvo la cabeza y me dio de beber de un odre. Luego me revolvió el pelo y me volvió a preguntar: — ¿Llamas tú?

— Nutria.

— ¿Nutria?

— Bueno, Pip es mi nombre de verdad, pero todos me llaman Nutria.

— Es un nombre bueno. Creo que puedes tú aprender vida.

— Por favor... las cuerdas... seré bueno, lo prometo... no me escaparé ni haré daño a nadie.

— Quizás es verdad. Pero Ley es Ley. Tú eres enemigo de eke.

— Yo no quiero ser enemigo tuyo.

— Nutria, tú eres guerrero de enemigos de eke.

— Sí. Es verdad.

— Bueno, ahora descansa. Cuando llegemos yo hablo con jefes para que tú ya no seas enemigo.

— Gracias.

— Duerme. Los niños tienen que dormir.

## Capítulo 17

### Despierta, niño, despierta

Luz-de-las-aguas me despertó cuando llegamos al Lago de la Estrella. — Epeitaé, copileo, epeitaé. —me dijo sin que yo pudiera entender nada pues hablaba en ekeilegeo, el idioma de los Eke, como haría siempre en adelante. Sus palabras, por tanto, las he tenido que reconstruir, a veces con imaginación.

— *Epeitaé, copileo, epeitaé* (Despierta, niño, despierta).

— ¿Eh?

— *Vionoa, xio, arekeé*. (Bien, te liberaré).

— ¿Qué has dicho?

— *Vionoa, xio, arekeé*

Me dejó entonces extrañado pues, como ya dije, no sabía lo que significaba. ¿Sería un rito previo al sacrificio? No me relajé hasta que me desató de la camilla. Me alargó su brazo y, apoyándose en éste, me ayudó a andar. Dí dos pasos y sonreí a Luz-de-las-aguas. Luego, me dijo algo y me cogió en sus brazos como si fuera un pajarillo. Te comentaría lo que me sorprendió su fuerza si no fuera por lo que vi cuando se dio la vuelta. El animal que había tirado de mi camilla era una bestia que apenas se parecía a un caballo. Sí, era un cuadrúpedo y tenía aproximadamente el mismo tamaño pero en muchas cosas se diferenciaba. Su cabeza era triangular, ancha en el cuello y estrecha en la boca, con el hocico en la parte superior. Sus patas eran demasiado gruesas y cortas. Su cuerpo estaba cubierto de una lana espesa y marrón que brillaba como si fuera bronce. Pero lo que era verdaderamente extraño es que podía abrir sus pezuñas en abanico, como

si fueran patas de oca. Así podía caminar sobre el fondo de las aguas someras o nadar en las profundas según convenía en ese país de un millón de lagos.

Luz-de-las-aguas me llevó hasta un árbol que servía de no-ray para su piragua. Ésta, y muchas de los eke, tenían forma de lágrima. Era de madera, pintada de un azul sobre el que destacaba una banda sinuosa y blanca. La embarcación tenía también un mástil en el que se izaba una pequeña vela naranja sobre la que habían escrito un poema. Allí, en la proa, fue donde el eke me acurrucó. Luego, para mi desolación, me volvió a atar. Esta vez muñeca contra muñeca y tobillo con tobillo. Por último me cubrió con las mantas y sonrió:

— *Leseteé cuomantoeá, copileo.* (Pórtate bien, niño)

Como yo no entendía nada – pues aquello sonaba a guasa – me limité a sonreír. El sonrió a su vez y luego silbó. Al instante el animal que yo había creído ser un caballo se lanzó al agua feliz como un bebé juguetero. Miró luego a derecha e izquierda y, con una quietud suave, se sumergió.

*Aeia—ao* se les llama a estos animales: Agua-calma. Pronto Luz-de-las-aguas se sentó a proa y empezó a navegar al interior del lago. Yo, allí, incapaz de moverme, cubierto de mantas, bajo la sonrisa maternal de aquel hombre dudaba si sentirme prisionero o un bebé de paseo en barquita.

## Capítulo 18

### El Monstruo

El umbrío lago, custodiado por las ramas del bosque se abría hasta convertirse en un sosegado mar de agua dulce. Las nubes, escasas en el cielo, navegaban remolonas sobre mi cara. Unas aves blancas, de alas inmensas, planeaban en tríos. Las *blancas cantarinas*, como las llaman los eke, parecían bailar en el aire. El agua pura del *Lago de la Estrella*, saltaba para salpicarme de alegría.

Me fui acostumbrando a mis ligaduras aunque las siguiera sintiendo injustas. Entendía que me viese como un enemigo porque nosotros hacíamos lo mismo con ellos. Sin embargo también me trataba como a un bebé perdido. ¿Por que era tan amable y a la vez tan firme? Si yo era a sus ojos un criminal ¿a qué tanta sonrisa? ¿Ocultaría algo? ¿Y para qué ocultaría nada si yo estaba indefenso? Algo culpable sí que me sentía por todo lo que había pensado de que los ekes eran unos salvajes, pero recibía demasiado castigo. Sin embargo, y al mismo tiempo volvía a padecer el sueño del huérfano. Ya sabes: tener un padre. Tras unas horas, avistamos una pequeña isla en el mismo centro del lago y Luz-de-las-aguas dirigió el barco hacia ella. En la orilla, ya seco, nos esperaba el Aeia-ao y, detrás de él, doce figuras humanas. Estas resultarían ser la familia de Luz-de-las-aguas: su madre, su esposa, su hermano menor y sus nueve hijos. Pensé que seguramente no necesitaría ninguno más; seguro que no me querría como hijo. Me sentí tan tonto por mis propios ilusiones que se me pasó por la cabeza no volver a tener ninguna nunca más.

Me extrañó que me volviera a coger en brazos al desembarcar y más todavía que me llevara a una cama. ¿Por qué no a una mazmorra? ¿Qué quería de mí? Nosotros así nunca habiéramos tratado a un prisionero, salvo que hubiese sido un general o alguien importante. Su casa era extraña a mis ojos y seguramente también a los tuyos. Disponía de una construcción central rodeada por otras siete cabañas más pequeñas. Cada una cumplía una función diferente como si fueran dividido una casa en muchas habitaciones separadas. Eso era ya bastante raro, pero es que, además, una especie de pasillos cubiertos las conectaban entre sí. Todo esto tenía la siguiente causa muy simple. Cuando una familia eke construía su casa empezaba por la construcción central. Luego van añadiendo estructuras según nacían los hijos. Los pasillos se añadían al final para proteger la familia durante los crudos inviernos. A mí me habían puesto en la central que normalmente servía de comedor, por lo que siempre estaba acompañado. O estaba algún niño o las mujeres o Luz-de-las-aguas o todos a la vez. Pero de todos fue la abuela la que nunca se apartó de mí.

La estancia tenía ocho paredes de madera que terminaban en un en un techo de leños y paja. Justo en el centro, un simple agujero ennegrecido servía de chimenea. Yo estaba debajo, junto al fuego, junto al Santo Fuego de mi infancia en Mercia. Silenciosamente pronuncié la oración de consagración – aunque sabía que sólo la podía hacer un sacerdote – y luego me puse a rezar sin palabras, pidiendo a Dios que estuviera conmigo. La habitación estaba adornada con paneles de madera pintados en celeste y rosa pero, por lo demás, desnuda. Los niños se sentaban en esteras de esparto y los adultos en taburetes de madera negra. Sólo la abuela tenía una silla que habrían comprado a algún comerciante de Mercia. Pasé horas aburrido hasta que llegó el momento en que la tarde empieza a parir la noche. Entonces, por la puerta principal, apareció Luz-de-las-aguas. Se presentó con mirada seria y aire preocupado, con la mano izquierda sobre la boca y los pies inquietos. Al fin sacó fuerzas para acercarse con una fingida sonrisa y sentarse junto a mí.

— Perdóname, porque voy hacer algo malo. —me dijo en mi propio idioma.

— Por favor... yo seré bueno, de verdad. Siento lo de la guerra y todo eso... Yo soy un niño y quiero vivir.

— ¿Piensas que te mato?

— Yo... no sé... como dijiste eso.

— Ah, claro, te han aprendido muerte, pero aprenderás vida.

— ¿Entonces que vas a hacer?

— Voy a quitarte las cuerdas.

— Pero eso es bueno, gracias.

— Está prohibido.

— Ah —respondí agachando la cabeza, como se me hubieran pillado robando.

— Pero lo haré.

Me quedé callado mientras me desataba y cuando ya se levantaba le dije — ¿Te meterás en un lío por mi culpa?

— Sí.

— Lo siento.

— Está bien.

— No, lo siento de verdad. Puedes atarme si quieres.

— No quiero.

Me ayudaron a levantarme la abuela y él, descubriendo con alegría que podía caminar un poquito. Como estaba medio desnudo me eché una manta por encima y, despacio, fuimos al exterior. Allí me esperaban todos. Los tres niños pequeños: Hojita, Chispita y Flor y las dos niñas: Mapache-Triste y Barquita-Juguetona. Los cuatro mayores: tres chicos y una chica pretendían indiferencia. Su tío, es decir, el hermano de Luz-de-las-aguas, entonó un canto de bienvenida sin demasiada sinceridad. Tampoco era hostil, sencillamente desconfiaba. Yo le comprendía porque tenía el mismo sentimiento, aumentado por el temor. Detrás de mí vino Luz-de-las-aguas para indicarme que me sentara. Luego empezaron todos a hablar, de lo que apenas entendía alguna palabra. Con el tiempo los pequeños se fueron relajando, menos Mapache-Triste que se pegó a la madre todo el rato.

Yo sólo quería irme. En vez de eso, hacía mentir a mi rostro: o sonreía o aparentaba que lo que molestaba era la herida. Toda la noche la pasé disimulando. Llegó un momento, cuando surgía ya la luna llena, que Mapache Triste me señaló con el dedo y

dijo algo que dejó a todos desconcertados. Al notar el incómodo silencio me dirigí a Luz-de-las-aguas.

— ¿He hecho algo malo?

— Tus ojos. Entonces me dí cuenta. Dos caricias calientes en forma de lágrimas caían por mis mejillas.

— ¿Que ha dicho la niña? -pregunté.

— Cosas de niña.

— Por favor.

— Ha dicho: el monstruo llora. Eso ha dicho.

Me llevó luego de vuelta a la habitación central donde pasaría la noche. Dormir, más bien poco, casi por obligación y vencido por la fatiga. Reflexioné sobre mi captor y su familia tratando de encontrar un sentido pero no lo hallaba. Si yo era un monstruo la conducta de Luz-de-las-aguas se podía explicar desde la bondad. Lo que rechazaba es que yo fuera un monstruo, aunque parte de mí temía que lo fuera. De repente sólo pensaba en lo malo. Me pareció que había sido culpa mía que hubieran echado a Yeza del templo e incluso que lo hubieran matado, y de otras muchas más cosas. . .

Pasé las dos demanas siguientes recuperándome y aprendiendo el idioma eke. Casi todo el tiempo lo pasaba con la abuela. Luz-de-las-aguas estaba afuera, ocupado con sus tareas y los demás se mostraban recelosos conmigo. A veces notaba que me espiaban y descubría a Mapache-Triste agazapándose en la entrada y luego, en cuanto se daba cuenta, se llevaba las manos a la cara y huía. Poco a poco fui entendiendo a la abuela y hasta me atreví a dirigirme en ekelego, sin éxito, a los niños.

— No tener 'mieda'. O algo así fue lo primero que dije si lo fuéramos a traducir a nuestro idioma.

— No tienes 'mieda'. Lo que tampoco se entendía mucho.

— No tengas miedo.

Al final, más que una cuestión de competencia lingüística fue de confianza. O de su falta, más bien. Ya terminando los días de mi convalecencia me levanté y fui a la orilla. Mi herida se había cerrado y estaba curando bien. Cada día me sentía con más salud, que no fuerza, porque seguía triste. Por eso casi no salía de mi habitación hasta que la abuela no pudo más.

— Chico, ¿no quieres salir?.

— No puedo.

— Llevo dos días viéndote andar aquí dentro y ¿me dices que no puedes? ¿Qué te pasa?

— Nada.

— Te da vergüenza. Es eso, ¿verdad?

— No. Es que le prometí a Luz-de-las-aguas que no me escaparía.

— Nutria, tú sabes que a él no le importa que pasees por aquí cerca.

— Sí.

— ¿Entonces? — Es que no quiero molestar a nadie.

— No eres un monstruo, ¿sabes?

— No, no lo sé.

— ¿Tú quieres ser un monstruo?

— No.

— Pues sal ahí fuera y sé una persona.

— Sí. —Lo dije sin pensar, porque de haberlo hecho hubiera buscado alguna otra excusa. Así que salí, claro, entre otras cosas porque la abuela enarboló una paleta con aire amenazante, aunque dispuesto a volver al menor contratiempo. Los mayores habían ido de caza y sólo quedaban los pequeños y su madre. Yo llevaba entonces puestos sólo mis pantalones pero tal atuendo es normal entre los eke. De hecho los pequeños se habían desnudado para entrar en el agua y su madre llevaba las piernas al aire.

Tal cosa me pareció terrible en aquel momento, aunque ahora me ría. Es más, me daba tanta vergüenza que no me atrevía a acercarme. En Mercia o te bañas en un lugar donde no te puedan ver o lo haces chicos con chicos, pero no niños con niñas a la vez y, horror, mucho menos con una mujer. Estaban recogiendo algas que la madre iba depositando en una cesta que llevaba a la espalda. Las aguas del lago reflejaban, alargándolas, sus figuras, pintando de colores la superficie. Parecía como si la misma Agua me hablara de paz y, como una madre, calmó mis miedos hasta que, sin casi darme cuenta, andé hacia ellos. Los niños no huyeron sino que se quedaron paralizados en torno a su madre.

— Mira mamá, el monstruo -dijo Mapache-Triste señalándome.

— Yo... no... quiero... ser... un... monstruo -respondí lentamente, dejando un buen silencio entre cada palabra porque me

costaba mucho hablar en ekelego.

— Hola, me llamo Amanecer-en-el-lago —me saludó la madre.

— Yo me llamo Nutria -dije traduciendo mi nombre a lengua eke.

— Tienes un nombre hermoso, Nutria. — Gracias, tú también.

— Mamá, tengo miedo -interrumpió Mapache-Triste.

— Mapi, no es un monstruo. No sigas diciendo eso si no quieres que se convierta en un monstruo de verdad.

— Como tu quieras mamá —asintió la niña sin mucho convencimiento.

— ¿Puedo ayudar? —pregunté.

— Sí, muchas gracias. Haz lo mismo que los otros niños.

Quise que me explicara las cosas Mapi por ver si así nos hacíamos amigos, pero me rehuyó. Chispita, por el contrario, corrió a ayudarme como si me conociera de toda la vida. El trabajo, aunque sencillo, exigía concentración. Buscábamos algas, pero sólo unas de un tipo muy peculiar. Para empezar tenían cinco hojas moradas que partían todas de un mismo tallo. Estas hojas parece que las puedan mover a voluntad, dando la impresión de ser una mano. De ahí su nombre: mano de agua. Lo más curioso es una especie de abanico retráctil que tienen en el centro y que esconden al más mínimo peligro. He oído que algunos sabios opinan que la mano de agua es en realidad un animal pero a mí no me lo parece. Había pues que buscar la planta — si eso era — entre las muchas que se enredaban suavemente en nuestros pies. Luego había que rezar. Sí, como suena. Cada vez que arrancábamos una teníamos que cantar esta oración.

Te saludamos Esperanza de amor

Danos tu perdón,

Cura a nuestros niños

Y brille tu luz.

Las algas mano de agua, a diferencia de otras muchas, no las usan los eke para comer sino como medicina. Una vez recogidas, Amanecer-en-el-lago las dejaba secar al sol, sobre unas lascas de piedra. Luego, ya bien secas, las cortaba en tiras que guardan en

bolsas de tripa de ciervo. Con ellas se hace una infusión que obra milagros con la fiebre, como ya has visto conmigo. Ésta era la ocupación secundaria de Amanecer-en-el-lago. La principal era ser madre. Cuando terminados dijo: — Hijos, volvamos a casa.

Los niños salieron inmediatamente del agua, sin protestas ni remonoleos. Yo me quedé atrás, en parte porque me costaba comprender. Sobre todo porque no quería que nadie me dijera que tú no eres hermano nuestro.

— Hijo -me dijo- ven con nosotros. Hijo es una de esas palabras que se dicen a los niños por cariño. Tenía que haberlo dejado en eso, pero fui incapaz. Ya me conoces y sabes lo que necesitaba. Salí del agua cuando los niños terminaban de vestirse. Luego nos dimos todos de la mano y volvimos a casa.

Cenamos y luego, acostados ya todos los demás, Luz-de-las-aguas me llamó para hablar. Estuvimos juntos mucho rato, que es lo que más importa, y de la conversación que tuvimos me acuerdo de muy especialmente de esta parte.

— Te he traído un regalo -me dijo sacando una bolsa.

— ¿Qué es?

— Algo que necesitas. —Abría la bolsa y descubrí un juego de ropas eke completo, incluso con la mochila. — Le falta el fajín de colores —Me dijo. —El fajín es para el hijo mayor.

— No importa, gracias.

— Guardaremos tus ropas. Es mejor que vistas como un eke, ¿estás de acuerdo?

— Tú lo sabes... mejor que... yo. —Entonces tenía que pensar hasta una frase tan simple cuando hablaba en ekelego. Seguimos luego hablando de cosas intrascendentes. Le pregunté por su trabajo y el me respondía que escribía en el agua, cosa que no entendí. El me preguntó que si había algo que quisiera contarle y yo le respondí que dormir. Fue una contestación tonta, ya lo sé, pero ya había pasado la media noche y todavía estaba débil. Luego me llevó a la estancia de los niños pequeños que ya dormían tranquilamente, envueltos en sus mantitas. Menos Mapi. La pequeña Mapache-Triste rodaba por el suelo dormida.

— No te preocupes, se parará cuando llegue a la pared. Siempre se pone a rodar cuando le asusta algún ruido.

Me desperté el primero, como cabe esperarse del mayor. Lo

primero que noté fue olor familiar, intenso, ácido y fétido. Alguien se había orinado. Esperé a que los niños se levantaran escribiendo. Pensé primero en empezar una historia pero como me costaba que salieran las palabras acabé por pintar a los niños con palabras. Luego de que acabara se levantaron todos. Mapi, la primera. Luego todos los demás.

— Mapi 's-a meao', Mapi 's-a meao', Mapi 's-a meao' —se pusieron a canturrear.

— Callaos. Burlarse es feo -les recriminé enfadado. —Si hay algo que me enfada es que abusen de alguien, aunque sea con burlas. —Me parece ahora que, por los ojos con los que me miraron, se me notaba claramente. Además estaba el hecho de que todavía era un monstruo. No sólo se callaron, también se quedaron muy quietos hasta que Chispita se atrevió a preguntar.

— ¿Cuándo vamos a desayunar?

— No sé. ¿Cuándo vais todos los días?

— Ahora -respondieron todos salvo Mapi.

— Bueno, vamos, pero decid perdón a Mapi.

— Perdón —todos, por miedo o convicción, acataron mi autoridad.

— Yo no voy —dijo entonces Mapi. —Yo no voy hasta que venga mamá.

— Vale, yo la llamaré. —Sabía que la niña no querría ir así mojada a desayunar. A mí tampoco me hubiera gustado.

Luego de comer fuimos todos a jugar al lago. Yo llevaba ya mis ropas eke, menos los mocasines. Al principio estuvimos dándole a la pelota pero pronto perdieron interés y se metieron en el agua. Yo no podía seguirles porque me daba vergüenza quitarme la ropa, así que me senté en la orilla. Los primeros quince minutos se divirtieron sin echarme de menos. Luego se me acercó Chispita nadando bajo el agua hasta que, saliendo, me agarró los pies.

— Mamá tiene flotador -me dijo sonriendo con muy buena voluntad.

— No, no es por flotador. Yo nado bien.

— ¿Entonces? — A los monstruos les da miedo estar sin ropa —interrumpió Mapi.

— Cállate. A ti te da miedo dormir.

— Mentira.

— Verdad.

— Mentira.

— Verdad. —Y ya sabes lo que siguió un rato más todavía.

— Venga, dejadlo ya —les dije ya aburrido. Los niños eke obedecen enseguida, incluso a mí.

Entonces y, aunque nunca pasé más apuro en mi vida, decidí no ser un monstruo. Antes de que me diera cuenta estaba en el agua y toda mi ropa en la orilla. Me sentí raro un momento. Luego pensé que a fin de cuentas sólo se me veía la cabeza y me puse a jugar. Al final, después de tanto tiempo, volvía a jugar en el agua. La última vez había sido antes de la enfermedad cuando todos éramos felices y luego en el mar, cuando Yeza todavía estaba vivo. Ahora volvía a ser feliz. Nadaba me sumergía y saltaba fuera del agua. Agitaba los brazos y me duchaba en mis salpicaduras. Jugaba con los niños a pasar bajo sus pies, a dispararnos agua y a otras cosas semejantes hasta que se agotaron del todo y volvieron a la orilla. Yo me quedé en el lago, cada vez más tranquilo. Me sumergí sin más propósito que gozar del abrazo de los rayos que penetraban la superficie. Fue como volver a estar en el Templo, sólo que sintiéndome libre.

Antes, en el altar que habíamos construido y en el Fuego que habíamos encendido, Dios se nos aparecía a los que mirábamos con cuidado. En el lago, en el jugar de luz y aguas, en las losetas líquidas que parecían formar la superficie, Dios jugaba conmigo. Habitaba el limpio azul con su presencia infinita. Sin ser agua, sin jamás tocarla, estaba en ella. Ante mí, detrás mía, en lo alto y en lo profundo, salía de su escondite para invitarme a sumergirme en su amor. Sumergido cerré los ojos y abrí los brazos. Y durante aquel momento infinito que duró lo que el aire en mis pulmones me invadió la presencia de su gloria y no tuve miedo. Ya no estaba en el mundo ni el mundo estaba en mí. Ya no sentía miedo, ni preocupación ni tristeza porque mi corazón se había hecho paz.

# Capítulo 19

## Camino del Invierno

Los días transcurrieron felices camino del invierno. Por la mañana ayudaba a los chiquitos en sus tareas. Las tardes las dedicaba a acompañar a la abuela, a trabajar con los mayores o a nadar con Dios en el lago. Una vez cada siete días, pues esa es la costumbre de los eke, era fiesta. En esos días iba con Luz-de-las-aguas a ayudarle a presidir. Resultó que su oficio era el de sacerdote. ¿Puede ser casualidad que Yeza tuviera la misma vocación? Quizás sí. Las personas ordenamos las cosas como queremos en nuestra mente pero estoy seguro que no fue casualidad.

Las ceremonias eke son muy sencillas y se centran en las Santas Aguas, lo mismo que las nuestras en el Santo Fuego. Algunas aldeas carecen de templo y sólo hay un altar al aire libre. Obras tienen una sencilla construcción de cámaras conectadas por pasillos cubiertos, como cualquier otra casa eke. La única diferencia con éstas es que tenían exactamente siete cámaras. La principal, que albergaba el altar y rodeándolas otras que servían de dependencias. De éstas destacaba las hospederías destinadas a vivienda de los sacerdotes y ayudantes. El altar en sí era fácil de adivinar. Consistía en una gran palangana de bronce, decorada con lapislázuli y ámbar en la que reposaba las Santas Aguas, Madre de todos. El líquido se renovaba con frecuencia, trayéndolo en siete pequeños potes de bronce y uno mayor de arcilla cada vez que alguien nacía o moría. Esta ceremonia fue la primera en que participé, llevando precisamente el

de arcilla.

Encabecé la marcha con el cacharro colgado, por medio de una correa, de mis hombros. Detrás mía siguieron siete niñas pequeñas con los de bronce, rodeando a Luz-de-las-aguas. Finalmente, todo el pueblo en procesión, cerraba el grupo. Verás, aunque la mayoría de los ekes viven en granjas aisladas, de una o dos familias, otro muchos viven en pueblos fortificados llamados refugios. Esto es así, según opiniones, o por causa de la guerra o para facilitar el trueque. Supongo que ambas son ciertas en su justa parte. La procesión principió el cánticos del Orás en el exterior del templo. Se trata de una melodía simple que varía en cada procesión según la inspiración de los celebrantes pero que repite una misma palabra: Orás, es decir, Bondad Eterna. Esto era así ya que, como decían los ancianos: La Bondad Eterna moraba antes del principio más allá de todo espacio

La Bondad creó las Santas Aguas Con ellas hizo todo Con el barro al hombre-mujer

Llevaba yo, simbolizado en el cacharro al hombre-mujer de barro que, como decía el mito, era egoísta pues, al ser de barro, temía romperse. Tanto miedo padecía que se escondió mil años en la cueva tenebrosa del abismo. Transcurrido ese tiempo el hombre-mujer se hartó de su soledad y compartió su agua con todo lo que se mueve en el mundo. Vivió feliz un día y mil años de esta manera hasta que pasó lo que más temía. Siendo de barro, finalmente, se rompió. Así nació el hombre y la mujer y, por eso, desde entonces hombres y mujeres quieren estar juntos. El agua que derramó como último regalo el hombre-mujer fluyó hasta las siete fuentes de la sabiduría. La primera recibió el nombre de esperanza, la segunda generosidad, la tercera amor, la cuarta arte, la quinta compasión, la sexta diligencia, la séptima sabiduría y todas juntas Orás, 'Bondad Eterna'. Así, cuando terminó el cántico y habíamos penetrado ya en el templo derramé mi agua sobre las siete vasijas de bronce para que las niñas echaran luego su contenido en el altar. Empezó entonces Luz-de-las-aguas a rezar y, con el toda la asamblea.

Menos yo. Yo me quedé callado, con los pies juntos y los ojos muy cerrados. — Hijo. Me dijo al terminar. ¿Por qué no has rezado? — Porque yo tengo otro Dios.

— ¿De verdad? — Sí, ya lo sabes, el Santo Fuego.

— ¿De verdad crees que tu Dios es un fuego que puedes encender o apagar?

— Bueno -eso me pasaba por hablar con un sacerdote- en realidad lo que hay más allá del fuego.

— Ah, entonces es lo mismo.

— No, no es lo mismo, porque el fuego es lo más distinto del agua.

— Hijo, nosotros vemos a Dios en el agua y vosotros en el fuego, pero Dios no está ni en el agua ni en el fuego.

— Pero es distinto.

— Es como la luz, aunque sea siempre la misma, los colores son diferentes según en lo que se refleje.

— ¿Tú crees que podré ver a Dios en el agua?

— Por supuesto, sólo tienes que escuchar en tu corazón, con tranquilidad y alegría.

— Es que me parece que ya lo he visto -y le conté lo que me había pasado en el lago.

— Hijo, algún día Dios vendrá a la tierra y nos salvará a todos. Hasta entonces sólo podremos adivinarlo en el fuego y en el agua, en la bondad, en la valentía y, sobre todo, en los niños que pasan hambre.

— Sí papá. —lo dije sin pensar lo que me decía, ya me conoces.

— Si hijo, te quiero.

Los días siguientes los pasé en una continúa canción de alegría. Me bailaban los pies y estaba tan feliz que creía volar. No sólo papá, sino también mamá y los niños – hasta los mayores – me querían. Incluso Mapache-Triste vino un día a jugar conmigo. Y jugando, jugando nos cansamos. Y sentados juntos me habló así.

— Me ha dicho papá que tú no tienes papá.

— Es verdad.

— Pues me alegro que no seas un monstruo.

— Yo también —respondí aliviado, pero preguntándome que es lo quería decir.

— Sí, porque los monstruos mataron a mi papá y a... y a todos.

— ¿Entonces Luz-de-las-aguas y Amanecer-en-el-lago?

— Es mi papá. Es mi mamá. Pero porque han querido.

— ¿Tú crees que a mí me quieren?

— Sí, me parece que es eso lo que quería decirte: que a ti te quieren.

Cualquier otro día la vergüenza me habría apresado. Ahora sabía que cuando la niña me llamaba monstruo lo hacía por miedo y no por burla. La verdad es que preferiría que se hubiese burlado porque ninguna niña debería pasar por eso. Monstruos. Hubiéramos sido nosotros o los rebeldes, a la niña lo mismo le daba. Fue justo entonces cuando aprendió a conocer a las personas una por una. Desde ese tarde fui feliz hasta los últimos días del dorado otoño.

# Capítulo 20

## El invierno

Era uno de los últimos días del otoño, al empezar la tarde que papá me llamó para habar de algo importante. — Hijo, estoy muy contento de tenerte con nosotros.

— Muchas gracias papá. ¿Tú crees que mamá también estará contenta?

— Sí. Muchísimo. Pero ella no quiere decirte lo que te voy a pedir ahora.

— ¿Qué?

— Nutria, has sido una bendición para nosotros. Le has dado vida a la abuela, cariño a mamá y alegría a los niños.

— Pero... -interrumpí entristecido esperando una mala noticia.

— No un pero, sino un por eso. Por eso te pido que ahora seas esclavo de los reyes eke. Si tú quieres.

— ¡Esclavo, cómo los azules? — Pregunté esperando haber entendido mal.

— Algo así.

— Papá, pero yo creía que era tu hijo.

— Nutria, siempre has sido mi esclavo.

— ¿Entonces me has engañado?

No contestó.

— Me gustaría llorar.

— Deberías.

— No.

— Mira, ¿te olvidaste que eres un enemigo.

— Pero yo no fui, de verdad, yo no maté a los padres de Mapi.

— Nutria yo sé que no mataste ni a mi hermano ni a su marido. No te odio. Te quiero.

— No entiendo nada. — Es la Ley. La Ley dice que tienes que ser esclavo hasta que tu Rey nos pida perdón.

— Pero eso no pasará nunca. El Rey de Mercia nunca le pedirá perdón a nadie. Yo creo que lo tiene prohibido.

— Entonces nuestros reyes son mejores.

— ¡Pero eso es injusto!

— Pero es la Ley. Así lo decidió todo el pueblo eke y yo no tengo poder para cambiarlo.

— ¿Ya no te puedo llamar papá?

— Es mejor que no.

— Me parece que voy a llorar ahora, papá.

Entonces él se abrazó conmigo, de rodillas, mientras yo temblaba. Se me estrechaba mi garganta que, desobediente a mis deseos, no me dejaba hablar. Las piernas se me agitaban, sólo mi padre las sostenía. Me quedé al fin callado, conformándome con las lágrimas, atento sólo a mis sensaciones hasta que algo húmedo y caliente besó mis pies y el viento acarició mi cuerpo. Una lágrima, sobre mis manos había caído una lágrima extraña. Bajé mi rostro. Ante mí, mi padre estaba llorando.

— Papá, —conseguí decir, — no es culpa tuya.

— Hay algo que aún no te puedo decir, que eres mi hijo, pero hay algo que debo pedirte. — Dijo levantándose.

— ¿Qué?

— ¿Querrás ser esclavo de nuestros reyes?

— Papá... perdón, Luz-de-las-aguas, ¿por qué me pides permiso si soy tu esclavo?

— Porque si no quieres ir harás un mal trabajo, me llenarías de vergüenza y harías sufrir a los reyes eke y ellos no se merecen eso.

— Y si no quiero.

— Entonces te dejaré escapar.

— Señor, eso es un crimen y tú lo sabes. Si yo robara o hiciera algo malo después todos te echarían la culpa.

— Es verdad, pero tú no vas a hacer eso.

— No, pero los demás no lo saben y se enfadarán contigo.

— Eso no importa. Tendrán que aprender, como yo he aprendido.

— A mí si me importa. Además, ¿a dónde quieres que me escape? Yo ya no quiero ser soldado, ni tampoco un mendigo. Yo sólo quiero ser tu hijo.

— Si fuera posible, lo serías.

— Bueno, seré esclavo de los reyes eke. Así... es como si fuera tu hijo y tu me lo pidieras.

— ¿Serás feliz?

— Sí.

¡Mentira! Las mentiras más grandes se pueden decir con palabras pequeñas. Volví a ser huérfano y, encima, esclavo. Y para siempre. Ya no podía tener esperanza. A lo mejor, si no me pegaban mucho y el trabajo no era mu duro me acostumbraría, pero nunca sería feliz. ¿Cómo? Hubiera querido llorar toda la noche y más allá del amanecer, pero no pude. Se me habían acabado las lágrimas. Papá me dejó a dormir solo en la despensa y hasta que volvió el sol me quedé acurrucado en una esquina, con los ojos abiertos y llenos de agua, pero sin siquiera pensar. Ese día desayuné aparte.

Al terminar vino Mapi, que se había escapado. Lloriqueando, me habló como un bebé. — Papá... papá no 'quiere' que seas mi hermano... pero yo sí. — Después me besó y salió corriendo.

En la habitación había una bolsa con mi uniforme. Era una manera de decirme que debía cambiar mis ropas ekes por las de Mercia. Estaba todo salvo el gorro, las botas y las medias. Tenía que ser así pues la Ley eke decía que un prisionero debía estar descalzo y calvo. Por eso apareció luego la abuela con tijeras y navaja de afeitar. Ella me estuvo consolando todo el rato pero yo no la miraba. Creo que en aquel momento me faltaba muy poco para odiar. Al terminar recogió todos mis pelos, hasta el más diminuto y los guardó en una bolsita. Luego, en silencio, se marchó. Por fin vino papá con una cuerda. — Tengo que atarte las manos, ya lo sabes, pero flojo, es sólo por cumplir la ley.

Eso fue todo. No me marcaron con un hierro al rojo ni ninguna salvajada semejante. Eso son sólo mentiras que cuentan de los eke. No os las creáis. El salió entonces y yo, calvo, descalzo y maniatado, le seguí. Allí, junto al algo, nos esperaban todos: los

niños, la abuela y mamá. Ella, en cuanto me vio, saltó a mi cuello y, abrazándome, me besaba. Confieso que no entendía nada.

— Por favor mamá — le dije— me tengo que ir. Y luego no sé que más pasó. Me vi caminando con papá por las inmensas praderas que, al final del otoño iban tornando en páramo. Pasamos una noche en el campo, protegidos por un refugio de ramas que papá construyó. Otros seis días pasamos caminando, cada vez más cortos y más fríos. Fue un tiempo de silencio, de páramo, en el que sólo hablamos lo imprescindible. Por enfado y, sobre todo, por tristeza y por angustia apenas dije nada. Cuando intentaba compartir mis sentimientos se quedaban atrapados en mi mente. ¿Por qué, papá, por qué? Mil 'por qué' hubiera querido preguntarle. Seguimos pues viajando cada vez más inmersos en el norte hasta que, al amanecer del séptimo día, divisamos el palacio real de los eke. El edificio apenas se divisaba como un punto brillante y yo me lo imaginé como una gran construcción eke con una multitud de pequeñas habitaciones que a mí me tocaría limpiar el resto de vida. Aguantar caprichos, limpiar mocos a príncipes caprichosos y soportar humillaciones todos los días. Así imaginaba mi vida. Mientras nos fuimos aproximando a la casa no dijimos nada. Ni siquiera me fijé en cosa alguna. Sencillamente me dejaba arrastrar con la mente oscurecida de tristeza. Cuando al fin llegamos al jardín del palacio, papá me habló.

— Hijo, aquí te tengo que dejar.

— Papá, perdóname, no hace falta que me quites el castigo, pero perdóname por favor.

— ¿Perdonarte? ¿Por qué? — Ya sabes, por ser un monstruo como los que mataron a los padres de Mapi y eso.

— Nutria, tú no has hecho nada malo.

— Pero soy un monstruo.

— Nutria, tú nunca has sido un monstruo.

— ¡Entonces no lo entiendo!! — Después de haberme desahogado, nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro hasta que el mayordomo salió a recibirnos.

— Maestro Luz-de-las-aguas, ¿es digno el esclavo que traéis?

— El esclavo que ha venido conmigo es ciertamente digno.

— ¿Alguna vez ha cometido errores?

— Todos los días, normalmente pide perdón y siempre ha aprendido de ellos.

— Entonces, en nombre del pueblo eke, de todas las tribus y familias y de nuestra Madre Agua, acepto tu regalo.

— Adiós, Nutria. Me dijo el que había sido mi padre, mientras yo le daba la espalda, no porque lo odiara sino para no tener que enfrentarme a mis emociones.

# Capítulo 21

## El Palacio

El jardín real jugaba a ser un prado encerrado entre árboles frutales. Hacia su centro, yacía tranquila una laguna de orillas onduladas y escarchadas de flores rojas y amarillas. Junto a ella había un pequeño altar de madera blanca frente al que el mayordomo me hizo sentar.

— Báñate en la Laguna Sagrada. Yo volveré luego con tus nuevas ropas. Tras liberarme de las ataduras se marchó al palacio.

De nuevo los ekes me asombraban. De haberme querido escapar podría haberlo hecho en ese mismo momento. Lo cierto es que resulté más leal de lo que yo mismo hubiera esperado. Más allá de toda esperanza de recuperar a mi padre; muertos todos mis sueños de tener una familia algún día, me quité la ropa y me bañé. Fue una zambullida agradable en aguas claras y extrañamente cálidas. Sin embargo, no me pareció más sagrada que el estanque de mi casa. Aquello seguía siendo sencillamente agua que lo mismo servía para beber como limpiar. Una hora más tarde, cuando volvía el mayordomo, aún retozaba yo en la laguna, pensando sólo en en los curiosos peces de colores que jugaban con mis pies.

— Chico, ven aquí — era el mayordomo, que me llamaba.

Salí del agua esperando una toalla y ropa pero encontré una pregunta inesperada.

— ¿Te has ofrecido al Agua?

— Me he bañado — respondí pensando que quizás se referiría

a eso.

— No es eso lo que te he preguntado — replicó solemnemente.

— Entonces me parece que no.

— Pues vuelve al Agua y ofrécete a la Madre de Todos. Santa Madre, Santa Madre, es que hoy los niños no saben nada, cuando yo era pequeño...

Hubo un tiempo feliz, acaso mítico, invariablemente situado en la generación inmediatamente anterior, en el que los niños eran buenos. Estudiaban, trabajan y siempre se portaban bien sin que una palabra ofensiva rozara sus purísimos labios. Esa época fantástica fue capaz de producir unos padres perfectos que repetían a sus hijos lo mismo que ellos habían aprendido de pequeños: "Ahora los niños no se portan bien, cuando yo era pequeño..." Pues lo siento, quizás cuando el mayordomo fue pequeño le explicaron muy bien que era eso de ofrecerse al agua, pero yo lo tuve que descubrir por mí mismo. Gracias a Dios, fue muy sencillo porque por mí mismo comprendí que ya lo había hecho antes. Volví a nadar, recé al Agua y ella me respondió. Envuelto en su líquido manto, inmerso en Ella misma, volví al vientre de mi madre y allí, en el silencio azul, encontré la paz. Mas no recuperé la alegría. Salí a la tierra donde me esperaba mi jefe. Me sequé y me vestí con mis nuevas ropas, todas de algodón blanco. Consistían en dos piezas: la interior un faldellín que se ajustaba con una tira de tela; la superior una túnica sin mangas que caía hasta un palmo por encima de las rodillas.

— ¿Te queda bien?

— Sí — respondí y pensé en silencio: "Espero que tengan algo mejor para cuando llegue el mal tiempo o me voy a congelar."

— Ya verás lo feliz que vas a ser sirviendo a los reyes — me dijo entusiasmado.

— Lo haré lo mejor que pueda — lo cual fue una respuesta automática para esconder mi desconfianza. Un esclavo puede ser feliz a pesar de ser esclavo pero nunca por serlo. Eso lo sabía claramente.

— Ya verás que sí. Ven que te voy a presentar a los amigos. Seguro que se alegrarán de conocerte. — Pensé que por lo menos era simpático; dentro de lo malo, tenía suerte. A lo mejor hasta

podría ser feliz algún día, aunque me consideraran una cosa que se podía comprar, alquilar o romper.

El palacio, comparado con el de los reyes o incluso nobles de otros países, era muy modesto. Al mismo tiempo era inmensamente bello por el arte con el que había sido erigido y el mimo con el que era cuidado. Constaba de dos edificios desiguales unidos por un pasillo cubierto, según la costumbre eke. El primero, que servía de entrada, tenía el tamaño de una casa pequeña. Se parecía a un iglú de los pueblos del norte que reflejaba sutilmente deformadas las siluetas del jardín que, con el juego de las nubes, parecían bailar llenas de vida. Estaba constuida con aloieo una piedra suave al tacto y brillante a la vista que jamás he podido ver fuera de aquí. Me dijeron que éste era el palacio original y el ahora edificio principal un añadido después de que llegaran los hombres de Mercia. Así debía de ser porque se notaba que sus constructores habían visto nuestros edificios y aprendido nuestras técnicas. Era, pues, de planta rectangular casi cuadrada con columnas de madera en su exterior. Sin embargo, en otras muchas cosas, resultaba bastante peculiar. Para empezar sus muros estaban pintados de ocre y turquesa. En segundo lugar, godos los pisos estaban repletos de ventanas y rosetones con vidrieras de colores suaves y marcos preciosamente grabado. Luego, quien mirara hacia arriba notaría que de su tejado sobresalían siete chimeneas blancas de las que seis eran mera decoración. Otro detalle más lo diferenciaba de la vivienda de un comerciante rico de Mercia: la torre heptagonal. En el lateral del muro derecho se erigía la que llamaban torre de las estrellas donde, un día, me renacería la esperanza en el mundo. Entramos en el edificio menor que, extrañamente, estaba desierto. Sólo una solitaria escudilla con agua, sobre una columna de madera rompía el limpio vacío de la solitaria estancia. — Está reservada para cuando vuelva la alegría — expresión que para un eke tiene fácil comprensión pero que yo no entendí.

Le seguí por el pasillo cubierto hasta el edificio principal. Allí estaban todos afanándose ya en dejar el palacio listo para la recepción de los reyes. Resultaba que éstos iban al palacio precisamente en invierno, lo cual era difícil de entender. ¿Por qué razón viaja uno al norte cuando llega el invierno? Sobre todo si uno es

rey y puede hacer lo que quiera. Todos los compañeros, cuarenta contando conmigo, éramos esclavos, incluso el mayordomo. Algunos habían acabado así por causa de un delito. Éste era el caso de mi amigo Estrella-Fugaz. Su padre robó unos conejos y pagó su falta vendiendo al niño. Otros, como el mayordomo, por una cuestión de deudas. Algunos porque habían nacido así: si tu madre es una esclava tú también lo eres. La última clase de esclavos eran los prisioneros de guerra, como yo. De éstos habían otros dos: mi amiga Leah y un jovencito eile – pueblo enemigo de los ekes. Ese y los dos días siguientes como te imaginarás fueron un terremoto de pies que se apresuraban a limpiar hasta la extenuación.

Casi no me acuerdo de nada, ¿cómo podría? Limpiando sin descansar, comiendo con el paño de polvo en la mano, fregando los suelos de rodillas y corriendo de un lado para otro con baldes de agua no se tiene tiempo para apuntar nada en la mente. Algunas cosas haría por la mañana y otras por la tarde, pienso yo. En mi cabeza no hay sino un revoltillo informe de recuerdos. Ordenarlos ahora sería como mentirte porque los viví bien revueltos. Sin embargo, sobre todo ese mar caótico de pensamiento, surge firme una isla de certeza. Recordaré siempre una noche clara de esplendorosa luna. La tercera fue que pasaba allí, justo la que precedió a la llegada de los reyes. Estábamos sentados, Estrella-Fugaz y yo, en el balcón de la torre con nuestras piernas al aire, atravesando el barandal, contemplando la luna. Hay una leyenda, quizás la conozcas, que afirma que mirando a nuestro satélite una madre puede ver a su hijo como en un espejo bruñido. Ninguno de los dos sabía si la luz selenita podía atravesar el velo de los muertos. Lo que sí sé es que por hacer la prueba merecía la pena acostarse tarde.

— ¿Estás cansado?

— Sí; es que hace poco que soy esclavo de los reyes.

— Tranquilo. Los primeros días son muy duros pero en cuanto vengan los reyes todo será mejor.

— ¿De verdad?

— Sí. Se trabaja menos y es más bonito. Sólo tienes que recordar dos cosas.

— ¿Cuáles?

— La primera es que hay que tener mucha paciencia con los reyes, ¿vale?

— Vale.

— La segunda y más importante es que hay que tratar a los reyes con mucha dulzura. Lo ekes tratamos a nuestros reyes con mucho cariño, recuérdalo.

— Nosotros también.

— No, vosotros no. Los ekes tenemos mucho más cariño a nuestros reyes que vosotros a los vuestros. Yo lo he visto y por eso lo sé.

— Bueno, tendré cuidado — acepté, aunque estaba seguro que nunca había visto a los reyes de Mercia, pues ni yo mismo lo había hecho, no podía contradecirle con la rebelión contra el rey en marcha.

— No te preocupes, si te han mandado aquí es porque saben que puedes hacerlo.

— Gracias.

Luego nos quedamos mirando a la luna. Yo saqué una sonrisa para que mamá, más allá del velo de los muertos, no sufriera por mí. Al fin, cuando estaba por acostarme, Estrella-Fugaz me dijo: — Aún no has hecho la pregunta del frío.

— Tienes razón. ¿No es raro que no haya llegado el invierno todavía?

— Te equivocas; sí que ha llegado.

— Perdona, pero aquí estamos los dos de noche, descalzos y desabrigados y ni siquiera hace fresco.

— Este lugar es especial; este es el país donde siempre viven las flores. Pronto nevará ahí fuera y verás el círculo. Si te alejas mil pasos del palacio sentirás frío, créeme, pero dentro de aquí siempre es verano.

## Capítulo 22

### Los Reyes

El primer carro llegó siguiendo a la madrugada; el segundo una hora más tarde y así espaciados todos los demás hasta siete.

— ¿No salimos a recibirlos? — pregunté.

— No — contestó Estrella-Fugaz. — Hay que esperar a que ellos vengan a nosotros. Es la Ley.

Aguardamos hasta la media tarde con los ojos fijos en los galardetes multicolores que adornaban vehículos y animales. Por fin el mayordomo nos dijo que nos laváramos y fuéramos luego al edificio auxiliar. Antes nos esperaba la sorpresa — para mí — de una túnica nueva con encajes de plata. — Sólo para ocasiones importantes — me advirtieron. Luego, ya en la sala, rezamos para pedir a la Madre de Todos que nos ayudara a cumplir nuestra misión con paciencia y cariño. Finalmente formamos en la entrada en dos filas extendidas y volvimos a esperar. Cuando entraron no pude creer lo que veía. Primero aparecieron sus familiares y luego los setenta y siete reyes y reinas ekes; todos entre seis y catorce años. Vestían ligeramente con cómodas túnicas blancas que les llegaban hasta los tobillos y sandalias simples. En sus cabezas ceñían coronas de flores de plata y sobre sus cuellos pectorales de oro y lapislázuli. Hasta ahí, salvo el número, todo encajaba con lo que me esperaba. Sin embargos sus caras me inquietaron tanto que dudaba de estar despierto. Me guardé mis nervios hasta que tuvimos a todos los reyes y reinas acomodados pero luego tuve que preguntar a Estrella Fugaz.

— ¿Qué les pasa?

- Nada.
- ¿No notas nada raro en sus caras? Parecen distintos.
- Lo son. Son los reyes.
- Quiero decir además de eso.
- Ah, sólo han crecido por fuera, pero por dentro son como niños pequeños.
- ¿Quieres decir que son más flojitos de mente? — tuve que expresarme así porque todavía estaba aprendiendo el 'ekelego'.
- Sí. Es por eso que son los reyes.
- ¿Cómo? Yo no sé cuidar a esa clase de niños. Me dan miedo.
- ¿Miedo? — Sí, pienso que se me van a romper o algo así.
- Tranquilo, ya verás como harás bien.
- No sé.
- Que sí, ¿no has cuidado nunca de nadie? Esto es lo mismo.
- Bueno... mira, lo que no entiendo es por qué son los reyes. Para mandar hay que ser listo y los reyes deben mandar.
- Ahí es donde os equivocáis tú y los tuyos.
- ¿Entonces para qué tenéis reyes?
- Te lo contaré esta noche, cuando tengas tiempo para un cuento.

Antes me tocaría una tarea, digamos, fragante: coger un canasto y pasar por todas las habitaciones a recoger las escupideras con esa cosas fofa y marrón que se hace sentado; fregarlo todo y devolverlo. Me dio mucho asco ese día; pero luego te acostumbras aunque pienses que es un poco humillante y al final te das cuenta que tampoco es humillante, sino valiente. Es vergonzoso dejar que alguien pase hambre pero ayudar a las personas donde nadie más se atreve es hacer que Dios reine. Después de bañarme me tocó servir la cena, fregar y segundo servicio de escupideras. Espero que comprendáis que me considerara a mí mismo el ser más desafortunado de la tierra. Llegada la noche pude cenar y, después de eso, juntos en la torre, escuché la historia de Estrella-Fugaz.

Cuando nuestra madre Gota-Cálida encontró este lugar... — ¿Tu madre? — No seas tonto, fue una mujer muy sabia que vivió antes de que la abuela de mi madre naciera. Cuando nuestra madre Gota-Cálida

encontró este lugar lo llamó Verano del Cielo y construyó un templo que es el edificio pequeño – te lo digo antes de que me interrumpas. — Perdona. — Luego pensó que hacer con el. Un regalo tan importante de las Santas Aguas tenía que ser para todos los ekes, pero todos los ekes aquí no caben. Por eso reunió a los jefes de tribu y esto fue lo que decidieron. Lo más valioso es el amor. Cada uno de esos niños que vosotros llamáis débiles mentales es una joya. Su ternura es divina. Por eso son los reyes. Antes se morían muchísimos en cada invierno. Ahora pueden hacerse adultos y vivir todo su tiempo y no antes. Por eso los cuidamos aquí, lo entiendes ahora?

— Sí.

El segundo día, y de entonces en adelante amanecimos más tranquilamente. Rodeado por una llanura blanca, nuestro jardín florecido parecía un anuncio del paraíso. Recuerdo que cada mañana me asomaba a la ventana vestido sólo con el faldellín para admirar los lejanos remolinos de nieve hasta que me convencía de que estaba despierto. — Ya te acostumbrarás -me dijo Estrella-Fugaz, pero nunca me acostumbré.

El día comenzaba con el desayuno de los esclavos, o sea, nosotros y luego el reparto de tareas. Ese día me tocó una de mis preferidas: jefe de juegos. Consistía, como puedes suponer, en animar los juegos de los reyes. La cosa tenía su dificultad porque cada uno tenía capacidades y gustos opuestos. Algunos sabía nadar; otros le tenían miedo al agua. El que sabía darle a la pelota se aburría con ella y una que se pasaba todo el día pidiendo un balón sólo conseguía caerse en el suelo y partirse de risa. Además, aunque tenía ayudantes, debía cuidar que nadie tuviera un accidente. Sobre todo que no se acercaran a la nieve; esto estaba prohibidísimo. Después de almorzar, los reyes tomaban su siesta, momento que los esclavos aprovechábamos para comer. Después me tocó, otra vez, servicio de escupideras. Luego tuve que servir la cena y según salía de eso asistir al servicio de oración a la entrada de la noche. Me acosté temprano,

en la terraza de la torre, apenas con nada, cubierto sólo con una sábana mientras que lejos, delante de la naciente luna, los copos de nieve vestían de blanco la inmensa pradera. Así, más o menos, fueron transcurriendo unos días de ese invierno o puede que una semana – poco importa ya, sobre todo ante la tragedia que estaba a punto de hacernos llorar.

Recuerdo un día de lágrimas, de esos que casi todo te pone triste. Era la hora de la media tarde y yo estaba en el jardín, acullado en suelo, mirándome los tobillos. Deseé tener grilletes, ¿sabes? Me hubieran servido de excusa para quedarme. Aunque nos rodeaba un invierno imposible de sobrevivir con una delgada túnica, ¿te crees que libre y sin vigilancia no era capaz de encontrar una solución? La verdad es que servir a los reyes, quedarme con mi amigo Estrella-Fugaz o la promesa que le diera a papá eran razones insuficientes para ser esclavo toda la vida. Había otra razón, poderosa y terrible: nadie me quería. ¿A dónde escaparía? ¿A la guerra, a matar a otros pobres como yo? ¿A un templo del que me echarían a patadas? ¿A irme muriendo en la calle como un mendigo?... ¿A una familia que pensaba que era un monstruo asesino? — Mentira. Me giré. Era Pollito, uno de los reyes, quien había hablado. De edad tenían nueve años, de cuerpo seis y de mente cinco. Te puedes sonreír si no es por burla; parecía una pelota con palitos de flacos que tenía manos y piernas. La cabeza, demasiado grande, le hacía difícil andar. Ahora bien tenía un corazón tan bueno y un cariño tan hermoso que si te burlas de le nunca serías mi amigo. Pollito me sonrió cuando nuestros ojos se encontraron. ¿Podía leer mi mente? Luego me dio un beso de niño chico y salió corriendo. Bueno, corriendo no, más bien bamboleándose a toda prisa mientras intentaba equilibrar la cabeza con unas piernas de alfiler. ¿Cómo supo lo que pensaba? A lo mejor lo que pasa es que los pensamientos malos, los que te dicen que no vales nada o que nadie te quiere son siempre mentira. Entonces me dí cuenta que nadie pensaba que era un monstruo. Si me habían hecho esclavo era porque lo quería la Ley y no ellos. Además, como un rey para los eke significaba era diferente de un rey normal, a lo mejor esclavo significaba una cosa muy distinta. Pero, por vergüenza fui de-

jando para luego, preguntárselo a Estrella-Fugaz hasta que fue imposible.

## Capítulo 23

### Enfermedad

La noche en que murió Estrella-Fugaz amaneció como cualquier otra mañana, sin ninguna advertencia del cielo ni ningún agüero inoportuno. Eso sí, hacía ya tres días que estaba en la cama con fiebre, con lo que todos creíamos que era una gripe normal. En realidad, su enfermedad era una cosa que da miedo. Antes de comer me fueron a buscar para cuidarle. La verdad es que me pareció genial porque me libraba del servicio de limpieza, el que más odiaba, y lo cambiaba por cuidar de mi amigo. Estrella-Fugaz me esperaba acostado en la habitación de la torre. Allí, en las alturas, comprendía lo que le iba a pasar. Yo, cuando lo vi, también. Tenía los ojos cansados y rojizos, la piel oscura y el cabello lleno de calvas. Sufría pues la misma enfermedad que casi me mató y acabó con toda mi familia. Una vocecita interior me gritaba ¡sálvate! con tanta insistencia que casi no escuchaba a mi amigo.

— Me voy a morir... no me quiero morir.

— Eso no lo sabes. Yo también estuve malo y sobreviví.

— No me quiero morir.

Tenía ya demasiada fiebre para razonar. Por eso me habían mandado a mí, su amigo, para que fuera como su madre. Por eso le dije esta niñería: — Pues no te mueras.

Con eso se durmió. Aproveché entonces para preparar la infusión de mano-de-agua, el alga con la que los eke tratan la fiebre como ya sabes. Tuve también que cambiarle la escupidera, que no me importó, porque lo hacía para mi amigo enfer-

mo. Le puse también una manta nueva y me senté junto a él. La tarde la pasé hablando de cosas agradables cada vez que se despertaba. Aunque todos venían a visitarnos insistentemente a nadie dejaba pasar. — Es muy peligroso — les decía. De Estrella-Fugaz no les daba esperanza. Que alguien sobreviviera a esas fiebres era excepcional.

Hacia el fin de la tarde el enfermo se despertó con energía suficiente para levantar la cabeza.

— Llévame al balcón.

— No puedes, estás muy enfermo.

— Por eso.

— No.

— Nutria, me voy a morir.

— Pues no te mueras.

— Anda, no digas tonterías — no siempre funciona el mismo truco.

— Pero...

— Nutria, por favor, es la última vez.

Lo llevé en brazos, envuelto en mantas hasta el balcón. Con cuidado me senté despacio con él en mi regazo y juntos, a la vera de la noche, como tantos otros días, contemplamos el cielo. Agarró mi mano y se durmió. Murió de madrugada, poco antes de que llamaran a la puerta.

— Tu amigo ha muerto.

— Sí -tan triste estaba que no le pregunté como lo había sabido.

— Es una pena. Lo siento, con lo que querías a ese niño.

— Gracias.

— En fin, el funeral de Pollito será mañana.

Ya no me acuerdo sino de que corrí escaleras abajo envuelto en lágrimas. Los días siguientes fueron de miedo y fatiga. — ¡Corre, imbécil, sal de aquí! — no siempre funciona el mismo truco me decía la parte más inteligente de mi ser. Parecía que la muerte me había perseguido hasta estas lejanas tierras y que todo lo que había vivido de huérfano no tenía importancia. Cada vez me tocaba más trabajo, cada día se fue haciendo peor. Pronto nuestra única tarea fue cuidar a los enfermos. Quedábamos tan

pocos sanos que esclavos y reyes debíamos colaborar. — ¡Nutria, corre, sal de aquí. Por favor!! — no siempre funciona el mismo trucomi miedo se hacía tan intenso que sólo me dejaba tranquilo cuando estaba trabajando. Afortunadamente eso era casi todo el tiempo. Algunos días hasta me olvidé de comer. Por último me quedé nadie que me ayudara. Dos docenas entre reyes y esclavos habían muerto. Sólo yo quedaba sano; el resto era una legión de enfermos a los que servía lo mejor que podía. ¿Alguna vez has hecho tres ollas de infusión y diez libras de emplastes? Yo sí y dos veces porque estaba tan cansado que me equivocaba en todo lo que hacía. Dos días me quedé solo pero cada vez que tenía miedo me imaginaba que era un viejo pintor terminando su última obra; sería la mejor, la más bonita y por encima de todo tenía que terminarla. Yo también. Si me iba a morir que fuera viviendo.

Aquella noche, cuando recé no pedí por nada; recé y ya está. Flotando en la laguna, mirando a las estrellas, me dejé acariciar por la Madre de Todos. El mayordomo sanó al tercer día de quedarme solo. Estaba en el gran salón, atendiendo a otro, cuando le vía acercarte a mí envuelto en una manta.

— Debes marcharte. — no siempre funciona el mismo trucome dijo.

— ¡No, vete, déjame en paz! -le grité pensando que el miedo me hacía ver visiones.

— Cálmate. ¿No te das cuenta? Lo he comprobado. Apenas nos quedan medicinas. Ni algas, ni hierbas ni arcillas. Todo se acabará pronto. Debes ir a buscar ayuda. Yo aún estoy muy débil y no puedo caminar tanto. No te preocupes que cuidaré de todos con mucho cariño.

# Capítulo 24

## La nieve

Salí en el umbral de la madrugada; cuando más frío hace. Llevaba encima unas buenas veinte libras de ropa y unas magníficas botas eke de piel de oso. Seguiría la ruta sencilla y antigua de los árboles marcados. Nosotros los ekes ponemos una marca secreta en los árboles y así tenemos un camino entre los bosques. Sólo era cuestión de seguirlo, buscar refugio en las largas noches y andar deprisa de día. Los lobos me acompañaban de lejos en todo momento. Casi siempre ocultos, algunas veces aullaban y sólo al anochecer se dejaban ver. Me miraban pero yo no entendía sus ojos. — Tranquilo, no te están cazando, son también mis queridos hijos y han venido a protegerte. — no siempre funciona el mismo trucome dijo el Agua. Lo describo como una voz pero se parecía más a una seguridad del corazón. Algo que sabes y ya está; que no puedes dudar por mucho que te empeñes. Allí, en el fondo del alma, la Madre de Todos, el Agua, caminaba conmigo.

Pasó ese día y esa noche. Cuando volvió el amanecer me desperté con fiebre y, con éste, se acabó el miedo. Me había prometido no volver a tener miedo de tonterías y estando enfermo ya no podía evitar contagiarme. Si iba a morir, moriría y punto. Sólo restaba buscar ayuda y para eso debía estar tranquilo. Fui cada vez más despacio, con la cabeza cada vez más embotada y dolorida. Seguí adelante apoyándome en los árboles, cada vez más feliz de haber vivido. En un momento me senté para dejar en mi cuaderno una última súplica. Si me muero, por favor,

terminad mi historia. Al final me caí de cabeza en la nieve y me fui quedando dormido.

Ante mí todo era claridad. Feliz y limpio flotaba entre las transparentes aguas del lago primigenio.

— No te preocupes, pequeño, yo cuidaré de ti.

Desperté. Luz-de-las-aguas estaba a mi lado y Amanecer-en-el-lago también.

— Has vuelto.

— Hola. ¿Me he dormido?

— Tranquilo. Estás muy enfermo todavía.

— ¡No! ¡Fuera! ¡Dejadme! ¡Soy contagioso! ¡Os podéis morir!

— Príncipe, ya llevamos una semana contigo.

— ¿Y los demás?

— Están cuidados. Cuando te encontramos algunos pensaron que te escapabas pero tu madre sabía que tenía que pasar algo malo. Así que mandamos unos jinetes.

— ¿No se ha contagiado nadie?

— No. Todo es cuestión de saber que medicina usar —respondió mi madre.

— Mamá, por favor, ¿me puedo quedar en casa?

— Hasta que te pongas bien, ¿vale?

— Vale, ya sé que tiene que ser así.

— No, no tiene que ser así, pero eso es lo que te podemos prometer. — ...mensajero del agua -interrumpió papá. — Calla, eso no lo sabes -dijo Mamá muy seria. Algo más dijeron pero ya me estaba durmiendo otra vez.

— Abuela, ¿qué significa Mensajero del Agua?

— Las personas de esperanza creemos que, en tiempos de peligro, cuando el futuro es sombrío y la noche atenaza el corazón, la Madre de Todos envía, desde lejos, su enviado para guiarnos y confortarnos en las horas amargas.

— Abuela, ¿y estos tiempos son de peligro?

— Sí, mucho, ¿qué piensas que harán los monstruos cuando terminen de pelearse entre ellos?

— No lo sé.

— Dices bien, nadie conoce el futuro pero es probable que nos ataquen, Nutria. — Es verdad. — Son tiempos de peligro.

- Abuela, es que papá dijo una cosa que no entiendo.
- ¿Qué?
- Me llamó Mensajero del Agua, a mí.
- Hum... no sé, será una cosa de cariño.
- Sí, tienes razón.
- Aunque seguro que serías un buen Mensajero del Agua.
- Abuela, no digas tonterías, ¿para qué querría Dios a un mendigo? Entonces, sobre los nevados campos del más profundo invierno se puso a llover furiosamente.
- Dímelo tú.
- ¿Yo?
- Sí, tú, dime, ¿para qué quería Dios a un mendigo?
- Pues, no sé, Dios ama y ya está.
- Es cierto, pero ¿acaso los niños mendigos tienen sólo cosas malas?
- ¡Claro que no! Si no hubiera sido por mi amigo Fen me habría muerto.
- Y si no es por ti, Fen se hubiera muerto antes.
- ¿Y cómo sabes eso?
- Porque yo estaba allí.
- ¿Quién eres tú?
- Yo soy quien está más allá del Fuego y del Agua.
- ¿La Madre de Todos?
- Sí.
- ¿Y estabas dónde estaba Fen?
- Como ahora estoy contigo y estaré siempre. Entonces me desperté. A mi lado estaba Mapache-Triste con mis ropas eke.
- Papá quiere que te pongas esto cuando estés bien.
- Aunque no lo estaba, me las puse, y por uno de los pasillos cubiertos fui hasta la habitación central. Allí estaban todos esperándome. Papá se acercó y me sostuvo la mano, me guió como cuando se guía a un niño pequeño y allí, con todos, junto al hogar, mamá me pidió: — ¿Quieres ser nuestro hijo?
- ¿Qué?
- Hemos hablado con los representantes de todos los clanes y ya no eres un enemigo de los eke —añadió Luz-de-las-aguas.
- Sí, por favor, gracias, por favor —respondí muy excitado.
- Bueno, pues ya está, ya eres de la familia, Nutria.

Esa fue toda la ceremonia que hubo; eso y un estupendo banquete que olí magníficamente porque todavía estaba muy débil para hincharme la barriga. Ah, y un baile, pero cuando llegamos a eso yo ya estaba durmiéndome. A la mañana siguiente me levanté el primero, me imagino porque todos se habrían acostado muy poco antes. Sin desayunar, sin hacer otra cosa, me fui directamente al lago y entré en las aguas para sencillamente estar allí, con Dios, para darle gracias por todo. Todo fue normal, ninguno de los dos dijo nada, sino que nos acompañamos como un niño pequeño y su madre, por el puro goce de estar juntos. Estuve nadando y, como cuando era más pequeño, perdí la noción del tiempo, se me pasaron las horas disfrutando y, dentro del agua, me puse a rezar.

— Nutria, ven aquí —me llamó mi padre.

Saqué la cabeza. Papá llevaba un grueso abrigo de piel de oso y se cubría con una manta. La nieve cubría la tierra menos un pasillo verde, por el que yo había entrado en el agua. Era invierno pero yo, desnudo como estaba, no sentía frío alguno. Pero nada más salir recibí todo el invierno en mi cuerpo como un golpe helado que casi me tumba, como miles de agujas que se me clavaban en todas partes, desde dentro y desde fuera. Temblando de frío, me lancé a dar a mi padre el abrazo más sincero de mi vida. Él, envolviéndome en su abrigo, me cogió en brazos, como si todavía fuera un niño pequeño y me llevó adentro, haciéndome recordar nuestro primer día. Detrás nuestra el hielo volvía a cubrir el agua.

— Papá, ¿qué ha pasado?

— Te levantaste cuando todavía Dios estaba soñando contigo, Mensajero-del-Agua, por eso se obró el milagro.

— ¿Estás seguro de que soy el Mensajero-del-Agua? Yo apenas soy un niño extranjero y gruempff...

Mi padre me llenó la boca con la manga del abrigo hecha una pelota y exclamó, desesperado —¿Y aún lo dudas!

Así es como recuerdo a este pobre huérfano que se convirtió en Mensajero-del-Agua, hace más de treinta años. Aunque todavía tenía mucho que aprender ya desde ese momento me ponían a enseñar. Y mucho tuve que hacer a partir de entonces, como ahora mismo. Por eso déjame secar esta pluma hasta que

encuentre mejor ocasión o nos podamos reunir junto a un buen lago.

Fin

# El ejército real en orden de combate.

Estos son los regimientos que componían el ejército real, tal y como yo lo recuerdo, en el momento de unirse las dos columnas en Grozavesti.

- Regimientos de Fusileros: 2º, 3º, 7º, 15º y 18º
- Cazadores: 8º, 9º y 12º Caballería: 5º de Dragones, 2º de Lanceros Artillería: 2 baterías de 7 cañones de 6 libras 1 batería de 6 cañones de 12 libras
- Milicia de Laurentia: 1º, 2º y 3º de Fusileros Leales 4º y 5º de Cazadores 1 batería de 8 cañones de 4 libras.
- Guardia: 2º y Granaderos.

Algunas notas

1. Los dragones no eran monstruos que echaban fuego por la boca ni nada de eso. Simplemente son soldados que luchan tanto a pie como a caballo. Para ello tienen sable, pistola, carabina y un casco de acero.
2. Los cañones se medía por el peso de la bala en libras. Una libra de Mercia equivale, más o menos, a veinte panes pequeños. Aunque no disparaban sacas de pan, precisamente. . .